

Z/13135: 15/764 (1926)

FRAY MOCHO



"FANTASIA"

Por S. Brito

N.º 764

Thais

Por sus altas cualidades nutritivas y porque su masa, liviana y delicada, las hace también eminentemente digestivas, estas galletitas son especialmente recomendables para niños.

Pero esta indicación no significa negar los méritos que tienen para ser servidas en toda circunstancia, ya sea con el té, como con café y licores.

Pídalas hoy a su proveedor. A sus niños confiamos así, de este modo, la misión, que nacerá en ellos espontánea, de formular muchos y más convincentes elogios en favor de las 'THAIS'.

Se venden en todo el país.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 14 de diciembre de 1926

N.º 764

CASOS Y COSAS, por Rojas





II M P O S I B L E!...

Por Javier de Viana

En aquel día el sol había hecho lo de un viejo quemado por el resplando de ardientes pasiones juveniles: todo el día, pero todo el día, desde la hora de ordeñar hasta la hora de apostarse las gallinas, estuvo derramando oro líquido sobre las colinas y los valles. Al caer la noche, los pastos, borrachos de luz, pálidos, ajados, se doblaban sobre sus tallos esperando la ducha vivificante del rocío nocturno.

En el cielo, las Tres Marías iban elevándose muy lentamente; y en rumbo opuesto, el Lucero, "rastaquero", del firmamento, centelleaba como brillante de coronel brasileño y avanzaba con cautela a fin de hallarse en el cenit, justo a media noche. Al sur, la Cruz Americana abría los brazos a una multitud de estrellas menores, en tanto a su izquierda, el Saco de Carbón dibujaba tres sombras irregulares sobre la sombra regular del toldo de la tierra.

A lo lejos parpadeaba Venus en guiños de coqueta; y más lejos aún, en lo remoto de lo remoto, Sirio, sultán celeste, dominaba con el sereno fulgor de su pupila a la luz de las pupilas temblorosas de las estrellas de su harem.

Un enfambre de luces taraceaba la bóveda oscura; una diversidad de luces; blancas algunas, como gotas de argento, como ascuas otras; serenas luces de planetas, padres de familia; luces inquietas de soles vírgenes; luces infantiles de asteroides y luces opalinas de nebulosas que pasean por el espacio con orgullosa desvergüenza el vientre inflado en su preñez de mundos.

La luna demoraba en salir.

Tras los montes, la divina pastora juntaba nácares, perlas y lirios, esperando que el aliento de los prados y de las selvas hubiesen perfumado el ambiente, que se acallaran todos los rumores de la vigilia afanosa, a fin de que pudiesen llegar hasta ella la elegía de los suspiros y la endecha de los besos.

La luna demoraba en salir.

El suave aroma de las glicinas se confundía con el penetrante perfume de los naranjos en flor.

Bajo la bóveda de enredaderas lujuriantes, había un banco rústico, donde él y ella, reunidos por el caprichoso oleaje de la vida, meditaban, — después de haberse leído mutuamente, — en la fatal equivocación de sus existencias. El, que había pasado su tiempo regando una rosa, vió en los ojos azules de ella la profunda melancolía de un ensueño malogrado.

Era un silencio aromático y oscuro, en el cual aquellas dos almas tristes se besaban sin saberlo y sin desearlo.

No hablaban. En la quietud solemne de la noche aromatizada con el aliento de los jazmines y los jacintos, las rosas y los claveles, los nardos y los lirios, los blancos azahares y los caireles lila de las glicinas, en aquel búcaro fragancioso, se inmovilizaba el sentimiento.

La primera palabra rompería el encanto. Al hablar, los labios bus-

do estrellas, desgarrando nubes, bogaban en lo infinito, estremeciéndose otra ala. Unidos así surcaban el espacio en un consorcio ideal. Pasan-

carían los labios para un beso imposible, asustando a los espíritus que estaban deliciosamente juntos, un pico con otro pico, una ala sobre

UN HOMBRE

Este hombre nació pobre,
pero ardía en su pecho la ambición.
Abandonó la casa de sus padres
y se echó a trabajar y trabajó.

En las Provincias y en los Territorios
hundió sus brazos y su buena intención
y un día,

—siempre para estos hombres hay un día—
triunfó.

Es dueño de una estancia,
pacen cinco mil vacas en redor,
en sus montes los cedros le dan sombra
y en sus jardines los rosales olor.

Yo depongo a tus plantas cansadas,
mis banderas de raso, señor...
Son más nobles tus manos callosas,
que mis pálidas manos de flor.

Yo quisiera vivir a tu lado,
endurecer mi vida de trabajo y de sol.
Todo yo soy un férvido ruego,
¡tómame de peón!

B. FERNANDEZ MORENO.

EL DOLOR

Dan pena esas gentes que necesitan apoyarse en pequeños grupos para tener algún significado. ¡Qué serie de concesiones previas para que hagan el propio reconocimiento!

¡A qué precio se consigue la personalidad!

Yo siento un gusto enorme de mí mismo y una salvaje reacción contra esos movimientos externos de lisonja.

¡Qué placer colocarse humilde y pasivamente delante de los hombres y escucharles, escucharles siempre, hasta que no tengan más que decir, y después sonreírse, porque el alma está todavía más allá! ¡Infelices seres, que se creen en el límite, y vosotros los superáis, sencillamente porque apagáis vuestra sed en el agua del más puro y cristalino manantial.

Directamente, de un golpe, os habéis colocado en la cumbre. ¿Qué os importan ya los rugidos de las olas? Y ahí los tenéis: así, cogidos de la mano, haciendo ruido, el ruido de sus necedades, creen alejar la voz angusta del espíritu. Estad tranquilos; vuestra hora llegará. Entonces se acercarán a vosotros para rendiros homenaje. "¡Pobres siervos!", excluiréis levantando los ojos al cielo y demandando perdón para los que ignoran lo que hacen. Vosotros no queréis nada, porque nada necesitáis. Tenéis bastante con el alma para vivir con lujo. El más grande y envidiable de los lujos: gastar todos los días dolor.

V. GARCIA MARTI.

dose en espasmos amorosos, sordos al hoy, cerrados los ojos al mañana, lograron olvidar un momento el saco de miserias del pasado y el odre de miserias del futuro.

Nacidos el uno para el otro, se habían encontrado demasiado tarde, cuando ya sus existencias habían cavado sus cuencas irremediables, en líneas paralelas, conductoras las dos al mar del desengaño.

Sin embargo, tuvieron un instante de adorable olvido. Sin buscarse, las manos se juntaron y se oprimieron; las pupilas azules de la encantadora atormentada se desmayaron sobre las negras pupilas del atormentado... En ese instante se amaron hasta el punto de hacer crujir sus almas en lo frenético del abrazo!...

La luna tardaba en salir.

El tenía cuarenta años; ella tenía treinta. En la sombra perfumada, comenzaban a olvidar deberes y una fuerza irresistible los atraía. Sus dedos se oprimían mutuamente, los labios, cerca de los labios, temblaban ganosos de soldarse en un beso. Ambos pensaban que la felicidad estaba allí, a un paso. Era el abismo. Dar un paso y caer al abismo, pero caer enlazados por un cariño, triturarse en las aristas de las rocas, desangrar en los lastrales, ser arrastrados luego, como pedruscos por las aguas del torrente... ¿qué importa?...

La luna apareció en el cielo.

El dijo:

—Mañana debo partir.

Y ella:

—¿Por qué partir?

—Porque antes de que la luna se haya hundido en el ocaso, y antes de que las glicinas y los naranjos hayan consumido el perfume de sus incensarios, me habrá olvidado usted. Si así no fuese, yo quedaría para observar, para admirar la luna, siempre contento, siempre feliz, recibiendo la luz de sus ojos, aunque lejos, muy lejos, uno de otro.

—Y cuando la luna se va, cuando la luna se esconde, cuando no hay luna ¿qué hará usted?

—Pensar en ella.

Instintivamente, los cuerpos se acercaron; las manos se oprimieron con fuerza; los labios de ella y los labios de él se encontraron a un milímetro de distancia; pero en ese mismo instante, la luna plena derramó una lluvia de luz blanca sobre el lila de las glicinas.

Ella dijo:

—¿Ama usted el cielo?

Y él:

—Mucho.

—Yo también... Busco eternamente en él dos angelitos, hijos de mis entrañas, devorados por la tierra, que deben aletear en lo azul.

El sintió frío. Ella se puso de pie, arrancó un racimo de flores de glicina, y, pálida, muy pálida, dolorosamente pálida, murmuró arrojando la flor al suelo:

—¡Imposible!

El guardó silencio, y luego, con infinita melancolía, respondió:

—Sí, imposible... ¡La felicidad es siempre imposible!...





SINTÉTICAS

EL FASCISMO INVENCIBLE

En Italia acaba de ser aprobado un proyecto de ley que establece un impuesto a los solteros, comprendidos entre los 25 y 65 años de edad.

Como esta medida viene a favorecer a centenares de miles de mujeres italianas, que cifran en los desposorios la solución del problema de sus vidas, resulta que Mussolini crea, de este modo, un formidable ejército femenino, completamente adicto al fascismo y dispuesto a sostener, por todos los medios, las ideas políticas del partido que en forma indirecta, pero eficaz, favorece la situación de las mujeres, con leyes de tal naturaleza.

Además del considerable refuerzo que el fascismo recibe con tan importante adhesión femenina, los nacimientos en Italia se multiplicarán en forma notable, como consecuencia lógica del aumento de matrimonios que provocará la ley de referencia; y esto permitirá a Mussolini disponer de los millares de hombres que se propone arrojar sobre Tripolitania, con el propósito de "colonizarla vertiginosamente", según acaba de declarar, en Roma, al enviado especial del "Diario das Noticias", de Portugal.

Los que aún se muestren reacios en reconocer las geniales iniciativas y la estupenda sagacidad del "duce", tienen, en la trascendencia de la ley que nos ocupa, un buen elemento de juicio para acabar de desterrar sus escrúpulos.

Hacer invencible al fascismo con la adhesión de un formidable ejército femenino; promover el aumento de la natalidad del país, multiplicando su contingente; reforzar las rentas del erario público, con la creación de una nueva fuente de ingresos; prolongar el poder y la riqueza de Italia, colonizando lejanos territorios para equilibrar y hacer productivo el exceso de población... ¿puede pedirse más, de un simple proyectito de ley, al parecer inofensivo?...

OTRO MAS

La serie de crímenes sensacionales, que, de un tiempo a esta parte, nos obsesiona, continúa desarrollándose con una regularidad casi cronométrica. Actualmente, la población de Buenos Aires se halla frente a otro espeluznante asesinato, recientemente cometido en el centro de la ciudad. No faltan las circunstancias y características de rigor para que, como en los casos anteriores, aparezca el hecho revestido de contornos misteriosos y extraños; pero en el crimen que nos ocupa existe además una modalidad tan repugnante como el mismo delito, y es el ambiente de honda inmoralidad y degeneración en que se mueven los actores del trágico suceso.

A las autoridades encargadas de esclarecer el asesinato, corresponde, pues, una doble meritoria labor: la de descubrir los asesinos y la de apagar los hedores de una cloaca.

CARLITOS EN ESCENA

La actualidad sensacional de estos últimos días ha correspondido a las noticias que circularon sobre el probable divorcio de Carlos Chaplin y su esposa Lita Grey. Los diarios han publicado numerosos despachos cablegráficos informando minuciosamente respecto a las desavenencias surgidas entre el rey de la payasada y su segunda cara mitad; y con tal motivo se han hecho curiosas revelaciones referentes a la personalidad de Carlitos. Una de ellas asegura que los habitantes del pueblo mejicano donde se realizó el matrimonio de Chaplin, quedaron sorprendidos con la extraña actitud que éste asumiera, después de la ceremonia nupcial, yéndose solo al golfo de California, sitio en el que pasó la luna de miel, entregado al deporte de la pesca.

El acto pudo ser feo,
Pero de malo no hay nada;
Pues Chaplin tuvo el deseo
De llevar la bufonada
Más allá del himeneo.

El escritorio de Ema Rollet, situado en la planta baja del edificio, daba al patio principal de la fábrica de automóviles Bazin. Era muy entretenido, pues mientras "tecleaba" en su máquina de escribir, podía seguir, a través de los vidrios del ventanal, el vaivén de la casa. ¡Un verdadero cinematógrafo! Pero, entre todas las escenas que desfilaban ante sus ojos, la de la aparición de Marcelo Pontal, el mecánico de la casa, era la que ella prefería.

Y, en realidad, resultaba interesante: con un amplio y brusco viraje, el coche se encuadraba de pronto entre las pilastras del portón, se precipitaba en el patio y paraba en seco. Pontal, inclinado sobre el volante, dejaba éste, saltaba a tierra, y, descubriendo el motor, lo revisaba. Es indudable que su silueta resultaba elegante, con la gorra bien encasquetada, la amplia bufanda y el grueso abrigo...

Luego, dejando el "auto" en manos de un empleado, Pontal se dirigía hacia los escritorios. Siempre encontraba una excusa para detenerse en el de la dactilógrafa. Y no era mal recibido allí. Hablaban tonterías, con pretexto de reír, de verse, de estar juntos. Simpatizaban mutuamente, pero nunca se lo habían dicho.

Esto duraba desde hacía unos dos meses, época en que Ema entrara en la casa Bazin. Y ella, como persona prudente, comprendía que no podía durar más. Deberían tener una explicación franca y definitiva.

Cada vez que Pontal se acercaba a los escritorios, la joven sentíase sacudida por una vaga esperanza. "Quizá sea para hoy..." Entonces, para ocultar su turbación, apresuraba su trabajo; mas no sin antes haber echado una rápida ojeada al espejito que estaba colgado frente a su escritorio y haber mirado su blanco cuello, su sedosa cabellera, su nuca apetitosa, su boca infantil y sus hermosos ojos azules. Luego, se ponía a teclear a cuarta velocidad.

Aquel día Ema comenzaba a escribir una carta cuando entraba Pontal. Sin interrumpir su trabajo, ella lo acogió con una sonrisa y lo envolvió en una mirada. Marcelo se había quitado la gorra. Los mechones de sus cabellos oscuros caían sobre su frente en encantador desorden. Su correcto perfil tenía un gesto de audacia suavizado por unos ojos risueños y dulces, bajo unas cejas negrísimas.

—Buenos días, señorita Ema. ¿Permite usted que me caliente un poco?

Ella asintió con un gesto, y siguió escribiendo.

—¡Demonios! — prosiguió Pontal. — En la calle hace un frío que pela. Me he helado hasta los huesos. Tuve que entrar en una confitería para que me hicieran un punch...

—Hace usted mal en beber cosas fuertes — dijo Ema. — Podrían subírsele a la cabeza, y con la velocidad que llevan los coches...

Pontal suspiró, con cómico gesto de pesar:

—¡Ah! ¡Si pudiera usted venir conmigo para vigillarme!...

Luego, cambiando de tono:

—Y, hablando en serio, ¿le agradecería dar un paseo en automóvil, a toda velocidad? ¿Sabe lo que podemos hacer? Un sábado por la tarde me hago reservar un automóvil de nuevo modelo con excusa de hacerle probar a un cliente. Luego, el

ALAS EN TIERRA

Por Miguel Corday

domingo por la mañana, nos vamos los dos en él. ¡Verá cómo nos divertimos!

Ema cesó de escribir. Por primera vez, él le proponía salir juntos. Nunca se habían encontrado fuera de la fábrica. Y mirándole en los ojos, ella dijo:

—¿Qué dirá lagente que nos vea?

Y él, con esa audacia que afecta-mos cuando no estamos seguros del efecto de nuestras palabras, respondió:

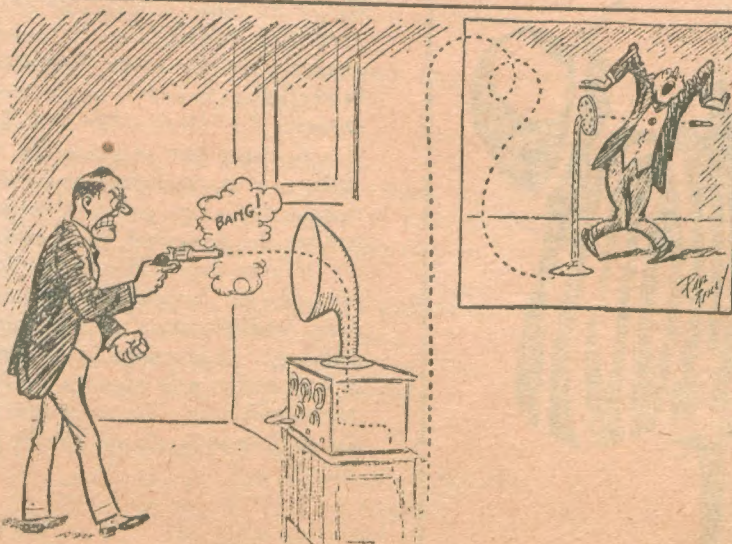
—¿La gente?... ¿Qué va a decir: "Ahí van dos enamorados".

tención... — respondió Pontal, evidentemente turbado.

—Lo sé, lo sé. Yo no le reprocho nada. Es usted como todos los hombres. Para ustedes una mujer sola es una conquista fácil. Porque ha querido volar con sus propias alas, ser libre, independiente, imaginan que no cree en nada.

—Pero no, señorita Rollet...

—Pero sí, señor Pontal... Pues bien, es al contrario. Yo conservo siempre mis pequeñas ideas burguesas. Quizá sea orgullo. Pero no quiero que se me señale con el dedo.



—No es una realidad aún, pero se trabaja por conseguirlo.

La hora decisiva había sonado; el instante que Ema temía y a la vez deseaba. Entonces, resuelta y temerosa, dijo:

—Eso es justamente lo que no debe suceder, Pontal. Yo no quiero que ni aquí ni en la calle se diga: "esos son dos enamorados". Me había propuesto decirle a usted el día... que fuera oportuno.

—Pero, señorita Rollet, le juro que no se lo he dicho con mala in-

tención. Deseo ser correcta. No quiero que me sorprendan en falta. Veamos, ¿lleva usted consigo su permiso para conducir?

—Sí. Siempre lo llevo... — respondió Pontal, asombrado.

—¿Y para qué lo lleva? Para evitar inconvenientes, para pasar orgulloso ante los gendarmes, ¿verdad? Ya ve usted que es útil estar en regla. Entonces, no le extrañe que yo no quiera ir de paseo con

MÁXIMA

Cuando se te ofrece algún objeto enojoso, acostúmbrate a decir de ti mismo que no es lo que parece, sino pura imaginación. Luego que hayas hecho esta reflexión, examina el objeto por las reglas que ya tienes para ello. Considera si es cosa que depende de ti; porque si no depende, dirás que no te toca.

Advierte que el fin de desear es obtener lo que se desea, y el fin de la aversión es huir de lo que se pretende evitar. Por lo cual, si tienes aversión solamente de lo que depende de ti (como las falsas opiniones), asegúrate que no caerás jamás en lo que aborreces. Pero si tienes aversión de lo que no depende de ti (como son las enfermedades, la muerte y la pobreza), no dudes que serás miserable, pues que no las puedes evitar, y que has de caer infaliblemente en ellas.

EPICTETO.

usted. Nosotros no tenemos esos documentos...

Se interrumpió, ahogada por la emoción. Ella misma había llevado adelante el asunto. Y ahora, temerosa y ansiosa, esperaba el resultado. Comprendía que acababa de jugar su vida y que amaba a aquel hombre mucho más de lo que creía.

Pontal la había escuchado con la cabeza baja. Quedó en esta actitud durante algunos segundos, que a Ema le parecieron siglos. Luego, bruscamente, alzó la frente:

—Tiene usted razón. He sido un bruto. No he reflexionado.

Después, súbitamente tímido:

—Entonces, ¿quiere que tomemos esos papeles?... ¿Quiere ser la señora Pontal?

Ema, loca de dicha, asintió con un gesto, mientras atormentaba con sus dedos un resorte de su máquina.

Y fué así como se comprometieron la dactilógrafa y el mecánico de la casa Bazin.

Ella, siempre prudente, propuso que la boda se celebrara durante las vacaciones. Así tendrían tiempo de reunir un poco de dinero.

—Las vacaciones están lejos — dijo Pontal.

Luego, inclinándose hacia ella:

—En espera de ellas, ya somos novios. Entonces, ¿firmamos? Y un beso puro de juventud los unió.

—:—

Aparentemente, sus vidas no experimentaron cambio alguno. Pontal prolongaba un poco más sus permanencias en el escritorio. En su ausencia, Ema se obstinaba menos encarnizadamente sobre la máquina de escribir. Por la tarde, cuando sus obligaciones no lo retenían en la calle, Marcelo acompañaba a la joven hasta la puerta de su casa. Y salían con frecuencia juntos los domingos.

Pero el gran cambio se había verificado en ellos mismos. Desde que se habían comprometido, parecía que un muro se hubiera derrumbado entre ambos. Se veían, se descubrían con nuevos ojos, con ojos amantes. Nada podría separarlos ya. Se aproximaban, se unían cada vez más, tanto por las caricias, como por la confianza y la franqueza.

No tenían secretos entre sí; sus esperanzas eran comunes, y, cuando se encontraban, se contaban los más insignificantes sucesos de su vida. La confianza es la moneda del amor.

Una tarde de marzo, Pontal entró con el rostro radiante, y confesó:

—No puedes imaginarte de dónde vengo... Sabes que la casa Vincent construye aeroplanos. El jefe piloto es un antiguo ajustador y compañero mío. Hace un rato, al pasar en mi auto ante su terreno de ensayo, en Garches, lo vi y me detuve a conversar un poco. Al fin de cuentas, me hizo dar una vueltecita en aeroplano...

—¡Qué locura! — exclamó Ema.

—¡Es maravilloso! ¡Nada de caminos, nada de valvenes, ningún obstáculo! ¡Se reina en el espacio! ¡Oh, creo que pronto conduciré uno de esos aparatos!

Y, con las manos hacia adelante, hacía girar un volante imaginario.

Desde aquel día no dejaba de detenerse en Garches cada vez que tenía que probar un nuevo coche.

Una tarde, confesó que Lerénard, el jefe piloto, le había confiado un

instante su aparato. Había marchado un poco por el aeródromo. ¡Pero sin dejar el suelo! Era la cosa más sencilla. Un automóvil con hélice, nada más.

Luego, dos días más tarde, entró en el escritorio de Ema radiante de orgullo:

—¡He volado!

Al día siguiente arriesgó su primer viaje. En Garches le felicitaron calurosamente. En pocos días de aprendizaje había conseguido lo que otros en muchos meses. Es que poseía un don instintivo.

—¡He nacido pájaro!... — se decía.

Y, fatalmente, propusieron al hombre-pájaro un puesto de piloto.

Por su grave entusiasmo, por su firme voz, Ema comprendió desde las primeras palabras, que Pontal le traía una importante noticia. En efecto, Lerenard le había entusiasmado. El antiguo ajustador de la casa Vincent ganaba sumas fabulosas. En menos de una semana, en Escandinavia, había ganado treinta mil francos. En Francia, en una ciudad balnearia, le habían dado diez mil francos por dos días de exhibición. No había más que bajar—o, más bien, elevarse—para recoger el dinero. La casa Vincent ponía un aeroplano a disposición del piloto Pontal. Le pagarían lo que él quisiera. El contrato, ya redactado, no había más que firmarlo. ¿Qué pensaba Ema?

¡Oh! ¡Bastantes inquietudes había pasado ella desde su primera visita al aeródromo de Garches! No hacía más que temer algún accidente. Pero Marcelo estaba tan entusiasmado, que no osó oponerse abiertamente. Y esperó que su capricho durase poco. Pero pronto debió perder esta ilusión. Pontal estaba cada día más entusiasmado. Ahora, hasta quería dejar su empleo. Ema gritó su inquietud.

—¡Pero es peligroso!

Marcelo se encogió de hombros.

—¡Mucho menos peligro corro en un aeroplano que en un auto!

Pero la prudencia de Ema se alarmaba también por otros riesgos. ¿Debía Pontal abandonar un puesto seguro por otro inseguro? ¿Qué locura!

Y él respondió:

—¡Piensa que en dos días reuniré más dinero que en diez años de economías en la casa Bazin!

Y, para acabar de convencerla, elogió el rápido triunfo de los aviadores. ¡He ahí gente que en seguida se hace célebre! ¿Acaso Ema despreciaba la gloria? ¿No se sentía orgullosa de ser la esposa de un héroe, de ver el retrato de su marido en los diarios?

¿Cómo contradecirle? No, ella no tenía el derecho, por egoísmo ni siquiera por amor, de retenerlo, de impedir su triunfo. Obligada a rendirse, quiso hacerlo con alegría, con una sonrisa. Pero no pudo. Y, sin comprender qué era lo que más la atemorizaba, si el peligro de lo desconocido o el peligro de la gloria, murmuró:

—¡Tengo miedo!...

—::—

Ema llegó radiosa al *meeting* de aviación de Anjou. La confianza, la alegría, el orgullo, sofocaron todos sus temores. ¡Qué aturridora aventura!... Había dejado, hacía ocho días, a un Pontal oscuro, desconocido, a un principiante. ¡E iba a encontrarlo célebre!

Para él, aquella primera semana había sido una revelación. Hasta entonces había derrotado a todos los competidores. Los diarios relataban su vida, citaban sus palabras. Su esbelta figura, su alegre sencillez, su franca sonrisa, se habían hecho populares. Enormes títulos en gruesos caracteres, proclamaban sus "records": *Nueva victoria de la Escuela francesa...* Admirable hazaña de un aviador francés...

Ema no era vanidosa. Sin embargo, cuando veía en la calle y en los tranvías gente leyendo los artículos ilustrados con la fotografía de Marcelo, sentía deseos de gritarles:

—¡Es mi novio!... ¡Es mío!

puerta de entrada. Ema hizo llamar a Pontal, como él se lo había recomendado. Era ya tan popular que su nombre operaba milagros. Los hombres del control se deshicieron en cumplimientos. En seguida le trajeron al héroe.

Ema no lo había visto en traje de aviador sino en los diarios, y lo reconoció, por así decirlo, a través de sus retratos. Una combinación oscura lo envolvía de la cabeza a los pies. Su gesto y su mirada se habían afirmado; su frente parecía como iluminada. ¡Oh! ¡No era ya el mecánico de la casa Bazin!...

A una palabra de él las puertas se abrieron. Cohibidos por las miradas de la multitud, se estrecharon

lo más interesante será aquí, ante los *hangars*.

Ema no osaba ni darle las gracias. Tanta era su emoción. ¡En plena batalla, en plena gloria, Marcelo había pensado en ella!...

Ahora los ayudantes sacaban el aparato del hangar y lo arrastraban hasta la pista. Se aproximaba la hora de la prueba.

Retenida por su trabajo, Ema no había asistido nunca a los vuelos de Pontal. Y cuando recibió en el rostro el soplo de la hélice, cuando el gigantesco aparato empezó a moverse, sintióse presa de una emoción hasta entonces desconocida.

Primero, le pareció que el aeroplano no dejaba nunca el suelo. Pero cuando empezó a ascender, tembló, temiendo que iba a caer. Y, mientras duraba el vuelo, su espíritu luchaba entre el orgullo de ver a Pontal prosiguiendo su triunfo y el continuo temor del peligro.

Alrededor de ella, el entusiasmo crecía. La certidumbre de la victoria se reflejaba en los rostros amigos. Sin conocerse todos se hablaban. Se comunicaban su dicha.

El mecánico vestido de azul dijo a Ema:

—Ese les gana a todos...

—¿Tardará mucho en aterrizar? —preguntó la joven.

—Tiene aún para una hora, lo menos...

Y agregó, con voz estremecida por el orgullo:

—He seguido todos sus vuelos... Soy su mecánico.

Ella lo miró entonces más atentamente. Sus compañeros lo llamaban Degauchi. Era alto, rubio, de rostro alargado, con un gesto de resignada tristeza.

Ema y él se hicieron muy pronto amigos. Cuando no podían seguir con la vista a Pontal, en el extremo de la enorme pista, Degauchi celebraba los triunfos de la semana.

Ema lo escuchaba con placer mientras miraba a un pequeño grupo de amigos de su prometido. El mecánico le indicó a los dos hermanos Vincent, los constructores de aeroplanos. Se hallaban acompañados de sus esposas, ambas ataviadas y lujosamente ataviadas. Una pequeña corte de ingenieros, de jóvenes pilotos y de periodistas las rodeaban. Ema se felicitó de ser ignorada por toda aquella gente. Con Degauchi le bastaba. De pronto, éste exclamó:

—¡Ya desciende!

Y corrió por la pista. Todo el grupo le siguió. Ema también corrió; pero su corazón se aceleraba más que ella.

Pontal había aterrizado ante las tribunas. Desde lo alto de su asiento, resplandecía. Se había asegurado la victoria. Los empleados de la casa Vincent, lo llevaron en triunfo.

La multitud de las tribunas agitaba sombreros y pañuelos, aclamándolo con estruendosos gritos. Pontal, sobre los hombros de los que lo llevaban, saludaba alegremente con la mano. Y Ema, ignorada y radiante, seguía al grupo triunfal.

Pontal quiso ofrecerle una fina fiesta, llevándola a almorzar al restaurant de las tribunas, el lugar de moda. Pero allí también estrechaba manos, devolvía saludos, recibía felicitaciones. Su entrada había sido discretamente aclamada. No cesaba de estar en evidencia. Y Ema, turbada por las miradas como por el lujo que allí reinaba, echó de menos su comida en la pensión o el almuerzo sobre el césped.

Diógenes y el nuevo filósofo

Una mañana, del tonel famoso

Diógenes salía,

Cuando vió con sorpresa que tenía

Un vecino. Era un joven primoroso

En su porte, y a más de noble cuna,

Que no más seducido

Por la fama de aquél, como ninguna,

Acudió a compartirla, y en su modo,

De vivir, apareciendo igual en todo,

A ser no menos sabio decidido.

Un tonel en la noche rodar pudo

Al lado del que el cínico ocupaba.

Este, allí le encontraba

Mirando hacia Corinto. No sañudo,

En él juzgó un rival, y así le dijo:

—¡Bien! ¡Me agrada, a fe mía!

Advierto con placer que halló otro hijo

La ciencia del saber, la ciencia mía.

Un discípulo veo

Que no indigno es de mí; pero deseo

Si mi adopción obtienes,

Que antes triunfes sobre tí en conciencia.

Éntregame tus bienes,

Por que yo los reparta a la indigencia.

—¡Mis bienes! — exclamó, nada sumiso

Y con horror, el joven necio y vano.—

Dispénsame: en mi casa

Un objeto olvidé que me es preciso.

Y en confusión no escasa,

Para no volver más, dejó al anciano.

—¡Extraña humanidad! — con ironía

El filósofo dijo:—¿Cuál pudiera

Parecerme sincero,

Si a sí mismo se engaña? ¡Quién creería

Que la apariencia al hombre tal seduce!

¡Para ser todo un sabio, de este modo

Un tonel a mi lado audaz conduce,

Porque se piensa que el tonel es todo!

KRUMACHER.

Sólo lamentaba una cosa: no poder asistir a todas sus hazañas, no poder estar a su lado, la más próxima a él, durante la partida y el aterrizaje. Ese era el primer día que iba a estar a su lado; y como sólo faltaban dos meses para la boda, aquella jornada al brazo de un Pontal en pleno triunfo, resultaba una verdadera fiesta de esponsales.

Al salir de la estación, Ema no tuvo más que seguir la larga fila de peatones y de carruajes que, a pesar de la hora matinal, dirigíanse en masa hacia el aeródromo, por un camino triunfal completamente adornado de banderas y de flores.

Dos empleados guardaban la

fuertemente las manos, sin osar abrazarse. Y, en seguida, se encaminaron a través del césped.

Franquearon una nueva barrera y se encontraron ante los *hangars*, cuyas puertas abiertas miraban hacia la inmensa llanura.

Pontal se detuvo ante uno de los *hangars*, donde un aeroplano tendía sus plateadas alas. Un mecánico vestido de azul lo estaba revisando. Cuando vió a Marcelo, le tendió un brazal rojo, que él ató a la manga de Ema, diciendo:

—Lo he hecho reservar para tí. Con esta cinta tienes el derecho de circular por donde quieras. En las tribunas y hasta en la pista. Pero

De regreso al hangar, Pontal ya no fué dueño de sí mismo. Debió simular un vuelo para un cinematógrafo. Un mundo de fotógrafos, aficionados y profesionales lo enfocaron con sus máquinas. Luego los periodistas lo reportearon sobre el record de la mañana. La gente le tendía tarjetas postales y lapiceros para que pusiera su autógrafo, y los niños, alzados en los brazos de sus padres, elevaban hacia él sus ojos maravillados.

Y cuando, por fin, la multitud lo dejó respirar, los Vincent lo acapararon a su vez. Las dos damas parecían hablarle con aires de intimidad y protección. Ema las hubiera estrangulado de buena gana.

A la caída de la tarde, cuando pudo acercarse a ella, Marcelo reflejaba en su semblante una expresión de contrariedad.

—¡Qué fastidio, Emita! — dijo.

— Los señores Vincent me han invitado a cenar en el restaurant, adonde irá también un señor sudamericano. Están en tratos con él para un importante negocio. ¿Quieres que rehuse o que les diga que estoy contigo?

Ella rechazó sin vacilar la idea de ser presentada a la familia Vincent, la cual le había inspirado una instintiva simpatía.

—No, no; vete con ellos.

—¿Y tú?

—¿Yo?... Tengo tren a todas horas. Regresaré a París...

—¡Dejarte marchar sola! ¡Sería una falta de delicadeza!

Ahora, ella estaba bien resuelta a dejarle el campo libre:

—Sí, sí, amor mío, debes asistir a esa comida. Ante todo, es necesario que te abras camino. No quiero servirte de obstáculo en tu carrera. Más tarde me lo reprocharías. ¡Y yo no deseo recibir de tí sino cariño!

Ella lo incitaba, orgullosa de su victoria y de su sacrificio. Y mientras Pontal sentábase a la mesa, entre la música y las luces del florido restaurant, Ema volvía a su casa. ¡Oh! ¡Si Marcelo hubiera sabido la melancolía de aquel regreso, los bruscos empujones en la estación inundada de gente, en el tren atestado donde los campesinos que habían acudido al meeting se amontonaban unos sobre otros, ebrios de fatiga y de vino y dejaban caer sus pesadas bromas sobre la pequeña compañera solitaria...

Más melancólico aún hubiera sido el viaje, si Ema hubiera conocido el asunto que se trataba durante aquella cena. Pontal se lo dijo a su regreso, una semana más tarde. Tenía el mismo gesto de fastidio que al anunciarle la invitación de los señores Vincent. El americano que le habían presentado aquella tarde, le proponía una exhibición en Sud América. Cerca de un mes de viaje. No regresaría hasta octubre o noviembre. Eso desbarataba sus proyectos. ¿Debería aceptar?

El golpe hirió duramente a Ema. Sintió una especie de vértigo. Le pareció que la vida se le iba. Las lágrimas quemaron sus ojos. Aquella larga separación, tan imprevista, le consternaba más que el aplazamiento de su boda.

Pero contuvo su angustia. Como en la tarde del meeting de Anjou, encontró la fuerza de sacrificarse en el temor de oscurecer la gloria de Marcelo. Le dijo que debía partir. Y hasta sonrió...

Siempre, como en Anjou, Ema se borró voluntariamente, se perdió en el numeroso grupo que, sobre el

andén de la estación, asistía a la partida de Pontal. Se encontró con Degauchi, que acompañaba a su patrón. Y le recomendó que velara sobre Marcelo, que lo cuidara, que le impidiera cometer imprudencias.

En efecto; mientras que Pontal, atareado, apenas le dirigía algunas palabras por cable, en las grandes etapas del viaje, Degauchi escribía largas esquelas llenas de entusiasmo y de elogios por los éxitos de su

Y sólo la vista de Pontal, al saltar del tren, le dio la vida.

¡Pero, ay! La alegría del regreso fué nublada por los preparativos de un nuevo viaje. Los hermanos Vincent habían propuesto a Pontal una exhibición en Montecarlo. Esta vez no había vacilado. Muy excitado, explicaba a Ema el mismo día de su llegada:

—Tú comprendes que allí va lo más granado de la sociedad. Hay que contar con ese mundo. Es el que hace la moda y la reputación.

Y agregó, risueño y fastidiado a un mismo tiempo:

—¡Qué vida, mi pobre Ema! Uno no tiene tiempo ni de ocuparse de sí mismo...

Los Vincent no lo dejaban ni un instante. Almorzaban y cenaban juntos, en los restaurants y en los cabarets de moda. Lo presentaban a personas ricas o notables que se consideraban honrados en conocerle y a su vez le invitaban.

Y Ema, que conocía su gusto por el placer y la gloria, no podía oponerse a que llevara esa vida.

Un día, sin embargo, ella pudo verlo durante más tiempo. Era un domingo, un dorado domingo de fines de otoño. Ema asistió a una prueba en el aeródromo de Garches. Pero tampoco lo vió más que de lejos. Pero, después de todo, podía verlo y oírlo.

Daba órdenes a sus operarios con voz firme, como hombre acostumbrado a mandar y a mirar el mundo desde lo alto. Ema se asombraba. ¡Qué pronto había adquirido seguridad y autoridad! ¡Oh! ¡No era ya el mecánico de la casa Bazin!... ¡Cómo había cambiado!... Y Ema se asustó. Porque ella era siempre igual...

Luego el aeroplano se elevó. Siguió los límites del aeródromo a poca altura. Cuando dominaba los hangares, se veía la sombra del aparato deslizarse sobre la hierba. Y bruscamente, Ema, oprimido el corazón, sintióse lejos, muy lejos de él. Ahora pasaba por su existencia como en aquel momento pasaba ante sus ojos. No se acercaba a ella más que para alejarse y desaparecer. Y, aun a su lado, estaba siempre lejos, en lo alto, en la gloria.

Y aquel día, por primera vez, conoció la espantosa angustia de la mujer enamorada, esa sombra que oscurece repentinamente su vida: el temor de ser menos amada...

—::—

Ema no había visto a Degauchi desde su regreso de América. Durante la sección de entrenamiento, había estado al lado del aparato ayudando a Pontal. Pero, una vez que el aeroplano emprendió el vuelo, el mecánico volvió a los hangars con paso apresurado.

Estrechó la mano que Ema le tendió. Pero, en seguida su alegría se turbó. Con las manos unidas detrás de la espalda, el ceño fruncido y la cabeza levantada hacia arriba, seguía la dirección del aeroplano. Sorprendida ante aquel silencio, la joven le interrogó: — ¿Es que el nuevo aparato le daba inquietud?

— ¡El aparato?... — protestó Degauchi. — ¡Bah! En manos del patrón no hay nada que temer. Tiene un dominio único...

Ema insistió: — ¿Entonces, qué significaba aquella sombría actitud, aquel silencio desacostumbrado?...

—Escuche, señorita Rollet — dijo entonces él. — Es necesario que se lo diga... El patrón se defiende



—No comprendo que quieras divorciarte de tu marido. Todas las mujeres lo adoran.

—Precisamente por eso.

Y que, si sucedía alguna cosa, le escribiera.

—Le prometo que no sucederá nada, señorita Rollet — dijo el mecánico; — pero, de todos modos, le escribiré.

patrón.

Pero las palabras de Degauchi apenas dulcificaban los males de la ausencia. Ema languidecía en la espera, la impaciencia y la inquietud. La parecía que le faltaba el aire...

FRAGMENTO

En este largo viaje hemos recorrido las riberas del Mediterráneo, de ese mar misterioso y sagrado, que ha lamido con sus ondas los pies de todas las grandes ciudades, que ha reflejado en sus cristales los rostros de todos los héroes, que ha arrullado con sus cánticos la cuna de todos los dioses; de ese mar hermosísimo que ha teñido con sus reflejos celestes los cuadros de Apeles, y con su húmedas brisas ha besado los vibrantes labios de las musas, y con sus dulces ecos ha acompañado el cántico de Píndaro y Horacio, y con sus azules horizontes ha formado el fondo del teatro de Sófocles y Esquilo; de ese mar que sobre sus ondas, semejante a las palpitaciones de un corazón querido, ha llevado el secreto de la civilización de ribera en ribera, de gente en gente, envuelto en los perfumes regalados de los deleitosos campos que se miran en sus ondas; mar que Dios ha arrojado entre el Asia, Europa y Africa para unir a los tres continentes, y celebrar así la maravillosa confusión del alma y del pensamiento de los pueblos; mar que yo amo, porque he pasado mis primeros días viendo sus ondas, y he creído descubrir en sus estelas, en su espuma, en su ligera celeste superficie, las eternas huellas de una hermosa historia.

EMILIO CASTELAR.

perfectamente en el aire. Pero me parece que en tierra no le sucede lo mismo.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh! Nada serio. Solamente, que se deja aturdir por unos cuantos payasos, que se arriman a él porque está de moda y que se olvidarán de él como del último monigote el día en que abandone los vuelos. Aún no ha llegado a un sitio, cuando vuelve a partir. No reposa un solo instante. Esa idea de ir a Montecarlo y de concurrir a la ruleta... En fin, que marcha a toda velocidad. Y hace mal. Bueno, usted hará lo que quiera...

Ella defendió a Marcelo; pero fué por orgullo de enamorada y por la necesidad de serenarse a sí misma. Pero, en el fondo, no estaba tranquila.

La espera fué mucho más penosa durante la permanencia en Montecarlo que durante el viaje a América. Pontal no precisaba la fecha de su regreso. Escribía muy poco. Hasta Degauchi espació sus cartas. Ema sintió deseos de pedir a Pontal una entrevista.

Pero, de pronto, una tarde, vió entrar en el patio de la fábrica Bazin un automóvil...

La joven titubeó en reconocer a Marcelo. Había cambiado su silueta y hasta su rostro. Saltó de un ligero coche de lujosa y brillante carrocería. Con la punta de los dedos enviaba saludos a sus antiguos camaradas. Luego, se dirigió hacia los escritorios.

¡Oh! Esta vez Ema no se obstinó en escribir a máquina! Lo esperó de pie, impaciente. Por fin entró Marcelo, con la cabeza descubierta y el abrigo al brazo. Sus cabellos, otrora rebeldes, estaban cuidadosamente peinados y echados hacia atrás. Su traje, siempre descuidado, tenía el correcto y elegante corte de un figurín. Y su voz, sus gestos y sus modales, eran también correctos y medidos, a la manera de su vestimenta.

Hasta entonces, a pesar de su agitada vida, había conservado sus gestos sencillos, sus palabras suaves y gentiles. Pero ahora, una especie de sujeción parecía pesar sobre su actitud. Expresó confusamente su brusco regreso, y se excusó por no haberla prevenido. De todos modos, no estaba allí más que de paso. Pero había querido que Ema no supiera su llegada por boca ajena.

Ella apenas escuchaba. Su instinto de enamorada intuía la mentira y el misterio bajo cada palabra. Nada le parecía verdadero; ni sus frases, ni siquiera su presencia. Le parecía que soñaba, que Marcelo no estaba frente a ella, y que al despertar se encontraría con un joven sencillo y cariñoso, y no con aquel apuesto caballero semejante a un figurín de moda. Sin embargo, él estaba allí, ante ella. Pero no era el mismo. ¿Quién lo habría cambiado? Ella lo sabía por Degauchi...

Al día siguiente, por la mañana, antes de la hora de trabajo, Ema se hallaba en Garches. Degauchi trabajaba en la puerta de su hangar. Al ver a Ema, profirió una exclamación de estupor:

—¡Señorita Rollet!

Ella estaba ansiosa por saber. Fatigada por la caminata, sentóse sobre unos cajones vacíos.

—Escuche, Degauchi. Usted me profesa amistad...

—Puede usted decirlo.

—Es necesario que me lo pruebe.

He visto a Marcelo ayer por la tarde. No es el mismo de antes. Usted ha estado en Montecarlo con él. ¿Qué ha sucedido allí?

El mecánico parecía muy turbado. Sin embargo, respondió:

—Sucedio lo que debía suceder. Ya se lo había dicho a usted antes de partir. Ha tenido un éxito asombroso. La gente se lo disputaba. Estaban a su lado como moscar alrededor de un terrón de azúcar. No puede hacerse usted una idea...

Trataba de bromear. Pero su voz sonaba a falsa. La joven le preguntó:

bado, hacia girar entre sus manos una llave inglesa. Evitaba las miradas de Ema. Entonces, ella, más dulcemente, murmuró:

—Degauchi, debe usted ayudarme a defenderme. Usted me oculta alguna cosa.

El tiró la llave al fondo del hangar:

—Pues bien, sí: le oculto algo. Desde que regresé de Montecarlo, no he hecho más que preguntarme si debía decirse o no. Esta mañana, cuando la vi llegar, no estaba aún decidido...

—Pero ahora no puede retroce-

UN FRAILE

Descalzo, con oscuro sayal de lana,
sobre el lomo rollizo de su jumento,
mendigando limosnas para el convento
va el fraile franciscano por la mañana.

Tras él resuena el toque de la campana
que a la misa invoca con dulce acento
y se pierde en las nubes del firmamento
teñidas por la aurora de oro y de grana.

Opreso entre la diestra lleva el breviario,
pende de su cintura tosco rosario,
cestas de provisiones su mente forja

y escucha que, a lo largo del camino
respondiendo al rebuzno de su pollino
silba el aire escondiéndose entre la alforja.

JULIAN DEL CASAL.

—¿Por qué no me escribió usted todo eso, como hacía desde América?

—No lo sé. Quizá porque me sublevaba verlo evaporarse con todos esos picaflones. ¡Y pensar que entretanto usted estaba aquí, esperándolo, sacrificada sobre la máquina de escribir! ¡Dios! Cuando se tiene la suerte de saber que ha de encontrarse al volver con una mujer como usted, no deben tenerse otras ideas en la cabeza... En fin, yo no tengo el derecho de juzgar ciertas cosas. Nada de eso me incumbe...

Ella insistió, casi suplicante:

—Pero a mí, sí. Debe usted decirme todo. Piense que no tengo a nadie más que a él...

El mecánico, evidentemente tur-

der. Ha dicho usted demasiado. Y es necesario que yo lo sepa todo. Vamos, hable.

—Y bien: entre todas esas muñecas que lo rodean incesantemente hay una que ha tomado la delantera.

—¿Es su amante? —gritó Ema.

—Quién sabe; eso no podría afirmarlo... En fin...

—¿Quién es?

—Es lo que se llama una mujer del gran mundo. Una amiga de las señoras Vincent, por supuesto. La señora Dorcere. Una divorciada. Es coqueta y elegante. Pero como linda, lo es también. El señor Pontal la ha llevado en aeroplano. No la deja nunca; la sigue a todas partes. Y ha venido a París al mismo tiempo que ella...

El asno y el ídolo

Propusieronle a un carguero si quería transportar un ídolo desde el taller del escultor al templo a que se le destinaba. Como contestase afirmativamente, cargaronle la imagen en su asno, y emprendió el camino por las calles principales de la ciudad. Viendo el asno que todos los transeuntes se detenían a su paso y besaban la tierra, prosternándose, creyó que aquellas adoraciones iban dirigidas a su gallarda persona, por cual motivo enderezó sus orejas, arqueó el rabo y marchaba en la apostura más digna del homenaje público. Terminada la comisión, el carguero entró en su casa desesperado, porque la paga no había correspondido a sus deseos, y cogiendo una vara, al sufrir los estacazos, murmuraba:

—¡Bruto de hombre: me ha tomado envidia!

Así se explicaba el repentino regreso de Marcelo. Ema sufría horriblemente. A cada frase del mecánico, le parecía que le clavaban un cuchillo en el corazón. Degauchi se apercibió de aquella agonía:

—¡Oh! ¡Esto es lo que yo temía! La he hecho daño con mis palabras, señorita Ema. Por eso quería calar. No llore usted... No será más que un capricho pasajero... No llore, señorita Ema...

En el tren que la llevaba hacia París, Ema recobraba lentamente su dominio. Anonadada al principio bajo el golpe, le parecía despertar de un accidente. Instintivamente quiso medir la extensión de la catástrofe, encontrar las razones de serenarse, de vivir.

Degauchi había hablado de una aventura sin importancia. Ni siquiera estaba seguro de que la señora Dorcere fuese la amante de Marcelo. En fin, que él, no acostumbrado a esas cosas, se dejaba aturdir por las coqueterías de ella. ¿Cómo podría resistir a los manejos de una mujer de mundo, el antiguo mecánico de la casa Bazin? Evidentemente, aquella coqueta lo había aturrido. Pero, seguramente, él no la amaba. Y esta esperanza tranquilizó un tanto a la joven.

Sin embargo, Marcelo continuaba alejándose de ella. Sus visitas se espaciaban y acortaban cada vez más. A veces, se excusaba de no poder asistir a una cita, con una palabra dictada a Degauchi, a quien ahora empleaba como secretario. Ante ella, parecía hastiado, distraído. En cuanto a la fecha del matrimonio, no había hecho la menor mención. Y por nada del mundo ella hubiera sido la primera en hablar.

Es verdad que Pontal habría podido invocar, también esta vez, las exigencias de su carrera. Un gran proyecto le preocupaba. Un importante diario austriaco ofrecía un gran premio al primer piloto que realizara el raid Viena-Alejandro.

Al principio, titubeó, turbado por la importancia de la empresa. Pero súbitamente se decidió: un austriaco se disponía a partir. Pontal saltó al tren, preparó su aparato en una noche, emprendió vuelo una mañana, pasó a su rival en el camino y cubrió la distancia en un instante. Había salido de París dos días antes. Su triunfo hizo eco en el mundo. Una ardiente multitud esperaba el regreso del vencedor. Millares de desconocidos querían verlo, aclamarlo.

Un banquete colosal coronó la apoteosis. Dos ministros estaban al lado de Pontal. A los postres, los elogios oficiales le fueron más gratos que los de la prensa y de la multitud. Los personajes más poderosos le rendían homenaje y se inclinaban ante él. En fin, su loco ensueño se realizó... En un impulso de entusiasmo, que triunfaba de todos los obstáculos, de su extremada juventud, de la lentitud de los escritorios, de las tradiciones de la gran cancillería, el ministro puso en el ojal de su "smoking" la cinta de la Legión de Honor.

Ema, retenida en su oficina, no había asistido a la ovación del regreso. Y las mujeres no habían sido invitadas al banquete. La joven supo la gloriosa nueva por el diario, a la mañana siguiente. Pontal había sido condecorado... El mismo día recibió una invitación para una conferencia, en donde el héroe, aquella misma tarde, debía narrar su hazaña. Si bien es cierto que su dirección y su nombre habían sido



escritos por Degauchi, Ema se felicitó de no haber sido olvidada. Y en seguida decidió el partido que debía tomar: faltaría con un pretexto cualquiera de la oficina, iría a comprar una cinta roja para Marcelo y asistiría a su conferencia.

Habló por teléfono al escritorio para excusarse de ir, y se dirigió hacia una sombría tienda de las galerías del Palais Royal. Detrás de un mostrador, una respetable señora esperaba plácidamente a la clientela. Ema pidió una cinta de la Legión de Honor. La vendedora le presentó cintas de todas las anchuras. Las había angostas como un hilo, y anchas hasta de cuatro dedos. Ella se decidió por una regular tamaño. En la oficina más próxima de correos deslizó el paquetito bajo un sobre neumático. Sobre el delgado cartón, alrededor del cual se envolvía la cinta, había escrito simplemente: "De parte de Ema".

Pontal daba su conferencia en un teatro de los Campos Elíseos. Una doble fila de automóviles se alineaba ya ante la puerta cuando llegó Ema. La sala estaba casi llena. Y la clásica mesa del conferencista parecía perderse en medio de un gran vacío.

De pronto, se abrió un palco "avant scene". Tres mujeres se sentaron en primera línea. Ema reconoció a las señoras Vincent. Y advinó, entre ellas, a la señora Dorcere, aquella que le robaba a su Pontal... ¡Oh! ¡Degauchi tenía razón! ¡Qué bella era!... Con una curiosidad ávida y dolorosa, ella contempló aquella belleza tan segura de sí misma, aquella elegancia tan natural y atrayente. ¿Cómo luchar? Por un momento sintióse aplastada, derrotada. Sin embargo, ninguna belleza es perfecta. Su sonrisa continua parecía una mueca. Y sus gestos, su afectación y sus ademanes, eran exageradamente realzados. ¿No se percataría Marcelo de su coquetería? Aquella mujer se amaba demasiado a sí misma para poder amar a los demás...

De pronto sonó un timbre. Un rumor caluroso y animados aplausos saludaron la aparición de Pontal. Y Ema no vio más que a él. En "smoking", notablemente rejuvenecido, avanzó sin la menor turbación hasta la mesa, desplegó las páginas y comenzó a leer. Ema no oía las palabras. Temblaba temiendo que él se equivocara de línea o de página. Hubiera deseado amplificar y prolongar los aplausos que puntuaban cada frase. Revivía los ansiosos entusiasmos de los principios... Situada demasiado lejos de él, no alcanzaba a distinguir si la cinta roja que brillaba en la solapa de su "smoking" era la que ella le había mandado...

Y la ovación final la dejó aún más emocionada, reconfortada, mientras que, mezclada a la multitud, esperaba en el vestíbulo la salida del héroe. Marcelo apareció por fin, radiante y risueño, rodeado por una numerosa corte. Pero, cuando percibió a Ema, su alegría se nubló, su rostro se contrajo. Fué hacia ella y le tendió la mano con gesto frío:

—No sabía que habías venido.

Y ella respondió humildemente:

—Recibí una invitación...

Pero se interrumpió angustiada. Marcelo llevaba en la solapa una cinta fina como un hilo. No era la suya...

En aquel momento, vivaces, tumultuosas, salían las señoras Vin-

cent acompañadas de su amiga. Esta se acercó a Pontal y con voz mimosa y acariciadora, le dijo:

—¿No viene usted, Marcelo?

Luego, viendo que no estaba solo, agregó con una impertinencia de enamorada, que se cree todo permitido:

—Vamos a tomar el té en la casa Swan. Allí nos encontrará. Tiene usted cinco minutos.

¡Oh! ¡Poder saltar sobre aquella mujer, pegarla, morderla!... Pero Ema sufría demasiado para ser feróz. Le parecía oír aún aquella voz acariciadora. Pero la fina cinta. Un gesto, una palabra, hubieran bastado para confirmarle su desdicha.

Pero tuvo aún una vaga esperanza. ¿Y si se hubiera equivocado? Señaló con el dedo el hilo rojo.

—Es suyo, ¿verdad? — dijo.

El se encogió de hombros, irritado.

—Recibí el tuyo demasiado tarde. Ya me habían dado éste.

—¡Oh, no quiero hacerte reproches!... No temas. Ahora sé... lo que deseaba saber.

Pero, ¿cómo?

Todo se lo recordaba. Los diarios le hablaban siempre de él. Ponían constantemente ante sus ojos su nombre y su retrato. También Degauchi se lo hacía recordar. Le había pedido tímidamente permiso para venir a verla siquiera después de la segunda quincena de Anjou, después de la de Deauville y después de la de Biarritz. ¡Tristes entrevistas! Degauchi le hablaba de los viajes y de los triunfos de Marcelo. Luego se callaba, suspirando. Y obligaba a interpretar su silencio. Ema comprendía que siempre duraba aquella relación...

Pero, una tarde de octubre, Degauchi, que siempre esperaba la salida de Ema, entró apresuradamente a su escritorio a eso de las diez y seis. Tenía el rostro alterado, la cabeza desnuda y vestía el traje de trabajo.

—¿Qué sucede? — preguntó ella, alarmada.

Casi sin aliento, él la tranquilizó con un gesto. Luego, apenas pudo hablar, dijo:

ASÍ...

(Del libro "El saetazo azul", recientemente aparecido).

Yo soy un hombre pálido, triste y meditabundo, dueño y señor de parques absurdos en la luna... Con paso tardo cruzo los caminos del mundo y me placen las aguas en paz de la laguna.

Todo está bien... Dios quiso que así fuera mi vida. Mi corazón perdona constantemente. En vano me harán dolor... Mi anhelo curará toda herida, y limpia, amable y blanca me estrecharán la mano.

Al volver de, un sendero me ha de llegar el turno de descansar. Un árbol me ofrecerá su sombra, borrándose las huellas de mi agreste coturno...

Y al remontarse el alma, serena y transparente, exclamaré: "¡Dios mío!"... (santo el labio que nombra) durmiéndome con claros de destellos en la frente...

CARLOS DE JOVELLANOS Y PASEYRO.

Ema se dirigió hacia la calle. Pero sin duda su rostro y su voz traicionaban su dolor. Porque él tuvo piedad. La siguió:

—No debes culparme, Ema. Todo ha cambiado para mí. Yo mismo no me reconozco. Ya no soy el mismo. ¡Si supieras!...

Ella comprendió que Marcelo iba a invocar a la fatalidad, iba a confesar el dominio que aquella mujer ejercía sobre él. Y quiso evitar aquella humillación.

—No digas más. Es inútil.

Luego, designando con la vista el hotel Swan, que estaba en frente, dijo:

—Te esperan. No vayas a llegar tarde. Te devuelvo tu libertad... para siempre.

Y, sin mirarle, se alejó a grandes pasos, impaciente por alcanzar alguna callejuela solitaria, donde poder llorar.

Nuevamente Ema volvió a ser la humilde dactilógrafa de antes, del tiempo en que aún no conocía a Pontal. Ella hubiera querido volver a aquella época, borrar el último año de su vida. Resuelta a renunciar a él, a no disputárselo a aquella mujer, hubiera deseado poder olvidarlo.

—Nada, nada, señorita Rollet. El señor Pontal ha sufrido una caída. No se ha herido gravemente. Pero yo temía que usted conociera la noticia por los diarios de la tarde o por los murmullos que se corren, y que se alarmara. Entonces, apenas quedé tranquilizado por el patrón, corrí aquí para decirle a usted que no tiene nada.

Pasada la primera impresión, ella respiró:

—Pero, ¿qué ha sucedido?

—No se sabe con seguridad. Se celebraba un concurso para batir el "record" de altura. De pronto, vimos que el aparato empezaba a descender con la hélice hacia abajo. Al principio, se creyó que Pontal lo hacía a propósito. Pero no. Caía como una piedra. El luchó. Por un momento, pareció que iba a recuperar el equilibrio. Era demasiado tarde. El motor se había parado. Y el aparato fué a destrozarse contra el suelo.

—¿Y él?

—El señor Pontal? Felizmente, fué proyectado hacia adelante. Quedó tendido boca abajo. Lo llevaron en un auto hasta los hangars. Allí recobró el conocimiento...

—Pero, ¿es verdad que no se ha herido?

—Sólo tiene algunos rasguños en la nariz, en la frente y en las manos. Pero no son de importancia.

—¿Está usted seguro de que no será nada?

—Claro que sí. Cinco minutos después de la caída estaba perfectamente. El médico ha dicho que sólo le hacen falta ocho días de reposo.

Tranquilizada ya del todo, la joven preguntó:

—¿Adónde lo han llevado?

Degauchi vaciló un instante, pasándose la mano por la cabeza:

—No lo sé... Cuando supe que no se había herido de gravedad, no esperé más. Pensé en usted, naturalmente. Sin embargo...

Ansiosa, ella repitió:

—¿Sin embargo?...

—Sin embargo, vi que las personas que asistían a la prueba le ofrecieron llevarlo en su auto. Entonces, usted comprende...

Sí, había comprendido. Y lo interrumpió con un gesto. Siempre en las mismas manos: las señoras Vincent, su amiga Dorcere...

Durante sus días de convalecencia, aquella mujer debía hallarse a su cabecera. Sin embargo, Ema hubiera deseado ir a su lado, como una hermana, estrecharle las manos, decirle una palabra de consuelo, demostrarle que no le guardaba rencor. Pero no quería encontrarse con aquella mujer. No iría...

Y entonces comprendió lo viva y fuerte que se conservaba su ternura. Porque quizá sufría más de hallarse separada de él en el desastre que de haber sido abandonada durante su gloria.

Cuando un aviador escapa a la muerte, en un accidente, conserva siempre en el corazón el estremecimiento de lo desconocido, la huella de su roce. Tórname consciente del peor peligro: aquél que no se puede prever. Muchos pierden en el choque su encantadora audacia, la flor de su temeridad. Y a menudo, hasta su misma vida cambia.

Pontal no pudo escapar a esta ley. Si bien en apariencia no se había resentido por su caída, prolongó demasiado el reposo que debía guardar. Ya no se le vio disputar las grandes pruebas que quedaban cerradas con el fin del año. Luego, una noticia corrió por los aeródromos: Pontal iba a construir sus máquinas.

Gran número de aviadores ceden a esta tentación. ¿Por qué dar a un fabricante la mitad del dinero que ganan a riesgo de su vida? En diez y ocho meses, Pontal había reunido más de medio millón de francos. Alquiló una pequeña usina metalúrgica en Suresnes, la adaptó a su nuevo destino, tomó una veintena de obreros y se entregó de lleno a su oficio.

Pero debió romper con los hermanos Vincent, que juzgaron severamente su proceder. Pontal había sido su piloto y su amigo. Ellos le habían ayudado en sus principios. El se había aprovechado de su trabajo y de sus influencias. Y, obtenido el éxito, quería fundar una casa rival... Y como Pontal había renunciado el contrato que por un año aún lo ligaba a los hermanos Vincent, éstos le entablaron pleito.

Al mismo tiempo, su compromiso que se había aplazado a causa del accidente, rompióse del todo. La señora Dorcere tomó la parte de sus amigos. Pero esto no fué más que un pretexto. En realidad, nunca había amado a Pontal. No apreciaba

en él más que al ídolo de la multitud, al hombre sostenido en el cielo por cien mil miradas, y del cual cada nuevo triunfo avivaba la aureola. En la penumbra de una semiretirada, donde se atenuaba su prestigio, el capricho de la coqueta debía forzosamente caer.

En la primavera, Pontal sacó su aparato. Desdichadamente, el antiguo mecánico no poseía suficiente ciencia. Creía que sus cualidades de práctico compensarían su falta de saber. Pero se había equivocado torpemente. Se obstinó en estériles retores. Hasta se lanzó en nuevos ensayos, alentado por intrigantes o visionarios. Perdió su tiempo y su dinero. Cuando cerró su fábrica, había perdido la mayor parte de su fortuna. Poco después, los tribunales le condenaban a pagar una indemnización a los hermanos Vincent. La brecha se ensanchó aún más.

Entonces, quiso volver a conquistar victoriosamente el espacio, en un aparato de marca. Pero la aviación evolucionaba con una rapidez increíble. En unos meses, habíanse consagrado gran número de héroes. La rapidez y la ligereza de los aparatos, la virtuosidad de sus pilotos, la importancia de los raids, sorprendían y desconcertaban secretamente a Pontal. Sentíase vencido, reemplazado...

Pocas carreras hay en que el hombre se vea tan bruscamente precipitado en el olvido. En general, el favor lo abandona con una marcha insensible, al mismo ritmo de la vida. El entra lentamente en la sombra. La declinación de la gloria tiene la melancolía de un crepúsculo. Pero, para el aviador, tiene la crueldad de una caída.

¡Qué doloroso descenso para Pontal, que había gustado tan violentamente, tan voluptuosamente, la embriaguez de la gloria y las caricias de la popularidad!...

¡Había sido olvidado, arrojado en las sombras por el brillo de una nueva pléyade! La memoria de la popularidad se parece a esas pizarras negras, donde, para escribir un nombre, es necesario borrar otro. Cuando, por casualidad, se encontraba con algún viejo conocido y se quitaba el sombrero o le estrechaba la mano, aquél parecía asombrado de encontrarle:

—¡Cómo! ¡Pontal!

Y el periodista, el mundano o el sportsman que meses antes había suspirado por verle presentado, le dirigía un pequeño saludo protector. Le concedían la gracia de reconocerle.

Así cayó en la oscuridad, en el vacío y en el silencio. Y aquella caída fué mucho más lúgubre, más angustiosa, más inexorable que aquella en que se sintiera arrojado a tierra.

—:—

Ema había seguido constantemente a Pontal desde su accidente. Porque Degauchi la tenía al corriente de los menores acontecimientos en la vida de su patrón.

Cuando le dijo que había roto con la señora Dorcere, no quiso creerlo. Sin embargo, a medida que Degauchi trataba de darle pruebas, dejábase invadir por una alegría de liberación y de esperanza...

También conoció los ensayos infructuosos de Marcelo y su completa derrota. Ema callaba, agitada por sentimientos contradictorios. Conocía el carácter de Pontal, su amor propio tan sensible al triunfo, para comprender cómo debía sufrir. Y ella se entristeció también. Pero

no podía dejar de pensar que él se tornaba ahora menos lejano, menos inaccesible a ella. Descendiendo a la tierra se le aproximaba. Así, triste y alegre, sufría y esperaba.

Llegó el otoño. Degauchi debió partir para Reims, donde lo enviaba la nueva casa donde se había empleado. Ema sintióse más sola que nunca. La ausencia del mecánico la privaba de noticias. Los diarios no imprimían ya el nombre de Pontal. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía?

Una tarde, acompañando a una compañera al salir de la oficina, debió atravesar una fiesta de feria. En una encrucijada había una exhibición de aeroplanos para niños. Cada uno de los aparatos llevaba el nombre de un piloto célebre. La aviación había evolucionado tan rápidamente, que los unos habían muerto ya, y los otros habían sido olvidados. Ema leyó: "El Pontal"... ¡Oh! ¡El melancólico retorno al pasado! La simple inscripción evocaba su gloria y su decadencia. Era su historia en una palabra...

Desde entonces, Ema pasaba todos los días ante aquel lugar. Para ella, era la piadosa meditación por un ser querido ante el monumento que consagra su memoria.

Y una tarde, entre los rostros

en la sorpresa y emoción del encuentro, Marcelo le pidiera perdón, le confesara su pesar, su arrepentimiento... Pero no. El afectaba una especie de indiferencia y de frialdad. Evidentemente, quería librarse de ella.

Habían llegado al extremo de la feria. La avenida se prolongaba oscura y desierta. Pontal se detuvo:

—Pues bien; hasta la vista, Ema. Estoy muy contento de haberte encontrado. ¡Muy contento!

Todo había terminado. Después de aquel encuentro, deberían separarse para no verse jamás. Pero, Ema intuyó que él mentía. Si su frialdad no era verdadera, su indiferencia era fingida. No; no podía equivocarse. Ella veía su pobre rostro sin mirada ante el aeroplano que llevaba su nombre. Ya se separaban, sus manos se desenlazaban. Entonces, secundado su amor por su piedad, ella exclamó:

—¡Marcelo, Marcelo! ¿Por qué no me dices la verdad?

—¿Yo?

—¡Sí, tú! Yo ya no te amo. Pero podemos ser aún camaradas. Sé franco conmigo. Tú no eres feliz.

—¿Yo? — repitió Marcelo.

—Seguramente. Te he visto hace poco mirando los aeroplanos. Estabas triste. Yo sé tu mala suerte, tus

—Si la aviación no te tienta ya, ¿por qué no entras nuevamente en una fábrica de automóviles? Con tu nombre y tu cinta roja encontrarás lo que quieras y cuando quieras.

—Sí. Puede ser. Veré.

Avanzaban lentamente por las calles desiertas y sombrías. Pontal parecía abstraído. De pronto dijo:

—¡Cuando pienso que eres tú la que me alientas!... Ello me parece inaudito. Creía que me habías borrado de tu vida, que me detestabas. ¡Ah! ¡Si yo hubiera sabido! En fin, no hablemos más.

Ella ordenó dulcemente:

—Sí, habla.

Había puesto en su voz toda su ternura.

—¿Quieres que hable?... ¿Quieres que sea del todo franco?... ¡Oh Ema! ¡Si hubiera sabido que no me guardabas rencor, hubiera corrido hasta ti el día que más sufrí!

—Debiste hacerlo, Marcelo.

—¡Ah, no! No quise. No me atreví. Porque, en aquel momento, y hoy mismo, me retiene la convicción... de que yo, Ema... no soy digno de ti...

—¡Oh, Marcelo!

—No, Ema. Es demasiado cómodo, demasiado innoble dar una palabra a una mujer, quitársela en el instante del triunfo, de la gloria, y luego, al verse vencido, agobiado, volver al nido, al refugio cálido... Ya sabes por qué no volví a ti. Porque tenía vergüenza.

Ella escuchaba radiante. Cada una de las palabras de Marcelo caía como un bálsamo sobre su corazón. Cuando él calló, ella le rodeó el cuello con sus brazos, murmurando:

—Marcelo, nos separamos; volvemos ahora a encontrarnos. Todo lo demás queda olvidado, muerto. Ya no existe.

Y él respondió de tan cerca, que su confesión se fundió en un beso:

—¡Ema, mi novia santa, mi mujercita divina! ¡Nunca he sido tan dichoso!

En los Campos Elíseos, un escaparate, de mármol y de hierro forjado se abre en la planta baja de un edificio de magnífica apariencia. Los tres lujosos automóviles que se exhiben en aquella elegante decoración parecen haber entrado equivocadamente en un salón.

En este salón de ventas, una joven pareja espera a las visitas. Una cinta roja de regular anchura — "aquella cinta" — brillaba en la solapa de él. La joven trabajaba en su mesa-escritorio. No levanta la cabeza más que para buscar con la mirada a su compañero, a través de los autos. Y ambos cambian una sonrisa por detrás de las capotas.

Un día, dos transeúntes que se habían detenido ante el enorme vidrio del escaparate, miraban hacia el interior.

Habrías notado que, entre dos amigos, siempre hay uno que lo sabe todo. El transeúnte informado, dijo:

—Ese es Pontal, el antiguo piloto de los tiempos históricos. ¿Te acuerdas del "raid" Viena-Alejandro?

—¡Ah, sí! ¡Pontal! ¡Ahora recuerdo!

—Se ha casado con una dactilógrafa. La casa Bazin, donde ellos se conocieron, les ha confiado su nueva sucursal.

—Encantadora mujercita. Ambos parecen estar en pleno cielo. A fe mía, alcanzar la felicidad es un record que vale tanto como cualquier otro...

FLORES EMBLEMÁTICAS

Cuando Napoleón el Grande invadió Prusia, gobernaba a la sazón la reina Luisa, mujer hermosísima y de gran valor. Luchó valientemente contra el invasor; pero al fin fué vencida por éste, teniendo que escapar con sus tres hijitos para evitar ser capturada.

Un campo de acianos fué el refugio de la infortunada reina y de sus criaturas, las que al verse en aquel desamparo comenzaron a llorar amargamente.

La reina Luisa, temerosa de que alguien escuchara sus lamentos, tomó unas florecitas de aciano y empezó a tejer con ellas, coronas y collares para los pequeños príncipes. Los distrajo de esa manera y no lloraron más.

Algún tiempo después, Guillermo, el mayor de los tres niños, derrotó al sobrino de Napoleón y habiendo sido declarado primer emperador de Alemania, adoptó la flor de aciano como emblema de su patria.

alumbrados por los reflejos del acetileno, Ema percibió el de Pontal...

Toda su vida pareció agolparse a su corazón. ¡El! Sí, él, que también contemplaba "El Pontal". El también debía, cada día, revivir su triunfo y su caída. Su dolor se leía en sus ojos sin mirada, que parecían dos huecos de sombras en su rostro pálido... ¡Cómo debía sufrir!... Y, en un impetuoso impulso, Ema se acercó a él. Marcelo profirió una sorda exclamación:

—¡Ema!

Ella le tendió la mano. El vaciló en tomarla. Entonces, balbuceó con dificultad:

—No esperaba encontrarte...

Ahora, fué recobrando poco a poco su dominio y, con tono que quiso hacer desentendido:

—Ya ves, estoy mirando los aeroplanos... Costumbre de constructor. Porque ahora construyo. La lucha es dura. Pero ya llegará mi hora... Y tú, ¿siempre estás en la casa Bazin?

—Siempre...

Huyendo de la brusca claridad del acetileno, siguieron la acera llena de muestras. Ema esperó que,

tentativas, tu proceso. En fin... todo.

El parecía asombrado. Su voz traicionaba su estupor.

—¡Cómo! ¿Te has ocupado de mí, aún?

—Sí.

—¿Después de lo que he hecho? Te sabía más buena que yo, Ema; pero no hasta este punto. Pues bien, sí; no tengo el derecho de seguir engañándote. He querido fanfarronear. Estoy arruinado, perdido. Esta es la verdad.

—Perdido... ¡A los veintinueve años!

—¡Oh, yo sé lo que me digo! Lo he perdido todo. Hasta mi corazón. El gran resorte se ha roto. He pasado momentos bien duros. ¡Si supieras!...

—Sí; lo sé todo. Lo he adivinado. No hay que pensar más en ello.

—Mira; ha habido días que he sufrido tanto, que he lamentado no haber perecido en un accidente...

—¡Marcelo! No debes decir semejantes cosas... Veamos: ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Estoy aplanado. No veo, delante mío,

Especial para FRAY MOCHO.

El binomio verbal que precede a estas líneas no es un capricho filológico, sino la síntesis de un estado de espíritu que he podido constatar últimamente recorriendo la Italia y visitando por tercera vez las tierras santificadas por el más sugestivo de los santos.

En realidad de verdad, nada tiene de extraordinario que el catolicismo organice sus elementos y procure atraer la mirada del orbe a fin de glorificar así al santo que fué su sostén y su providencia en horas agitadas para el Papado. Cantar los en honor del Fundador de los Menores, es para la iglesia un dictado de gratitud que realza practicándolo su prestigio y su gloria milenaria. San Francisco consideró a la sede romana como a la sede infalible de la verdad; tuvo por los representantes de Pedro la más profunda de las veneraciones y cuando creó su orden fué su primer mandato imponer obediencia a los dictados de tan alto jerarca. Teniendo en cuenta estos antecedentes, es lógico que el ritmo de la salmodia, el tono de las homilias y el fervido entusiasmo de los panegíricos lo glorifiquen y lo ponderen grandemente. En cambio de reformar a la Iglesia con la protesta, se hizo pobre y viviendo vida evangélica demostró que dentro del mismo catolicismo estaban latentes los gérmenes de renovación que la corrupción y una fe sin levadura tenían en olvido. Su orden, pues, fué para Roma—y en Roma sintetizó la catolicidad—un arca de salvación.

A partir de esa hora el poema evangélico revivió en su primitiva sencillez; la aurora del cristianismo judaico repuntó bajo el cielo latino y un nuevo proselitismo puso en boga la predicción parabólica con que estableciera su reinado el divino Nazareno.

El escolasticismo que surgió más tarde no reportó como esfuerzo intelectual que era, más ventajas a la fe que las que supo reportarle ese franciscanismo ingenuo que pedía limosnas y otorgaba larguezas, que predicaba humildad y se atraía magnates, que fincaba su ideal en el desasimiento de las cosas y concluía por obtener a su favor un monopolio de virtudes. Siete siglos se han deslizado desde el día en que el Padre Seráfico se alejase de este mundo y en lugar de eclipsarse, su personalidad se agiganta y adquiere singular relieve. No hay hagiógrafo que no reconozca en él una santidad insuperable. La clave de esta santidad está en su compenetración con lo divino, y porque tal fué su modalidad, hizo milagros, besó las llagas a los leprosos, se acercó a sultanes y hablóles con encanto del Evangelio. Toda la cristianidad lo juzgó así y cuando el decreto papal elevó al honor de los altares, su canonización ya estaba hecha por el pueblo, por ese pueblo que él quiso saturar de democracia mística, mucho más civilizadora, por cierto, que la que proclaman con mentido lenguaje los profetas anárquicos.

Pero concomitante con este culto universal y espontáneo, resalta otro fenómeno que merece nuestra atención. Detrás de Roma — vale decir la iglesia militante — surge una nación y un estado que rivalizan a porfía en esta glorificación fran-

Italianidad y franciscanismo

(Véase, en las páginas de ilustración fotográfica, el complemento gráfico de esta crónica)

ciscana. Sin violar en nada esa neutralidad religiosa con que el derecho moderno quiere que se respeten los fenómenos colectivos e individuales de la conciencia, los directores del destino de Italia, desde el rey hasta su primer ministro, han evidenciado, el uno con su visita a la Verna y el otro con sus mensajes al pueblo, que marcha a impulso de su energía, el respeto y la veneración que se merece el santo de Umbría. El gobierno fascista, que obra más por inspiración que por cálculo, ha proclamado que San Francisco es el más italiano de los santos y el más santo de los italianos. Como puede suponerse, semejante proclama hecha en momentos en que la Italia agrupa los elementos dinámicos de su grandeza futura, encierra un pensamiento y una intención política que en modo alguno puede desestimarse. Italia tiene muchos santos, pero ninguno

tra en condiciones más ventajosas para hacer que su civismo latino se acerque más y más a este arquetipo. No nos olvidemos además, que la Italia literaria y artística está vinculadas a San Francisco con lazos de indestructible belleza. Por de pronto, el pincel italiano del medioevo, es todo seráfico. Los pintores florentinos, como los pintores sienenses y úmbricos, acuden a Asís y mientras el Sacro Convento construye sus arcadas, en la basílica glorificadora, entre ojivas y ventanales, sobre la bóveda oscura como en el ábside o en el crucero bañados con luz resplandeciente, estos sembradores del arte estampan, inspirados por esta vida legendaria y poética, sus magníficos frescos. El tiempo los ha descolorido por desgracia. Salvo los que el Giotto pintara glorificando en la iglesia sepulcral las virtudes que fundamentaban la razón teológica de la



—Toma un poco de torta, nena... (Pausa). ¿Qué se dice?
—¡Muchas gracias, señor! (Pausa). Pero ahora debe usted decirme:
—¡Perdone que se la dé con la mano!

culmina tan alto como el que ahora se glorifica en Asís. Todas las virtudes expansivas y dignificantes del alma italiana se concentran en él a modo de síntesis. Su amor a Dios es su amor primordial; el verbo lírico imprime un relieve de encanto singular a sus homilias y cuando cantada como cuando llora, cuando loa al sol como cuando pondera los dones del agua refrigerante; se revela el poeta, el cantor divino por excelencia.

Si no es dado a la humanidad que lo admira imitarlo en su gama de virtudes heroicas, ésta puede, por lo menos, inspirarse en él, para fundamentar el poder, respetar las jerarquías, abroquelar en justos límites a la violencia y mirar las riquezas, no como finalidad de la vida, sino como estímulo para el trabajo. La hora es eminentemente propicia para abrir cátedra a este misticismo social y ningún pueblo como el pueblo italiano, se encuen-

Regla, los restantes acusan el rigor de las inclemencias y acaso aún en la incuria de los que debieron preservarlos de semejante ruina.

En el terreno de las letras, el franciscanismo cuenta con una plaza preeminente. La literatura ingenua, popular, la literatura de "Las Florecitas", como la que nos brinda en sus dos vidas del Pobre de Asís, Tomás de Celano, en "La leyenda de los Tres Compañeros", el grupo entusiasta y ferviente de sus discípulos perdura en tales monumentos de la seducción encantadora del primer día. Son páginas que no envejecen, que se transparentan más y más con el andar del tiempo y que pueden leerse, hoy como ayer, sin fatiga, con gran deleite, con grata fruición para el espíritu.

El Dante mismo dejóse arrastrar por esta belleza seráfica, y al cantar a Asís, cantó la Verna, el crudo sasso, altar geográfico del gran mi-

lagro. Forman legión los poetas y los historiadores que giran en torno de San Francisco, atraídos por sus seducciones magnéticas. En la hora actual, esta literatura está, por decirlo así, a la orden del día y si es verdad que en el orden documental el contingente bibliográfico no ha hecho más que ratificar los cánones históricos ya conocidos, en el ambiente doctrinal y poético ha provocado una corriente didáctica ventajosa para las finalidades sociales del franciscanismo.

Por éstas como por muchas otras razones, Asís está en su apogeo. El año franciscano ha volcado en sus callejuelas estrechas millares de peregrinos y por los caminos que la circundan como por aquellos otros que suben por las faldas del Casentino, rumbo a la Verna, cruzan pobres y ricos, potentes y humildes campesinos, testas coronadas como magnates políticos del Estado.

Cuando yo visité Asís, los últimos calores estivales caldeaban ligeramente su atmósfera. Entre la brillazón solar, álamos y castaños, pinos y robles, expandían su ramaje corpulento y de cuando en cuando, como solaz a la fatiga determinada por lo empinado de sus cuevas, sobre el valle úmbrico descendían de lo alto de los Apeninos brisas refrigerantes. La tumba del santo era el centro magnético de estas romerías y después de rendir el tributo de la plegaria, entre el titilar de las lámparas y el humo de los incensarios, los grupos se dispersaban por el templo como buscando en su ambiente y en el colorido de sus piedras centenarias, la presencia de aquel superhombre restaurador del Evangelio y amante de Dios y de la naturaleza, que lo transparenta como ninguno. Con la misma emoción con que otras veces visité estos santos lugares, volví a ponerme en contacto con recuerdos que me eran familiares. De todos estos, ninguno tan elocuente como San Damián. La ermita de la transfiguración espiritual, por decirlo así, que sufrió adorando a su Crucifijo el pecador convertido, subsiste aún con su seductor arcaísmo. Los muros conventuales que le están anexos acusan el cánon de la penitencia. Los corredores se cierran a la luz solar y subiendo por toscas escalinatas se llega a una pequeña plataforma en la cual el bardo extático compusiera su Himno al Sol.

Viendo y palpando estos vestigios dejados por la pobreza, es que uno se explica el ascendiente social de San Francisco. La santidad tiene muchas formas de seducción, pero ninguna arrastra y cautiva tanto como la que mira los bienes de este mundo con singular menosprecio.

El refinamiento social y los vicios que son sus derivados, tienen en el oro la razón de ser. La doctrina franciscana encarna precisamente el antídoto de este mal y como el Padre seráfico no se contentó con ser su vocero, sino que fué más lejos y practicó el desprendimiento metálico en grado heroico, su palabra fué verbo dinámico y concluyó por convertirse en el dominador espiritual del becerro de oro.

El grado de admiración en que nos colocamos no nos engeñuece hasta el punto de creer que sin el dinero es posible la regeneración de la sociedad. Los talentos — va-

le decir, la moneda acuñada — tienen su valor simbólico en las parábolas del Evangelio. La economía del mundo exige, por otra parte, que el capital y el trabajo se armonicen en sus energías motrices, pero si esto es verdad, es verdad igualmente que emancipar al corazón humano de los peligros que encierra el amor desordenado del dinero, es un bien que acrecienta los factores espirituales de la civilización. El franciscanismo heroico se hizo el representante de tal doctrina y si ahora no lo vemos mendicante y evangélico como lo fuera en los siglos medios, vive su espíritu y esto es fuerza suficiente para alejar del naufragio a las extraviadas voliciones humanas. Por esto la obra realizada por San Francisco es obra trascendental. Lleva en sí el sello de las cosas eternas y haciendo práctica su doctrina de desprendimiento y de amor, se hace posible en el mundo el reinado de la justicia social.

Italia lo comprende así y mientras la corriente de renovación se infiltra por todas sus clases sociales, las fuerzas dirigentes del estado conjugan en el mismo nivel de latinidad, italianidad y franciscanismo. El pensamiento es altamente político. Una levadura espiritual semejante no puede menos que acrecentar el prestigio de sus valores históricos y ninguno como el que tiene en Asís su raíz centenaria responde, con ritmos más armónicos, a las necesidades sociales de los nuevos tiempos.

JOSE PACIFICO OTERO.

París, octubre 1926.

Proyección de las operaciones quirúrgicas y de las explicaciones del profesor

Cuando la televisión sea un hecho decisivo y los experimentos que sobre ella se realizan actualmente hayan tenido amplio desenvolvimiento, las explicaciones en cátedras, las operaciones, etc., podrán ser presenciadas a larga distancia y oídas por los que a ellas no puedan asistir.

Mr. Thuillant, adelantándose a estos ensayos, ha construido un aparato que permite la proyección de cuerpos opacos sin que el calor desarrollado por la fuente luminosa fuese demasiado intenso. El dispositivo de Mr. Thuillant, absorbiendo el calor durante toda la duración de un experimento, deja a los operadores la posibilidad de trabajar en condiciones normales.

De este modo se consigue proyectar las operaciones de duración larga y se actúa cinematográficamente, con la ventaja de percibir, además del movimiento, los colores naturales y el relieve.

Su aparato se compone, esencialmente, de proyectores muy ventilados en los cuales arden lámparas eléctricas de filamento metálico y de gran intensidad luminosa. Esta forma de iluminación ha sido adop-

MUSICA DEL INFINITO

Yo no sé cómo tú cantas, mi Amo. Te escucho en silencio, asombrado y temerosamente.

La luz de tu música ilumina el mundo. El aliento vital de tu armonía se esparce a través de los cielos. El arroyo sagrado de tu canto quebranta las asperezas de las peñas y se desborda y corre...

Mi corazón ansía unirse a tu himno secular; mas ¡ay! vanamente lucha por darse voz. Yo quisiera hablar, pero el verbo no rompe en canto y lloro desconcertado. Tú tienes mi alma cautiva en la red incommensurable de tu música, ¡oh, mi Dueño!

RABINDRANATH TAGORE.

tada a fin de evitar la vigilancia que exige el arco eléctrico o los inconvenientes que pueden presentar, en una sala de operaciones, fuentes luminosas de llama como el acetileno, el gas, etc.

Una cámara de agua, cuyas fuentes superior e inferior son transparentes, se fija al proyector; esta agua se renueva sin cesar y adviene directamente de los depósitos especiales.

Un sistema óptico especial, situado precisamente sobre el campo operatorio, a unos 60 u 80 centímetros de aquél, permite hacer la proyección más o menos grande, según las necesidades. Un dispositivo regula el punto de distancia.

Según estos datos se han cons-

truido diversos tipos de aparatos, cada uno con un fin determinado, que se emplean en cirugía, fisiología, odontología, etc., etc.

Para completar la televisión médica y seguir la lección del profesor por la teleaudición, se instala un micrófono por debajo de la mesa; un altavoz dotado de un amplificador de lámparas de T. S. H. reproduce claramente las palabras del profesor.

El invento es de una utilidad innegable, pues permitirá asistir a operaciones y experimentos que la ciencia realice y adquirir la práctica necesaria sin necesidad de asistir a los locales donde aquéllas se verifican, como se hacía hasta ahora.

PRODUCTOS SELECTOS

Harrods

Para Navidad, Año Nuevo y Reyes



Golosinas de calidad, especialidad HARRODS

MAZAPANES

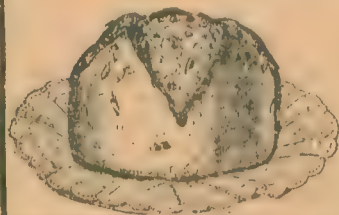
De FRUTA, elaborado a base de almendras finas y azúcar, con fruta de la mejor calidad. Pan de 1/2 kilo. . . \$ 2.40
De YEMAS, elaborado con materias primas seleccionadas. El pan de 1/2 kilo. . . \$ 2.10
De CHOCOLATE, con nueces y pistaches, especialidad Harrods. El pan de 1/2 kilo. \$ 2.60

TURRONES

De AVELLANAS. La caja de 1/2 kilo. . \$ 2.20
De ALMENDRAS. La caja de 1/2 k. n. \$ 2.40
De CHOCOLATE con pistaches y nueces, especialidad Harrods. La caja 1/2 kilo n. \$ 2.60
MONTE LIMAR. La caja de 1/2 kilo. . \$ 2.60
De ALICANTE. La caja de 1/2 kilo. . \$ 2.40

¡NO DEBE FALTAR EN NINGUN HOGAR! Pan Dulce "HARRODS"

Fabricado en nuestras modernas instalaciones, altamente higiénicas y con ingredientes seleccionados.



ESPECIALIDAD HARRODS

A la genovesa o a la milanese
El kilo \$ 3.-



Un presente de buen gusto CANASTA - COURBEILLE

Muy vistosa, adornada con ramos de rosas o cristales y gran moño de cinta.

CONTIENE:

- 1 botella Champagne Mareschal, Reims, dulce.
- 1 botella Champagne Mareschal, Reims, seco.
- 1 botella Oporto Lagrima Christy D. A. A. Ferreira
- 1 botella Jerez Pálido Amoroso (Corona).
- 1/2 botella Licor Peppermint Get Frères.
- 1 frasco frutas a la fino Champagne Moureaux Frères, París.
- 1 frasco Tout Fruit en almíbar "Gloconda".
- 1 frasco caramelos Pourrés "Harrods".
- 1 lata ciruelas rellenas Fluch.
- 1 bombonera de cretona con bombones "Harrods".
- 1 lata galletitas Jacobs o Huntley y Palmer.

PRECIO: \$ 59.50

Para la provincia de Buenos Aires, tiene un recargo de \$ 3.-.

Vinos de Champagne

MARESCHAL y Cía. (Reims)

Exclusividad Harrods

Carte Blanche dulce	1/1 bot.	\$ 3.50
" " " "	24 1/2 "	\$ 81.00
" " " "	1/1 "	\$ 6.-
" " " "	12 "	\$ 69.00

VEUVE CLICQUOT PONSARDIN (Reims)

Carte Blanche dulce	1/2 bot.	\$ 5.-
" " " "	1/1 "	\$ 9.70
Sec (seco).....	1/2 "	\$ 5.00
" " " "	1/1 "	\$ 11.-

POMMERY GRENO (Reims)

Carte Blanche	1/2 bot.	\$ 5.30
" " " "	1/1 "	\$ 9.00
Seco	1/2 "	\$ 5.50
" " " "	1/1 "	\$ 10.70

MOET CHANDON (Epernay)

Carte Blue	1/2 bot.	\$ 3.50
" " " "	1/1 "	\$ 5.50
White Star	1/2 "	\$ 3.70
" " " "	1/1 "	\$ 6.20

ESPUMANES Y SIDRAS

Exclusividad "Harrods"

Royal Provence	1/1 bot.	\$ 4.25
" " " "	1/2 "	\$ 2.70
Moscato "Harrods"	1/1 "	\$ 31.20
" " " "	1/2 "	\$ 15.-
" " " "	12 "	\$ 28.50

SIDRA ASTURIANA "HARRODS"

De nuestra exclusiva importación

Botella	1/1 bot.	\$ 1.00
Cajón	12 "	\$ 18.-



Toca a mi devoción ocuparme de un escritor de tierra adentro: Carlos B. Quiroga, el vigorosa relativista de la montaña catamarqueña. Cobra vuelos intelectivos en su tierra plena de calideces, ubérrima de leyenda y abierta como una rosa de latitudes para toda madurez lírica.

Tiene la pluma de este escritor una ingénita fuerza humanizante. Recoge el tipo vívido y lo apresa con el mismo vigor natural con que le viera vivir. No hace sino tenderle un puente — su fuerza descriptiva — para que se traslade de uno a otro plano. Su escenario habitual lo constituyen las regiones encendidas de las cumbres y valles nativos. Gusta de conversar con los seres solitarios, — el árbol, la piedra, el manantial — que luego trasmuta en muchedumbres subjetivas para intensificar el mundo interno de sus personajes. Y Quiroga vive entre ellos buscando toda huella creativa, al ventanal de cuya belleza nos asoma incesantemente para que adquieran vastedad de horizontes el dolor y la esperanza. Es decir: para que la angustia cotidiana sensibilice el incognoscible horario de nuestras lejanías y nos deje leer la visión intocada del espectáculo lejano...

Singularízase Carlos B. Quiroga, por un permanente acento regionalista. Mas, y aquí su valor, logra allegar siempre a la voz terruñera el contenido trascendente, universal. Es dueño de una fuerza que en nuestro país no conocen los demás escritores de su estirpe. Ha llegado a la compenetración cósmica; que es como decir: se ha transcendido en carne y alma. Nos lleva a lo que ven sus ojos físicos y, con ello, a lo que su enorme pupila interior abarca en arrebatos de síntesis kaleidoscópicas. Una especie de invasión a lo suprasensible, de donde retrocede de inmediato a impulsos de su indomable instinto de vida. Porque es vital y trascendente: como la naturaleza; porque enanca lo contradictorio en su pegaso: como todo lo humano; porque se alimenta de silencios y de distancias: como ese impenetrable impulso de ideal que se cobija en el misterio...

De aquí que Quiroga sienta en su entraña todo el fervor y todo el desasosiego de los grandes místicos. Porque eso es su labor: ahondamiento en el abismo interno y exploración en los abismos de las realidades circundantes. Valora el mundo con lucidez emotiva, panteísta, religiosa. Y no me equivoco al señalar este atributo suyo. Su arte, que es enamoramiento de angustia y alegría de pena siempre despierta, se crea en un acto instintivo de religiosidad. Ese calor de su estilo no es sino fervor dinamizado. Repasa cara al sol, en el púlpito de los cerros, su rosario cotidiano de imágenes indomesticadas. Para que sea más recio su aliento humanizador, que cruza por toda palabra suya como el hilo de las cuentas oracionales. Porque este escritor pastorea su rebaño verbal con toda la maestría de los guardadores serranos. Y no faltan en él la vertiente cumbreira y el hontanar de las cañadas: bebederos seguros para nuestras sedes de andariegos impenitentes.

Hay una curiosa coincidencia entre los distintos escritores andinos: la obsesión de la luz. Y tiene su ex-

Un escritor catamarqueño

Por Ricardo Tudela



Sr. Carlos B. Quiroga, el relativista catamarqueño.

El maizal y los loros

Tú sabrás que las haciendas, las naciones, las empresas, necesitan personas aptas que las dirijan; por eso cuando el maizal rumoroso y verde comenzó a engrosar sus apretadas mazorcas, promisoras de ópima cosecha, se llamó a los ciudadanos para encargarlos de su cuidado.

Vinieron la abeja y el hornero, las palomas y los tatúes, los loros con sus primas las cotorras, etc. y enterados de la misión a confiárseles, a excepción de los últimos, todos se excusaron pretextando sus respectivas ocupaciones:

—Debo fabricar miel.

—Tengo que construir casas.

—He de arrullar...

Y como reza el refrán: no habiendo pan buenas son tortas... los loros y las cotorras, excelentes oradores, restaron dueños del campo, afirmando:

—Déjenlo por nuestra cuenta y todo irá bien.

Y se pusieron a discutir y a pronunciar floridos discursos sobre el método preferible para regir el maizal.

Naturalmente, como se sacrificaban por el bienestar común, se votaron un buen sueldo y se alimentaron con los mejores y más granados choclos.

Aún continuán discutiendo, proponiendo mejoras, redondeando proyectos y recitando bonitos discursos... No dejando por eso de cobrar sus dietas y comerse una parte elegida de la cosecha.

Los ciudadanos a veces protestan... Algunos sonrien; otros, amigos de los loros, se hacen reglar buen maíz o chalas elegidas...

Y el maizal, imagínate cómo irá.

MONTIEL BALLESTEROS.

plicación: desde Mendoza a Jujuy la luz impera soberana. Los más bellos arrebatos anímicos nacen del sortilegio de los amaneceres y crepúsculos. La palabra se resquebraja como arcilla ante la angustia de no poder aprisionar toda la magia de un mediodía cordillerano: cruzan extraños desenvolvimientos, los matices se superponen como ventanillas compenetradas y abiertas a no sé qué vastedades insondables; y hay, como intuido, un enorme rompimiento de horizontes y lejanías crepusculares. Es un núcleo de vibraciones que va y viene, lo fugitivo remolcando nuestra atención, esa insalvable ondulación donde naufragan nuestras más cálidas voliciones, para dejarnos solamente una certidumbre titilante de que debemos entregarnos a la deriva en el océano de lo Inefable...

Carlos B. Quiroga realiza su arquitectura intelectual con un andamiaje de fuerzas naturales. El hombre se sitúa en plena naturaleza como un operario en su taller. Y es faena que a ambos los vincula en idénticas trascendencias. Luego viene la labor en el laboratorio íntimo: el alma escruta distancias, husmea las huellas cimeras, resquebrajando horizontes para percibir planos de totalidad.

Compenetrado con su faena vendimiadora de plenitudes, así lo define mi entender en este desasosiego captador: Quiroga vive en confluencia de savias montañosas, más allá de la finitud verbal, que para ser veraz la unge de asperezas comarqueñas. El artista ingénito vierte las linfas de sus hontanares ancestrales. Su sangre bebe el ritmo de la vida nativa. Y nativo es en ese bagaje de universalidad con que emprende su musa sus más intrépidas incursiones. Porque la raza se asoma a los miradores de su relato para informarse de la invariable supervivencia con que está signada su fuerza. De lo que nace su renovada alcornia y esa magia de conquista interior con que capta el enjambre de las movedizas atenciones mundanas.

Tiene compuesto su tríptico espiritual: "Cerro nativo", "La particular ilusiónada" y "La montaña bárbara y misteriosa". El hilo que sostiene el collar llámase "El hombre en la naturaleza". Escribe con la pluma mojada en éter. Tiene por tintero las asoleadas extensiones del cielo aborígen. Parece que el líquido con que corporiza en cuartillas febriles su dinamismo mental, proviniera de cauces seculares. Y aliento de tiempo respira su palabra; como si la comarca dormida se incorporara para él y le diera posesión de sus más viejos esfuerzos. De aquí su regla ideológica, que se amamanta en su señalada orientación espiritual. Intrépido para la ascensión como para las ideas. Hay algo de salvaje en sus concepciones. Se ve que el continuo visitar alturas le ha consubstanciado con el alma empinada de la montaña. Y perspectivas de cumbre tiene su temperamento, asentado en su brava naturaleza con la misma pasión de persistir que las abrupteces comarqueñas. La leyenda ha sido su verdadera nodriza. Por eso ha sabido construir sus más cálidas esperanzas sobre las ruinas indescubiertas de todo el dolor de la raza!

Mendoza, 1926.

Los pueblos del trayecto nos saludan desde los floridos lechos en que se recuestan, sesteadores y risueños. Nos envían besos perfumados, nos dicen adiós con los mismos cantos que los campesinos elevan para despedir el sol poniente.

Y el sol también saluda a la tierra en medio de una fiesta, del cielo que nadie, ni el pintor más inspirado, ni el escritor más poderoso, lograrían describir. Se admiran pero no se describen esos espectáculos superiores a cuantos medios de expresión tiene el arte humano. El pincel y la pluma se acobardan, se escurren, se caen de las manos que como instrumentos de creación los mueven, en presencia de tanta y tan incommunicable hermosura. Sin asomos de paganismo puede decirse que Dios es el sol; pero jamás me ha parecido que lo fuese tanto como esta tarde a la hora solemne de la agonía de la luz.

Hubo primero una vastísima li- cuación de oro en el espacio. La turquesa del cielo y la esmeralda del mar se esmaltaron de rayos difusos; los rayos, reunidos en haces, fueron pronto ráfagas deslumbradoras; las ráfagas, como luminosas pinceladas en el azul, tomaron formas diversas y fingieron columnas incandescentes, capiteles encendidos, cresterías, la arquitectura sublime de un tabernáculo; nubes empapadas en ideales colores

Puesta de sol en la Orotava

rodeaban como reclinatorios para los ángeles y para los santos, aquel trono del Ser Supremo. El astro se disolvía en una lluvia de destellos

sino la preparación del cuadro.

Poco después, su aspecto cambió completamente. Desapareció el tabernáculo, fundióse el oro de nue-

agujas, columnatas, botareles, pórticos y frontones, basílicas, coliseos y palacios, calles, plazas y camposantos. Una ciudad fantástica, fabricada de vapores y de resplandores surgía en los aires. Por los bordes de las nubecillas sonrosadas, asomaban puntas de alas angélicas. Un lago se abrió entre las edificaciones portentosas, una faja de un verde que yo llamaría *soñado*, tan limpio era, y tan puro. El sol, al morirse, se entretenía en estos imaginables juegos de luz, e indudablemente había *Alguien* detrás del sol.

¡Escenógrafo divino que pintas estas decoraciones del Ocaso, yo te adoro de rodillas!

Hicimos detener el coche y, efectivamente, nos arrodillamos. Crepúsculos como el que he tratado de recordar en frases incoloras, son frecuentes aquí durante el invierno. Desde los balcones del hotel Taoro los admiran con la boca abierta los huéspedes ingleses cantando el *God save the king*. El valle es muy bello; pero a tal hora su belleza se oscurece ante la magnificencia solar. Es sólo un anfiteatro dispuesto por la naturaleza para ver el espectáculo de los espectáculos, para ver cómo muere el sol.

Las Palmas (Canarias).

OLVIDO

Los hombres olvidan con demasiada facilidad los nombres de sus bienhechores; los nombres de los buenos y de los nobles que han trabajado para la felicidad de sus conciudadanos encuéntrase rara vez en boca de los pueblos; su tosca memoria no conserva más que los nombres de sus opresores y de los crueles héroes de la guerra... El árbol olvida al silencioso jardinero que le ha preservado del frío, regado en tiempo de sequía y protegido contra los animales dañinos; pero conserva con fidelidad los nombres que se graban en su corteza con instrumento cortante, y los transmite a las razas venideras en caracteres cada vez más grandes.

ENRIQUE HEINE.

que a cada segundo, por obra de inconcebibles combinaciones, afectaban una nueva milagrosa apariencia. Y, sin embargo, aquéllo no era

vo y se derramó en chorros, en regueros resplandecientes que fueron formando montañas en fusión, gloriosos monumentos, duomos, torres,



UNA DEMOSTRACION ELOCUENTE

El día 6 de Diciembre de 1926 hemos alcanzado a contar con

2.000

Es afianzar la economía Nacional evitando que los intereses de grandes capitales salgan del país

NO EXISTE INDUSTRIA
EN EL PAIS, QUE SU-
PERE EN BENEFICIOS
A LA CERVECERA.

Vd. PUEDE SUBSCRI-
BIRSE DESDE UNA AC-
CION. VALEN \$ 100.—
m/n. c/una Y SE ABO-
NAN POR CUOTAS.

CUPON

Sr. Director General de la
NUEVA CERVECERIA ARGENTINA, Soc. Anónima
Diagonal Roque Sáenz Peña 555.
Buenos Aires.

Teniendo interés en conocer los fundamentos de esa So-
ciedad, para suscribir en caso de convenirme, algunas accio-
nes, sirvase ordenar me sean enviados los Estatutos y folletos
explicativos.

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD F. C.

DIRECTORIO

Presidente: D. Julio Figueroa
Vice: Dr. Martín M. Torino
Vocales: D. Julián Frers
" D. Juan José Lemos
" Ing. Mauricio Kinbaum
" Dr. Ricardo Bello
" Dr. L. M. Perazzo Naón
Director General: D. Carlos Loth
Síndicos: D. Herminio Fini
" D. Pedro G. Cieri

NUEVA CERVECERIA ARGENTINA
(SOCIEDAD ANONIMA)

Oficinas: DIAGONAL PTE. ROQUE SAENZ PEÑA 555

Buenos Aires

RAMONCITO

Por B. González Arrilí

Llamábase Ramoncito, y nadie sabía más, ni él mismo. Ramoncito era casi idiota, por lo que en el pueblo algunos agregábanle como apellido "el tonto", pudiendo así quedar completa su firma. Era un muchachón joven, con veinticinco años escasos, y aunque haragán con todos sus livianos sentidos, aprovechábanle los "bolicheros" como peón o mandadero. Pagábanle con ropas usdas y el yantar cotidiano. Algunos recordaban al padre, que había sido empleado en la bodega de Don Juan el sordo, y por "borracho perdido" decían las viejas siempre llenas de beatas ideas que naciera el hijo así, "estropeado por el malo", y "sin sentido cabal", con lo que se prueba que no siempre yerran las ancianas de las consejas puchleras.

Ramoncito no era malo; era apenas tonto. Por añadidura, honrado y decentito, bien hablado y servicial. Cuando nadie lo ocupaba en recados diversos, íbase a cazar tortugas por los caminos, y volvía al pueblo a venderlas. Pedía por una peso y medio, regateaban las mujeres conociendo al vendedor, y éste concluía dándola por diez centavos, y de "yapa", recetas para guisarlas o para asarlas enteritas, recomendando de paso, que les ataran una "pitilla" para que no se fugasen las muy caminadoras.

Una señora, golosa por platos un tanto exóticos en el pueblecito aquél, al saber que en una laguna cercana se criaban ranas, ocurriósele un día mandar al tonto a pescarlas. Ramoncito protestó riéndose mucho. Primero se hizo explicar minuciosamente cómo eran los tales bichos. Cuando creyó que comenzaba a saber de qué se trataba, preguntó tartamudeando:

—¿Unas que están en el agua, así, medias overitas, que patean fuerte?...
—Las mismas...

Esas no las iba a buscar él ni a la fuerza. No porque cocean las overas, según se averiguó, sino porque tendría él necesidad de meterse en el agua. ¡Y eso!... Ramoncito se lavaba cuando llovía y lo pescaba el agua lejos. En el pueblecito aquél, el agua era una bendición del Señor... Llovía cada muerte de obispo...

Una mañana, el bolichero que tenía como peón por unos días, al tonto, mandólo al "asiento de carne", en busca de una "tira de pecho" para el puchero.

—¡Que fuera buena la tira!...

La carnicería estaba colmada de parroquianos cuando llegó Ramoncito con su canasta bajo el brazo. Esperó su turno sin chistar, y cuando le tocó, pidió y fué servido. Pero la tira de pecho le pareció a Ramoncito mezquina y no la echó al canasto. El patrón le había recomendado llevarla "con poco grano". Ya el día anterior, por no reparar en la compra, se quedó sin almorzar, de castigo, y en aquella mañana se le ocurría cumplir con las órdenes recibidas para no reincidir.

Reclamó en su tartajeante palabreo que le cambiaran la carne, a lo que el "cortador" se opuso con un terno de a libra. Plantóse el tonto en que no llevaba aquella tira. Se agrió el ánimo del carnicero bruscamente, y le tiró un moquete que Ramoncito no dejó llegar hasta su cara. El cortador se enfureció más al no poder sopapear a su cliente y abandonó el mostrador empuñando la cuchilla larguísima y filosa, dispuesto a plantar en la calle al tonto, pero éste no se inmutó:

—¿Me querís pegar?...—preguntóle despacio — y dejando su canasta en el suelo, esperó al carnicero, y en cuanto lo tuvo cerca, sin oír sus "afuera de aquí", dichos con voz de barítono, de un seguro manotón le tirió la muñeca de su brazo derecho, apretó, quitóle la cuchilla y en menos tiempo del imaginado, de un empujón medio lo acostó sobre el costillar que estaba en

el mostrador. Apretábale con una mano el pescuezo y con la otra le enseñaba la cuchilla de cerca, a la altura de los ojos. Una rodilla bien asentada en el abdomen del mofletudo carnicero, no le dejaba moverse. La actitud del tonto era terrible. Su sonrisa eterna era una mueca feroz. Al pasar por frente a los ojos del aterrorizado carnicero la cuchilla, Ramoncito preguntaba:

—¿Querís que ti achuri... querís que ti achuri?...
Las parroquianas huyeron dando gritos. Ramoncito había degollado a don Javier, decían. Alborotaron medio pueblo con el notición espeluznante.

Cuando llegaron dos "milicos" todavía estaba el tonto acaballado casi del medio acogotado don Javier, y seguía con su pregunta incontestable:

—¿Querís que ti achuri... decí?...
Fueron necesarios cuatro milicos para quitar el cuchillo de manos de Ramoncito, libertando al "cortador", y no se sabe cuántos, para obligarle a caminar las dos cuadras que distaba la comisaría.

La declaración del preso fué sencilla. Don Javier le había querido pegar. A él no le pegaba

"naides". ¡Ni su padre! (El padre había abandonado definitivamente sus porrones de ginebrón cuando Ramoncito contaba media docena de años de edad). Se defendió, únicamente. No permitió que le pegara ni le quiso aporrear. Y como le estuvo preguntando "más de un rato"—decía—si quería que lo achurara y no le había "sabido contestar nada", no lo cortó. ¡Pa que aprenda!

El comisario quiso reír, y después, a fuer de hombre "leído" — caso extraño en el pueblo, y en la comisaría, extrañísimo — reflexionó, arribando a la conclusión siguiente: Ramoncito era un tonto, pero los listos debían parecerse a Ramoncito. Y le dió libertad al rato, en cuanto se calmó los nervios cebando mate, y después de encargarle que le comprara en el almacén cercano un paquete de tabaco negro.

Desde aquel día el tonto es una figura simpatiquísima y respetada en el pueblo. Hasta le pagan más por las tortugas. Habíanle descubierto dos cosas que no le sospechaban. Una bondad a prueba de enojos, y una fuerza capaz de poner en aprietos a un matarife y hacer sudar la gota gorda a más de cuatro "milicos".

Por lo demás, seguía tan tonto...



Y con qué frecuencia suelen los atletas y deportistas verse sometidos a ese intenso sufrimiento.

Cuando ocurre un accidente así, o cuando hay posturación y dolor de cabeza causados por el sol o el excesivo ejercicio, es cuando mejor puede apreciarse porque la

AFIASPIRINA

es llamada "el analgésico de los atletas".

Además de aliviar rápidamente cualquier dolor, levanta las fuerzas, restablece el equilibrio nervioso, normaliza la circulación de la sangre y no afecta el corazón.



—Está güeno, áhura sí que está güeno: ¡me ha tratado de flojo!

De esta manera iba monologando Anastasio aquella mañana de estío que parecía reír, tanta era la frescura y alegría reflejada en el cielo y en las nieves serranas. Preocupado, y reflexionando sobre el valor de aquellas palabras que le enrostrara Paulina, el pobre mozo caminaba por el sendero cuesta abajo, sin reparar en los raigones que le obstruían el paso, y con los cuales menudeabase bruscos encuentros y tropezones. Al doblar un recodo en el que hacían esquina las dos filas de álamos que bordeaban el camino, detúvose Anastasio a mirar la vieja cuba que su padre abandonara allí considerándola inservible.

—¡Caramba, parece una vizcachera! ¡Qué lástima! Yo que pensaba acomodarla.

De esta suerte comunicábase sus pensamientos el bueno de Anastasio, de paso que se rascaba la barba y contemplaba con extrañeza el enorme trasto yacente, arrumbado entre unos árboles que lo protegían del sol. Así y todo, resolvióse a lo que tenía pensado, comenzando a revisarla con minuciosidad, y a moverla luego, lentamente, consiguiendo, después de unos vaivenes, hacer rodar aquella tosca mole de madera por un camino sembrado de canto rodado. Hábil mostrábase el mozo para orientarla, pues que no era cosa fácil maniobrar con una cuba tan descalabrada, suelta de zunchos y duelas. Por momentos, ésta disminuía su andar hasta detenerse; pero Anastasio, adivinando la causa de estas obstrucciones, ciaba con vivacidad el gigantesco maderamen y lo volvía súbitamente, haciéndolo saltar el obstáculo, como si fuera una simple yanta de caucho. La cosa, más bien que enojarlo lo divertía, complaciéndose que de trecho en trecho se repitiera, presentándole la ocasión de poner a prueba su fuerza y habilidad.

En una de estas andaba, cuando le pareció oír voces y gritos que partían del otro lado de la cuba. Dada la estrechez del camino en aquella parte, comprendió que si alguna persona venía en sentido contrario, no le sería posible pasar si antes no hacía a un lado la vasija. Detúvola, poco a poco, al mismo tiempo que la arrimaba a la vera izquierda, y esperó, inclinado, con las manos puestas en la mole, pronto a dar en envión una vez que pasara el "alguien" que por allí transitaba. Unos pasos presurosos le hicieron volver la cabeza hacia la parte libre del camino. Iba a preguntarse quién podía ser el madrugador, pero no tuvo tiempo para ello, por encontrarse de pronto con los ojos abiertos e interrogantes de Paulina. Esta, sorprendida al descubrir detrás de la cuba a Anastasio, rompió en una carcajada ruidosa y fresca, a tiempo que palmo-teaba sus manos, brincaba, y con gran descaro y mayor audacia despachábase en muecas y guiños burlescos cara a cara con el mozo. Es que Paulina, sin saber por qué, lo despreciaba. No perdía oportunidad de demostrárselo.

—Chei, Anastasio; me da pena verte tan trabajador.

—Así será, pero a mí nada me duele.

—No digás, chei, la cara te desmiente... Parece que se te escapara el alma por la boca!

—Por lo visto, querés pasar el rato conmigo.

La cubita del amor

Por Victor Mottagne

(Del libro «Cuentos cuyanos», recientemente aparecido)

—Es que por ahí me da siempre que te veo. Y ahora... figúrate... ahora con esas trazas!...

—Ve, mirá Paulina: un güen día se me va a dir la pacencia...

—Pobrecito el que la halle: se va creír un burro. ¡Ja, jaii!

Y la muy desvergonzada se alejó batiendo palmas, riéndose a más no poder del bueno de Anastasio, el que se había quedado perplejo y mordiendo enojos recostado a la cuba. En aquella postura, y muy a pesar suyo, la siguió con la mirada, hasta que se perdió de vista allá abajo, en la hondonada cubierta de jarilla. ¡Era tan linda la moza!

quiero hacerles saber lo que valgo.

Anastasio entendía poseer una razón más aún que lo obligaba a tan extraña actitud, y era que sentía brotar en su corazón, con una fuerza imperiosa, el chispazo de un amor no correspondido. Entregábase a la obra demoledora recorriendo uno a uno los zunchos de la cuba en la que repiqueteaban de contrapunto, frenéticamente, el formón y el mazo.

Transcurrió una semana. Durante ese tiempo el serrucho no cesó de rezongar y escupir aserrín. Así también el cepillo, silbando con rudeza el patín, no dejó de dar vuelo

Reglas para la vida

Un sabio sin temperancia es un ciego que lleva una cadena; muestra el camino a los demás y no se guía a sí mismo. El que por inadvertencia juega con la vida, tira su dinero sin comprar cosa alguna.

Hay tres cosas que no pueden durar sin otras tres: riqueza sin comercio, ciencia sin argumentación y reino sin gobierno.

Mostrar misericordia al malvado es causar ofensa al bueno, y perdonar a los opresores es injuriar a los oprimidos. Cuando te unes a gente de baja condición y les das tu favor, cometen crímenes con tu poder, de donde resulta que tú eres tan culpable como ellos mismos.

Cuando veas débil a tu enemigo, no te atuses el bigote con arrogancia; todos los huesos tienen médula, y debajo de cada vestido hay un hombre.

Pensando en ella traspuso, sin notarlo, el espacio que lo separaba de las casas. Allí, en un lugar que daba al camino, próximo a la hijuela señalada por dos hileras de granados en fruto, depositó el vacilante cascajo. Acto seguido púsose a rozar el terreno, arrimando al cerco las hierbas y matas que en grandes montones enhorquillaba. En breves instantes quedó el suelo raso y limpio de yuyos. Y allí donde poco antes la maleza crecía y se desarrollaba en profusión, Anastasio estableció su pequeño taller de carpintero remendón.

Don Cirilo y ña Jerónima, padres de Anastasio, habían seguido con los ojos asombrados todas las maniobras que éste realizara para mudar su taller de sitio, y no comprendiendo qué mejoras podía conseguir en aquel cambio — puesto que a la intemperie nunca se hallaría mejor que bajo techo — apresuráronse a interrogarlo, temerosos de que estuviera a punto de perder la chaveta.

—Déjenme hacer — les contestó. — No estoy loco ni curao. Como he sabido que en la cocinería de la Adela se dice que soy un haragán,

a su imaginación creadora, soltando al aire caprichosas serpentinas de virutas tornasoladas y brillantes como el nácar.

A pesar de la indiferencia que simulaba pacientemente, Anastasio no pudo contenerse aquella mañana cuando, en momentos en que se hallaba limpiando el taller, sintiera de pronto la voz de Paulina, que le gritaba, mofándose:

—¡Loco viruta! ¡Loco aserrín!

Saliendo de entre los montones de viruta abalanzóse el mozo hacia el cerco, rojo de ira el semblante y los ojos abiertos, fieros y amenazadores. Iba a gritarle a la insolente unas cuantas palabras, pero no pudo, la garganta se le anudó atragantándole las voces y el enojo. Alcanzó a ver cómo huía Paulina, escurriéndose contra el cerco para no ser descubierta.

Pero un buen día, en aquel pobre caserío apartado y triste, sus pocos habitantes, unos cuantos hombres de oficio y otros tantos viñeros, interrogábanse sorprendidos al encontrarse en el camino.

—¿Ha visto usted la vasija de Anastasio?

—¡Que yo sepa!

—Hombre: ¿no está usted enterado?

—Que no, diga.

—Pues dicen que es una maravilla: una obra maestra. Al menos, así me habló mi mujer, y lo mismo mi suegra.

De la misma manera, en la cocinería de la Adela los parroquianos bordaban toda clase de comentarios, menospreciando unos y alabando otros la obra de Anastasio.

Entre tanto, éste se ocupaba en dar los últimos toques de pintura a los zunchos de la hermosa cubita que había construido con el material de aquel viejo trasto desechado por su padre. De pronto se detuvo, arrojó los pinceles y dando vueltas en derredor de la vasija, observándola, mientras con gran detenimiento fué apartándose poco a poco hasta dejarse caer sobre un banco; tan cansado estaba el pobre Anastasio. Y contemplando su obra, alegre, feliz, quedóse extasiado al verla auroleada por los rayos de sol que hacían destacarse prodigiosamente los arcos negros, retintos, lustrosos de la blanca cubita, la que se encaramaba, muy señorona y coqueta, sobre un marco de cuatro gruesos tirantes de alerce.

Pocos momentos llevaba en aquella actitud, cuando una exclamación jubilosa y sentimental irrumpió detrás del cerco:

—¡Qué bonita, mi Dios!

Volvió la cabeza el joven, sorprendido al reconocer la voz de Paulina, y atribulado al ver que por primera vez se expresaba en forma tan comedida. Conociéndola chúcarra y mañosa, era como para no prestarle atención. Pero allí estaba ella empinada sobre los alambrados, expuesta a lastimarse en los pinches del viejo rosál, sacando por encima de las ramas su linda carita morena. Aquello era una revelación. Así lo interpretaba el buen Anastasio, comprendiendo que su obra estaba dando los resultados apetecidos. A impulsos de la emoción que lo embargaba, levantóse y fué caminando despacioso hasta el cerco. Cuando llegó junto a la moza, le dijo:

—¿Te gusta?

—Tanto, que me'he alzado p'alcanzarla toidita con los ojos.

—Gracias, Paulina. Tí asiguro que tus palabras me gólpian el corazón lo mesmito que bendiciones.

—Ojalá fuera cierto... aunque no merezco...

—¡Zonza!... ¿no ves que se ha hecho el milagro?

—¡Cuál milagro!...

—El de la cuba, pó. ¿Acaso no fué con ella, sus mismas duelas y zunchos que labré esta cubita que tanto te agrada? Mi discurso era ansina: voy a ver si el corazón de Paulina, dezunchado y flojo como la vieja cuba, se compone ante la realidad. ¡Claro! pa desacreditarme, algunos huasos te mintieron, diciéndote que yo era un flojo...

—¡Ay, qué pena! — dijo interrumpiéndole la moza. — Perdóname, Anastasio.

Y de presumir es que aquel día Anastasio y Paulina se dijeron muchas cosas más, que si así no hubiese sido, imposible sería encontrarlos hoy, al correr del tiempo, abrazados tiernamente bajo la fronda de los granados y parrales del solar de ño Cirilo.

EL GENIO

Por Abraham I. Galiano

Cuando el ordenanza le comunicó el nombre de la persona que esperaba, el director dió un respingo.

—Pero, hombre, ¿otra vez ese idiota?

Él iba a decir que no le recibía, en el preciso instante en que un muchacho alto, delgado, pálido, melenudo, hizo su aparición.

—Sí, señor director. Otra vez este idiota. ¿Qué quiere usted? Cuando uno ha hecho cuestión cerrada del propósito de ser literato, no tiene otro remedio que hacer lo que yo.

El director, sorprendido, no supo qué decir. Hubiera querido atajarle, reconvenirle por su atrevimiento al penetrar en el despacho sin que lo llamasen, mil cosas más; pero no se le venía a los labios ni una sola palabra. En cambio, de los del visitante fluía como una catarata que amenazaba inundar cuanto se le opusiera.

—¡Ah, señor director! Hoy me llama usted... eso. Es igual. Otros me dicen imbécil. Es lo mismo. Todos los genios chocamos con el ambiente, y hasta que lo vencemos, atando los prejuicios que nos eran adversos al carro de nuestros triunfos, hemos de oír palabras semejantes. Usted acaso afirme que yo no soy un genio. Hasta tal punto puede desvariar el claro talento del señor director. Usted pensará tal vez que yo soy un vago. Pues bien: deme trabajo. Pero le juro que tiene delante a un ser extraordinario. Y si cree usted que el hambre, sólo el hambre, me lleva a los raros estrados de transfiguración en que veo la belleza como nadie, sin duda porque ayuno más que todos juntos... ¡ah, entonces...! ¿no es con comida con lo que eso se cura? Sí, me parece que sí. Sea cual fuere mi desorientación en la materia, no he perdido la ruta por completo. Con comida se cura mi mal. Pues bien; déme usted comida.

El director, que se había repuesto, objetó:

—Amigo mío, esto no es un asilo.

—Ya lo veo, ya, por cómo tratan a los menesterosos. Pero yo no pido limosna. Doy las joyas que cincelo a cambio de un pedazo de pan.

—¿Qué joyas son esas?

—Mis escritos.

—¡Pero, hombre!

El pretendiente se encendió.

—¡Ah! Usted no los lee. Claro, el director de la gran revista "Literatura" no puede descender a examinar el original de un desconocido. Pero ese desconocido soy yo, ¡yo!, ¡yo!!, el único, el que no volverá.

El director sintió deseos de responder: "No me lo hará usted bueno"; pero viendo la exaltación del muchacho echó por otro camino.

—Se equivoca usted. He leído todo.

—¿Y qué?

—Sí; quién sabe si andando el tiempo... Pero lo de ahora es inadmisibile.

—¿Lo último también?

—También.

—¿Lo recuerda usted?

—Perfectamente. Lo he leído anoche.

—¿Y qué defectos encuentra?

—Aquélle es falso, no vive.

—Pero, ¿cómo va a vivir si se trata de un suicida? ¡Estudio del natural! Del natural mío.

—¿Qué dice usted?

—Ese pintor de la novelita que se raja con un cristal la muñeca y el cuello porque le rechazan sus cuadros en una Exposición soy yo, saliendo de aquí con mis cuartillas despreciadas. Yo, como él, estuve un mes al borde de la sepultura. Yo, como él, triunfaré.

El director amainó. Aquello conmovía.

—¿Ha hecho usted eso?

—Aquí están los documentos que lo justifican: periódicos, papeles del hospital.

Y los arrojó sobre la mesa mientras continuaba:

—Ese original, en el que usted no ve mi imaginación, está escrito con mi sangre. ¿Qué más

puedo hacer para darle gusto? Estoy decidido a todo.

Vacilaba el director. Dentro de su corazón de artista había un hueco más grande de lo que él mismo sospechaba para la generosidad.

—¡Vamos, vamos, siéntese, serénese, no sea usted loco!

El joven obedeció.

—¡Loco! A todos nos dicen lo mismo.

—Y diga: ¿no tiene pensado..., así..., otro asunto en el que pudiese tener más suerte?

El genio sonrió.

—Sí, señor; pero todo a base de realidad vivida. Esa será mi cúspide, mi obra maestra.

—¿Y cuál es?

—El asesinato de usted. Siento mucho que esas cuartillas no pueda usted examinarlas.

El director se levantó y echó mano del cuello del melenudo.

—Pero usted ¿qué se ha creído, so estúpido?

¿Que a mí se me asusta? No le tiro por el balcón por no darle importancia.

—Le mandaré mis padrinos.

—Los tiraré a ellos.

—¿Me niega usted toda reparación?

—¡Largo de aquí!

Y a punto de posarse su ancho pie sobre las nalgas del pretendiente, ocurrió algo inesperado.

El muchacho hincóse de rodillas y, cruzándole la cara dos gruesas lágrimas, exclamó:

—¡Perdón! ¡Tampoco sirvo para valiente!

¡Tampoco ceno hoy!

El otro irguióse ofendido.

—¿Cómo que no, so sinvergüenza? Usted cena hoy porque a mí me da lagana. Tenga esos dos pesos.

Luego, la voz empañada, terminó:

—Y si alguna vez consigue escribir algo con sentido común, que lo dudo, venga por aquí y se le publicará.



Un
cerebro
nuevo

Para tener un cerebro como nuevo y volver a trabajar con la energía, entusiasmo y provecho de siempre, es necesario tomar

NUCLEODYNE

(EL TONICO QUE DA FUERZAS)

Conviene a los deprimidos, pesimistas e indiferentes, que se vuelven enérgicos, entusiastas y optimistas, pues la NUCLEODYNE es un estimulante del espíritu que exalta la personalidad.

La NUCLEODYNE es probablemente el mejor tónico que existe. Entran en su fórmula: fósforo fisiológico, alimento de las células; estricnina, tónico de los nervios, y zumo testicular de toros, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

La NUCLEODYNE es un alimento cerebral que hoy y por mucho tiempo será insustituible.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Nuevo embajador de España



Recientemente se efectuó en la Casa de Gobierno, la recepción oficial del nuevo embajador de España, en la República Argentina, don Antonio de Zayas, duque de Amalfi.—El distinguido diplomático, acompañado del introductor de embajadores, saliendo de la Casa de Gobierno, después de haber presentado sus credenciales al presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.



Consagración del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Bottaro

El presidente de la República, doctor Alvear, acompañado de los ministros del Interior, Relaciones Exteriores y Guerra, doctores José P. Tamborini y Angel Gallardo, y general Agustín P. Justo, respectivamente, durante la solemne ceremonia de la consagración del nuevo arzobispo de Buenos Aires, monseñor José María Bottaro, realizada en el templo de San Francisco, ante numerosa concurrencia.

Fiesta de la poesía



Con un brillante éxito social y artístico realizó en el teatro Cervantes la anunciada fiesta de la poesía.—El presidente de la República, doctor Alvear, su señora esposa, el ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna y algunas damas y caballeros, en el palco oficial.



La señorita Berta García Haymes y el señor Mariano Etchegaray, interpretando un número de la lucida fiesta.



Señoritas de Gowland, García, Berro y Dandalland, que también tomaron parte en la velada.



CORSO DE LAS FLORES

Con el mayor lucimiento y animación llevóse a cabo el tradicional curso de las flores, organizado por la Sociedad de Beneficencia de la Capital.—Ilustramos esta nota con las fotografías de algunos de los palcos instalados en la Avenida de las Palmeras, en Palermo, donde se realizó la simpática fiesta.



BELLEZAS SALTEÑAS



Señorita Elena Serrey Toranzo.

BIBLIOGRAFIA



Señorita María Alicia Domínguez, autora del libro "Ídolos de bronce".



Señorita Sofia Espíndola, autora de la novela "Almas sedientas".



Señor José R. Varela, autor de la obra "El correo a través de la historia argentina".

Excursiones del personal del Tranvia Anglo Argentino al Recreo de Quilmes



Con un halagüeño éxito, llevóse a cabo la inauguración oficial de los paseos periódicos que el personal de la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina, y sus familias, acostumbran a realizar todos los años, al pintoresco recreo que la Empresa posee en las playas de Quilmes. — Miembros de la comisión directiva y varios empleados de la administración de la Compañía, presenciando el picnic nacional, bailado por niños, hijos de los motormens y guardas.



El quinteto más atrayente del picnic.



En plena milonga clásica.



Un detalle del almuerzo, a la sombra del sauzal.

NECROLOGIA



CAPITAL FEDERAL. — Señora Elena Insauraray.



SAN RAFAEL (Mendoza). — Señora Luz Felid de Etchepare.



GENTE MENUDA



María Felisa Brambilla Carballo.



Roberto Oscar Tricherri.



María Nieves Schiavone



Susana Elena Santo Yannicelli



SOCIALES



ENLACES.—La señorita Luisa Esperne con el doctor J. M. Fazio



Señorita Elena Udaondo con el señor Carlos Pereyra Iraola



Señorita Rosario Mariña Garrido, con el señor Miguel Enrique Kal.



Señorita María Esther Rodríguez Aragón, con el señor Diego Newbery.



La señorita Dora Merr, que el 18 del actual contraerá enlace con el doctor Mauricio Lerman.



Señorita Avelina Marcó del Pont, con el señor Arturo Bosch Gramajo.



Señorita María A. Sambucetti con el señor José J. Martínez Blanco.



Señorita Amelia Sassot Portos, con el doctor Alberto Salama.



Señorita Marta Regensburger, con el señor Carlos E. Luft.



Señorita Julia M. Echeverría, con el señor Enrique S. Guabeo.



Actualidades cinematográficas



Edith Roberts y Matt Moore, en "El club del misterio", cinta Jewel que la Universal estrenará el 23 del corriente.



Harry Carey (Cayena), en "El séptimo bandido", film que la Corporación estrenará hoy.



Leatrice Joy en el papel principal de "Nacida para el amor", film que el viernes estrenará Glücksmann.



Escena de "En plena lucha", cinedrama que tiene por protagonista a Reed Howes y que la General estrenará el domingo próximo.



Kathryn Perry y Matt Moore en "Matrimonio prematuro", cinedrama que la Fox estrenará el jueves 23.



Escenas de "La favorita de Broadway", cinedrama que tiene por intérpretes principales a Betty Compson y Herbert Rawlinson y que Glücksmann estrenará el próximo domingo.



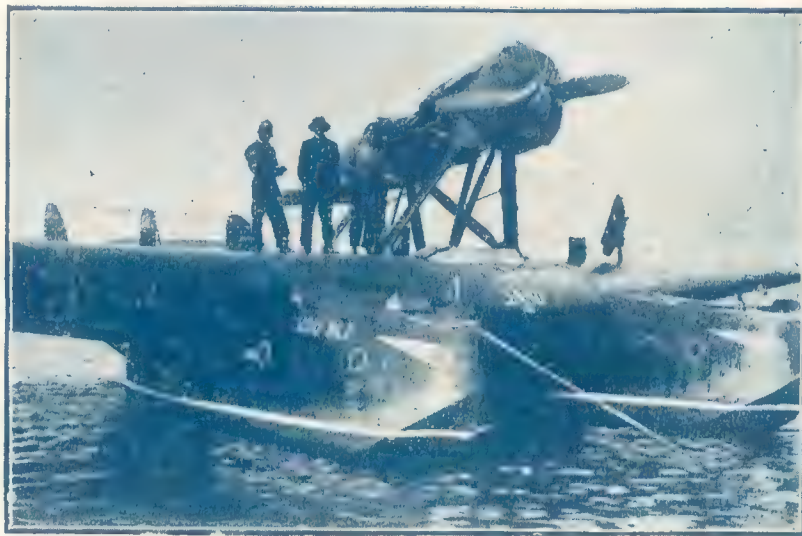
El raid aéreo Génova-Río de Janeiro, que realizan los aviadores brasileños



La llegada de los aviadores a Las Palmas (Gran Canaria).—De izquierda a derecha: los señores corresponsal del diario "La Nación", de Madrid; cónsul de Portugal en Las Palmas, don Arturo Sarmiento; don Manuel Mascareñas; don Antonio A. Hernández, director de "La Crónica"; cónsul del Brasil; don Salvador Manrique (alcalde de Las Palmas); don José Navarro; don Arthur Cunha (primer piloto); don Cipriano Fernández de Angulo (delegado del gobierno español); don Joao Dos Barros (director de la expedición) y don José Manero, alcalde de Arucas, durante el champán de honor con que fueron obsequiados los tripulantes del hidroavión brasileño "Jahú", en los salones del Ayuntamiento de dicha localidad, a su llegada al Puerto de la Luz.—A la derecha: los aviadores; sentados: Newton Braga (a la izquierda); Joao de Ribeiro de Barros; de pie: Vasco Cinquini y Arturo Cunha.—Fotografía tomada en el jardín de su alojamiento del Hotel Metropole.



El acorazado alemán "Hanover", fondeado en la magnífica bahía de Puerto de la Luz, que ofreció su concurso a los aviadores en la travesía de Canarias a Cabo Verde.



El hidroavión "Jahú", poco después de acuatizar en Puerto de la Luz.—De izquierda a derecha: Arturo Cunha, piloto del aparato; Dos Barros, jefe de la expedición y el mecánico Vasco.



Momentos en que un remolcador de la casa Vacuum Oil, conduce al "Jahú" al interior de la bahía del Puerto de la Luz.

Fots. Teodoro Maisch.

ITALIANIDAD Y FRANCISCANISMO

(Véase en la página número 10, la crónica correspondiente a esta nota gráfica)



El cardenal Merry del Val, delegado pontificio, oficiando en la iglesia subterránea sobre la tumba que guarda los restos de San Francisco.

Campana con que las municipalidades italianas obsequiaron a la basílica de Asís, en conmemoración del VII centenario franciscano.



Cortejo de cardenales saliendo de la basílica, después de la ceremonia religiosa efectuada el 4 de octubre pasado.



FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



El intendente municipal doctor Pigneto, votando en las recientes elecciones comunales.



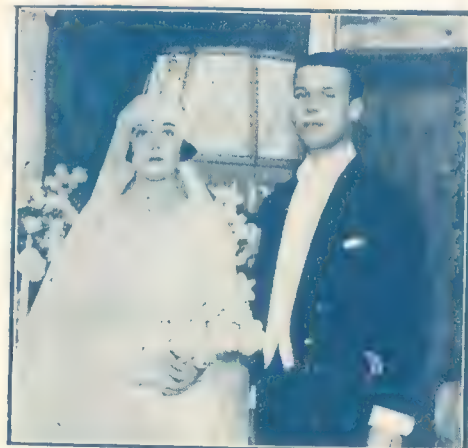
Un aspecto del banquete ofrecido al doctor Nicolás E. Amuchástegui, por su destacada actuación como secretario de la intendencia municipal.



Enlace Del Castillo - Echenique.



Enlace Carpentiero - Araiz.



Enlace López Varela - Mazzoni.



Demostación ofrecida a los jugadores E. Cochrane, Miguel y Pagliaruso, a su regreso de Chile.



Exposición de labores de la escuela industrial de señoritas número 2.—La directora señora Soulages, en la sección repujado.



Señora de Aposio, señoritas de Arlt, Castagnino y Kreckler y señor Sosa, de la comisión de regatas Río Paraná.



Señor A. Giorgio (hijo), ganador de la copa La Capital.



Señores Gabutti (Julio y Alfredo), Wagener, Lingenferder y Sosa, del Club Regatas Rosario, ganadores de la 7.ª carrera.

Los ardientes rayos del sol bañaban vergeles y plazas de la alegre y animada capital de Méjico.

La mañana era risueña, serena y perfumada, y la brisa, suave y deleitosa, mecía las elevadas copas de los árboles que embellecen la plaza del Zócalo. Tres elegantes jóvenes, montados en briosos caballos, desembocaban por la calle de Plateros, con dirección a la catedral.

Vestín rico y ajustado pantalón con dos hileras de botones de plata, chaqueta corta y sombrero "jaramo", galoneado con anchas franjas de plata y gruesos cordones de los mismos: "chapameras" de piel de tigre, elegante silla con ricos estribos y revólver con un artístico puño de nácar, completaban aquel pintoresco traje nacional que realzaba la gallarda apostura de los tres jóvenes, uno de los cuales merece particular descripción.

Alberto Valenzuela, tal era su nombre, aparentaba tener veintiseis a veintiocho años: el cutis terso y suave de su rostro tenía ese color moreno pálido que acusa temperamento ardiente y apasionado y que presta encanto indefinible y atracción infinita.

Los ojos eran negros y rasgados, brillantes y expresivos: el cabello como el azabache: las cejas pobladas y sedosas; el pie de buena raza, es decir, pequeño y delgado: el todo de la persona caballeresco y distinguido.

La exclamación de uno de sus compañeros, le sacó de profunda meditación que le embargaba y, a su vez, al fijarse en una vendedora de flores, exclamó:

— ¡Violeta!

No puede concebirse ese nombre sino en una muchacha de diez y ocho años, fresca y seductora como las alboradas tropicales y digna del pincel de Grence, de Rubens o Rafael.

Tal era Violeta.

Una mañana las numerosas vendedoras de flores la vieron llegar vestida de negro, con delantal oscuro y "rebozo" azul: no la conocían, y con femenil curiosidad la vieron, modesta y silenciosa, colocar sus dos cestos con macetas y ramilletes y despojarse de su rebozo, dejando al descubierto su delgada y esbelta cintura y sus manos, demasiado suaves y blancas para una ramilleteira.

Aquel día no hubo empleado en el cercano palacio del gobierno que no cometiera alguna falta grave, ni serio magistrado o mozaibete a quien la soberana belleza de Violeta no causara profunda y singular impresión.

Era la estación de las violetas y de las rosas, y siendo Méjico uno de los países en donde más pródiga fué la madre naturaleza, se veía la plaza del Zócalo llena de gente ocupada en escoger macetas y ramos, cuando llegaron Alberto y sus amigos.

Indias e indios se afanaban en brindar frescas y fragantes flores y con habilidad, mezclaban las unas con las otras y formaban artísticos ramilletes, canastillas y jardinerías.

Los helechos y musgos, los cedros y los pinos, los geranios de mil colores, las cinerarias y los claveles, la madreselva y los heliotropos, presentaban un conjunto encantador.

Era de ver el animado cuadro que a la vista ofrecía la plaza con

La ramilleteira de Popotla

Por la Baronesa de Wilson

sus pintorescos jardines y la variedad de paisajes: Al frente los portales, con puestos de frutas y dulces, de juguetes y cien baratijas, industria del país; y cruzando en todas direcciones, los tranvías, los carruajes y los transeúntes.

Violeta tenía su puesto bastante separado de los demás vendedores; sus cestas estaban vacías: había vendido cuanto llevó al mercado y se disponía a marcharse, cuando, al ruido de los caballos, levantó la ca-

era una pobre ramilleteira, — dijo Violeta, contestando a su muda interrogación.

— ¡Imposible! — murmuró Valenzuela.

— ¿Por qué? ¿Le enoja a usted haber seguido y haber manifestado interés por una muchacha del pueblo? ¿No soy la misma a quien usted defendió a la salida de Chapultepec, cuando dos atrevidos calaveras quisieron faltar a una mujer?

Pidan

“ Q U I L M E S
C R I S T A L ”

La mejor cerveza

beza y se encontró frente a frente con Alberto, quien la contemplaba sorprendido y admirado.

El joven bajó del caballo y se adelantó lentamente.

— No ha querido usted creer que

— ¡Oh, no! — exclamó el joven.

— La mujer, ya pertenezca a la clase elevada o a la humilde merece el respeto y consideración, y más aún, cuando en su hechicero rostro se reflejan el candor y la virtud.

ANÉCDOTA

En cierta ocasión aconsejaron a Filipo de Macedonia que desterrase a un noble porque había hablado mal de él. Filipo replicó:

— Vale más que hable donde se nos conoce a ambos, que donde no seamos conocidos ninguno de los dos.

— Bien dicho, — contestaron los compañeros de Alberto; — en lugar de ser un artista debías ocupar un puesto en el congreso, — añadió el más joven.

— Es muy chula; es preciosa y todo lo merece; pero creo que el sol empieza a ser demasiado fuerte y que debemos concluir nuestro paseo; ¿no te parece, Alberto?

Valenzuela no contestó; dirigió una mirada a Violeta, y con la maestría innata de los mejicanos saltó sobre el caballo y siguió a sus amigos.

II

No había pasado desapercibido el anterior episodio para las indias vendedoras y no escasearon los comentarios y las sonrisas y las miradas, curiosas e impertinentes.

Desde el primer instante en que la joven ocupó un puesto en el Zócalo, fué considerada como planta exótica, como un ser que pertenecía a otra esfera. Una de las indias ramilleteiras vivía en Popotla, cerca de la pobre casa que habitaba Violeta; por ella se supo que no recibía a nadie, que estaba con su madre y era juiciosa y buena.

Tampoco se ignoraba que a las doce se retiraba del puesto y nadie sabía adónde iba.

Algunas veces aquellas ausencias se prolongaban dos o tres días, y al volver con sus cestas de flores se advertía en su hechicero rostro algo como infinita tristeza, como profundo pesar.

¿Era efecto de ignorada historia, de recuerdos, o de rutilos temores, lo que hacía enrojecer sus hermosos ojos? Misterio.

Toda averiguación era imposible; las precauciones se multiplicaban, y vendedoras y vecinas no obtuvieron resultado alguno de sus pesquisas.

Con frecuencia la seguían; pero al llegar a una iglesia llamada del Corpus Christi subía en un tranvía, lo abandonaba en San Cosme y tomaba otro en distinta dirección.

Un observador, y los novelistas lo son siempre, hubiera podido ver que el rostro de Violeta enrojecía y que su corazón latía con violencia cuando Alberto, el joven artista, clavaba en ella su mirada dulce y amorosa y la dirigía en voz baja algunas palabras, que si bien no eran de amor, ocultaban aquel poderoso sentimiento.

Aquellos cortos instantes producían en la ramilleteira algo parecido a la felicidad y su juvenil semblante se engalanaba con dulce sonrisa.

Pero jamás Valenzuela había podido alcanzar la más insignificante confidencia, a pesar de que una tarde la había acompañado por la Reforma, después del encuentro en el jardín de Chapultepec (1), en donde llegó a tiempo para hacer retirar a un atrevido mozaibete, que importunaba a Violeta con galanterías de mal género.

¿Quién era aquella niña? No era posible dudar de que su educación había sido esmerada y que su tipo no pertenecía a la clase del pueblo.

— Estoy seguro, — la dijo un día — que usted no es lo que aparenta ser: soy su amigo: confíeme usted su historia y tráteme como a un hermano.

— Nada tengo que contar y puede usted creer que si necesitara apoyo o protección la solicitaría a usted, se lo juro, porque me inspira afecto y confianza.

El origen de aquel amor que Valenzuela alimentaba por la ramillettera, había sido tan extraño como inesperado.

Un día, cuatro meses antes de empezar nuestra narración, el joven artista, poseído de inexplicable preocupación, abandonó los pinceles y salió a pasear por ese centro concurrido y elegante que se llama calle de Plateros.

Al llegar delante del escaparate de un gran comercio de cuadros y grabados, se fijó en un retrato, lanzando una exclamación de asombro.

La admirable pintura representaba a una mujer como de diez y ocho a veinte años, pero tan hermosa y tan perfecta que hubiera sido imposible encontrarla un defecto.

Vestía traje de terciopelo negro, el cual hacía resaltar más aún los hombros, el cuello y la alrosa cabeza; la cabellera era de color castaño oscuro y el peinado formaba como natural diadema.

Los ojos eran dulces, poéticos y de un color indefinible; no eran garzos, ni azules, ni negros, pero su expresión cautivaba.

Alberto, como artista, admiró a tan bella criatura y sintió voraz deseo de conocer al original.

Entró en la tienda y preguntó; pero nadie pudo satisfacer su anhelo; un hombre de alguna edad había llevado aquel retrato para que se vendiera, ofreciendo volver pasadas algunas semanas.

Durante un mes, Alberto pasó horas y horas contemplando aquel retrato, y enamorado como un loco, quiso copiarlo.

Imposible; su pincel se resistió y cuanto reproducía era imperfecto. ¿El amor apagaba los destellos de su inteligencia?

Su empeño fué cada día mayor y su desesperación no tuvo límites cuando al pasar por casa del grabador supo que se había vendido el cuadro y que ya el portador de él poseía la cantidad producto de su venta.

Una tarde paseaba por la alameda, cuando, sentada en un banco de piedra y acompañada por una anciana vió a una joven hermosísima: era Violeta; pero en su fisonomía encontró Alberto rasgos de aquel retrato que había trastornado su razón; no era el original, pero sí tenía extraordinario parecido. Mudo, extático, la contempló largo rato, y cuando la vió levantarse se dispuso a seguirla; pero la joven atravesó hasta la avenida de Juárez y allí subió con la anciana en un tranvía.

Una tarde la encontró, como ya hemos dicho, en Chapultepec, y desde aquel día se estableció entre ellos mutua y simpática inteligencia.

Alberto la adoraba en su imaginación con los atavíos del retrato y entonces le parecía encontrar mayor semejanza, hasta el punto de confundir en su corazón el amor real con el amor ideal.

La joven era un enigma, un misterio, y esto aumentaba las luchas consigo mismo y la ilusión.

El calor era excesivo: el hermoso y puro cielo mejicano estaba empañado por agrupadas y cenicientas nubes; el trueno y los relámpagos anunciaban cercana tempestad y amenazaban con una de esas lluvias torrenciales, casi desconocidas

en Europa y que en cortísimo tiempo producen verdadera inundación.

El pueblecito de Popotla estaba silencioso y sus calles casi desiertas.

Existen algunas localidades que conservan en su aspecto y a través de los siglos, un "no sé qué" de misterioso e indefinible, y ciertamente esta idea ha preocupado siempre mi imaginación al pasar por el mencionado pueblo.

El 1 de julio de 1520 tuvo lugar el acontecimiento y desde entonces el corpulento "ahuehuete" (sabino) ha sido fuente de inspiración para el poeta y objeto de la admiración del viajero.

El tronco está hueco, algunos de sus brazos sin savia alguna, y en su corteza carcomida se leen nombres e inscripciones.

En la tarde de que hemos hecho mención se detuvo un tranvía de-



—¿Cómo quiere usted que la tome, en busto o de cuerpo entero?
—¡Oh, tómeme usted "toda"!

Allí levanta su elevada copa el histórico árbol llamado de la "Noche triste", a cuyo pie cuenta la tradición, pasó terribles horas el conquistador Cortés, lamentando el desastre que ocasionó Alvarado por improvisación y ligereza.

lante del árbol de la "Noche triste" y un joven bajó precipitadamente.

Era Alberto.

Había conseguido saber las señas de Violeta, y como habían pasado más de ocho días sin verla en el

Zócalo, determinó buscarla y saber el motivo de su ausencia.

Buscó el número; no la encontró, pero sentada en el dintel de una puerta vió a una india, envuelta en pobre rebozo y casi dormida.

Se acercó a ella y le preguntó por la ramillettera.

—Se ha mudado de esta casa, — contestó, — y vive cerca de "Cuatro Árboles": pobrecita; ha días no la he visto.

—Pues qué, ¿está enferma?

—No, ella no: la vieja sí; y está cuidándola.

—¿Su madre?

—No sé; hace poco que están aquí, y como son tan pobres, sólo el "pulque y las tortillas" (1) es lo que solía comprar, cuando Violeta estaba en Méjico.

En aquel momento pasaba por la plaza un sacerdote, acompañado por algunas personas.

—¡El Viático! — exclamó la india arrodillándose.

Cediendo a un impulso, más fuerte que la voluntad, se mezcló Alberto al acompañamiento y al cabo de algunos minutos llegó a la casa en donde se necesitaban los auxilios espirituales.

Detrás del sacerdote entró en una pobre vivienda en donde en lecho humilde, aunque aseado, yacía una anciana pálida, demacrada y desfallecida.

Sus escasos cabellos blancos caían sobre una chambra cuya blancura formaba como un marco de pureza y de bondad para aquel semblante en que se reflejaba la conciencia y la paz del justo.

Todo en aquel albergue inspiraba tristeza y veneración.

Las luces que rodeaban el lecho, los indios de rodillas y con la cabeza inclinada, el sacerdote pronunciando con voz sonora las palabras que son el último consuelo para el cristiano, el bálsamo que derrama la fe, y como complemento de aquel cuadro, los sollozos de una mujer postrada a los pies de la cama.

Alberto no pudo verla hasta que, anegada en llanto, levantó sus ojos y los fijó en la moribunda.

—¡Cielos! — exclamó el pintor, — es Violeta.

Y cual si el vacío se hubiera hecho en torno suyo, su atención se reconcentró en un solo objeto.

La voz de la tierra fué en aquel instante más poderosa que la del cielo y mil extrañas ideas asaltaron su mente, y de nuevo Violeta tomó singular parecido con el retrato.

No tenía su exuberante belleza, no ostentaba el rico traje; pero sus espléndidos cabellos y su vestido negro la hacían más interesante y hechicera.

La pasión trastornaba al joven artista: soñaba despierto.

—Padre mío, — dijo la ramillettera, dirigiéndose al sacerdote, — padre mío, ruego a usted que permanezca al lado de mi madre, interín corro a buscar la medicina que ha dejado dispuesta el médico.

—¡Oh, Violeta!, quédese usted; yo iré.

—¿Usted aquí, Alberto? Gracias, gracias.

—No, hija mía, no, — repuso el sacerdote: — ¿para qué sirve la medicina de la tierra? Sólo necesita la del cielo.

Efectivamente, la vida de la anciana se extinguía como una luz.

Hizo un esfuerzo, se incorporó, abrió los ojos, y al ver cerca de su lecho al joven pintor, balbuceó:

—El... él... Dios... Dios... — y cayó desplomada: había muerto.

MIS ORACIONES

NOCHE

¡Oh, Noche dulcísima, serena, dime, qué música divina modulas en tu pena? Todo es silencio en torno, mas yo siento en mis jardines interiores la bellísima canción de un nuevo amor!

Será verdad? Responderá a mi anhelo? El alma en su ansiedad, espera en el misterio del silencio la respuesta... ilusión!

MAÑANA, DULCE Y CLARA MAÑANA...

¡Qué mañana tan clara y deliciosa! Cuánta luz, cuánta belleza en el rosado manto de la aurora! Es que, una inquieta y sutil mariposilla hoy batió sus luminosas alas en mi espíritu, proyectando sus mágicos destellos en mi alma, por eso mis soñadores ojos tienen más luz, porque abarcan el horizonte a través del prisma encantador de la

HUMILDE AVECILLA

¡Canta! Modula tus canciones más sentidas y profundas, oh, dulce avecilla que llegaste a mi ventana posándote en mis flores que pálidas y mustias esperaban al piadoso jardinero, para dar de nuevo al sol amigo sus pétalos perfumados!

Canta! Cántame siempre, y que tus endechas purísimas y cristalinas penetren en mi ser como una celeste bendición!

Háblame! Abreme tu corazón, dejando caer en el mío todas tus tristezas, todas tus ansias de belleza y eternidad. Y será mi corazón un oculto sagrario para guardar tus confidencias, recoger tus armonías y curar tus tristezas de nostálgico, velando tus sueños!

CLARISA G. DE DIEGO ARBÓ.

Cuando el sacerdote quiso retirarse, se levantó Violeta: había estado llorando y rezando, arrodillada al lado del cadáver.

—Alberto, ruego a usted acompañe al sacerdote, — dijo, — yo velaré a mi madre.

—¿Sola?

—Sí; suplico a usted no vuelva.

El joven salió, sin atreverse a insistir.

Al encontrarse en la calle le preguntó al sacerdote:

—¿Sabe usted quién es esta infeliz niña?

—Lo ignoro: sé que vende flores y que ha cuidado a su madre con la mayor ternura y abnegación.

Alberto pasó la noche inquieto y preocupado.

En su cerebro se agitaban dos imágenes iguales, pero que se confundían y tomaban diferente aspecto.

Al día siguiente salió muy temprano para Popotla.

Cuando llegó supo que el entierro se había verificado a las siete y que Violeta no estaba ya en la casa.

V

Desde la muerte de la anciana no volvió Alberto a ver a Violeta: había abandonado por completo su puesto en el Zócalo, y el joven, más enamorado que nunca, se perdía en conjeturas y descabellados pensamientos.

Una mañana, en que después de una noche de insomnio se encontraba en su estudio recorriendo maquinalmente las páginas de "El Monitor", sintió abrirse la puerta de su cuarto y vio entrar a Fermín, su criado de confianza.

—Señor, — dijo, — un hombre ha venido dos veces a preguntar por usted.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No ha querido decirme.

—Pues que entre: será algún impertinente.

Pocos instantes después se presentó un hombre como de cincuenta años, quien saludando, dijo:

—Soy el encargado de la testamentaría de la viuda de Palacios.

Valenzuela le miró sorprendido: no recordaba aquel nombre.

—¿Usted es abogado, señor Valenzuela?

—Lo fui; abandoné el bufete por los pinceles.

—Bien, pero usted conoce las leyes y podremos entendernos.

Y el imperturbable viejo sacó un enorme legajo de papeles, buscó uno entre ellos y se lo entregó al joven.

Al recorrerlo, Alberto palideció.

El nombre de Palacios apareció entonces en su memoria como una pesadilla.

Era el de una prima de su padre, con la cual había sostenido pleito muchos años.

La sentencia había sido favorable a Valenzuela y le regaló una fortuna. Pero, ¿qué intentaban de nuevo, al presentarle un documento ya caduco?

Una nota llamó su atención: era de los abogados y decía:

"Por todo lo que resulta, declaramos que si bien la sentencia ha sido dictada con arreglo a la ley y en justicia, según las condiciones del contrato base del pleito, es, sin embargo, un despojo indigno y deshonroso para el que quiso hacer recaer en su familia esta inmensa herencia, valiéndose de la anormal situación del país invadido entonces por los franceses, y aprovechando la circunstancia de que Palacios había tomado partido por el Archi-

duque, y como tal, declarado traidor a la patria".

Alberto sentía que el fuego de la indignación abrasaba sus mejillas.

El, llevaba hasta la exageración el pundonor; él, que era capaz de

Era rico, vivía en la abundancia, gozaba de las satisfacciones que proporcionan el oro, interín otros sufrían por la ambición de su padre o por un error incalificable.

—Esta fortuna no es mía—dijo;



sacrificarse para que ni un momento se pusiera en duda su honradez; él, desinteresado, generoso y noble, poseía una fortuna usurpada.

—luego, es preciso restituirla.

Tal fué el grito espontáneo de su conciencia; pero por muy elevado que sea el carácter y por muy gene-

LA TONTA

Permanece a la puerta largo tiempo sentada, sumergiendo en quién sabe qué abismos su mirada, y cuando los patanes se mofan de ella y cuando le preguntan:—"¿Qué haces?" Responde:—"Estoy pensando!"

—"Está pensando!" todos corean con voz pronta. "¿Lo oís?" "¿Está pensando Sebastiana la tonta!"

Mas ella no se inmuta y sus claras pupilas con misterioso ahinco clávanse en las tranquilas lontananzas bermejas del crepúsculo vivo, que, sin pensar, parece cual ella pensativo...

¿Qué miran esos ojos fulgurantes a ratos, verdes y estriados de oro como los de los gatos?

¿Qué atisban en las nubes—ingrávidas viajeras que pasan proyectando sus sombras en las eras? ¿Qué acechan en los cielos, qué buscan en fin, cuando la tonta a los patanes responde: "Estoy pensando"?

Su alma está en ese punto de la Circunferencia divina en que se funden la ciencia y la inconsciencia; donde los dos extremos eslabones se traban, donde empiezan los simples y los genios acaban.

La madastra la riñe sin cesar: nunca acierta la tonta a contentarla... Mas después, a la puerta de la casucha sórdida, Bastiana se desquita, mirando con sus ojos de jade la infinita lontananza en que sangra la tarde agonizando, mientras murmuran todos: "La tonta está pensando..."

AMADO NERVO.

roso el corazón, no se renuncia tan fácilmente a la riqueza para caer en la miseria sin averiguar el por qué.

—¿Estas firmas no serán falsas? —pensó y levantó los ojos hacia el hombre que intentaba arruinarlo.

Estaba impasible y sus anteojos verdes velaban la expresión de la mirada.

—¿Quiénes son los herederos de ese primo de mi padre?

—Una niña.

—¿En dónde está?

—En mi casa, recogida por caridad.

—¿A tal extremo ha llegado?

—Sí: gravemente enferma, vino a entregarme esos papeles, y cuando intentó salir cayó sin sentido; llamé al médico y éste ha calificado su dolencia de fiebre cerebral. Palacios murió tísico y legó esa enfermedad a su hijo: éste se casó y al cabo de algunos años empezó a sufrir del terrible mal, heredado de su padre y que pocas veces perdona al que ha escogido por su víctima. Durante dos años agotaron todos los recursos para salvarlo y la ciencia disputó palmo a palmo aquel terreno, que invadía la muerte.

Alberto estaba conmovido y sentía como remordimiento: ¿Por qué? ¿Acaso no había ignorado hasta entonces que existiesen seres que pudieran pedirle cuentas del bienestar que disfrutaba?

—Continúe usted su relato, — exclamó: — me parece que estoy soñando.

—Usted sabe que la tisis es una verdadera lucha y una prolongada agonía; el gran antídoto, según aseguraba el médico, era conducir al enfermo a tierra caliente; pero, ¿y los medios? ¿Cómo emprender un viaje costoso y molesto? Pasaron tres años; el médico anunció solemnemente a la afligida esposa y a su hija, que el enfermo viviría sólo dos o tres semanas más.

Los cuidados se multiplicaron; ambas trabajaban, bordaban y cosían para proporcionar al enfermo cuanto podía necesitar; pero el trabajo escaseó, y entonces interín la pobre niña contaba las horas de vida que aún podía tener su padre, salía la infeliz madre para ocuparse en buscar algo que hacer, para ganar lo preciso.

—¡Infeliz! — exclamó Alberto.

—Sí; muy desgraciada; pues hubo día en que ayudó a lavar para ganar cuatro reales.

Un domingo estaba la niña sentada sobre el mísero lecho; acariciaba a su moribundo padre: un canario cantaba alegremente saludando los brillantes rayos de sol que como lluvia de oro bañaban la pobre habitación.

—¡El sol! — murmuró el enfermo. — ¡Qué hermoso es! Dadme un beso, hija mía, mi Margarita adorada. Dios quiera que ese sol me devuelva la vida y la alegría.

Y dejó caer la cabeza sobre la almohada: la niña se acercó más aún y quiso darle el beso reclamado; pero se retiró asustada: su padre estaba helado, sus ojos entreabiertos parecían mirarla, pero ya no la veían.

Momentos después, iluminados por aquel sol que poco antes ensalzaba, era cadáver. El canario continuaba sus gorjeos, mezclados con los gritos de la niña y los sollozos de la pobre viuda, que acababa de entrar en el aposento.

—Lo que usted me refiere es inmensamente triste, — dijo Alberto. — ¡Qué terrible infortunio!, y además tiene usted una elocuencia y

una precisión para narrar los detalles, que me parece asistir a las peripecias de ese drama.

—Concluiré: la pobre viuda y la infeliz huérfana han sufrido todas las torturas de la miseria. Yo, antiguo amigo de Palacios, lo había perdido de vista, pero una circunstancia especialísima me hizo encontrar a esos dos seres.

La viuda poseía un retrato, una obra maestra, hecho por un célebre pintor en la época de su matrimonio; había sido muy bella, y como el cuadro era de gran mérito intentó venderlo...

—¿Cómo? — exclamó Alberto, — ese retrato estuvo en la calle de Plateros... la señora de Palacios vestía de terciopelo negro... ¿y es usted el que lo llevó a vender?

—Es cierto, — contestó el estupefacto interlocutor de Alberto: — ¿cómo lo sabe usted?

—Me vuelvo loco... si usted supiera que he soñado meses y meses con esa mujer, la he buscado por todas partes y he estado enamorado de ella...

—De una muerta.

—¿Muerta también?

—Sí: por eso yo he venido a ver a usted; aquí están los documentos, los dejo confiados a la lealtad de un caballero; examínelos usted y siga la marcha que su corazón le dicte; espero su aviso.

Y el extraño personaje abandonó la estancia, dejando al joven confuso y desesperado.

Durante tres días se encerró consigo mismo y convencido de que su fortuna era una usurpación, corrió a casa del anciano, cuyas señas y nombre poseía.

—Caballero, — le dijo, — mi padre, probablemente por un error, despojó a sus parientes de una herencia que les pertenecía, pero deseo que su nombre quede sin mancha y restituyo...

—¿Todo?

—Todo.

—Pero usted, ¿qué piensa hacer sin fortuna?

—Trabajar: jamás se disfruta de mayor tranquilidad que cuando vivimos de lo que ganamos honrosamente.

—Margarita no admitirá esa renuncia absoluta.

—A mí me quemaría las manos si conservase un resto de ese oro.

—Observe usted que no sabe nada todavía; que ha sido oficiosidad mía...

—No hablemos más; vuelva esa herencia a su legítimo dueño y seré feliz con la idea de haber cumplido con mi deber.

—Tiene usted un noble corazón: mi protegida está convaleciente y voy a comunicarla tan venturosa noticia.

Don Bartolomé dejó solo a Valenzuela durante un largo rato: el joven esperaba con ansiedad, y cuando sintió pasos se volvió para ocultar su turbación.

—Margarita ha querido venir a manifestar a usted su gratitud, — dijo el anciano.

Dos exclamaciones, dos gritos, respondieron a estas palabras:

—¡Violeta!

—¡Alberto!

—¿Era usted, era usted la mujer a quien yo condenaba a la miseria? Perdón, perdón por lo que ha sufrido usted.

Don Bartolomé no comprendía nada y pensó si ambos jóvenes habían perdido el juicio.

Don Bartolomé, desde la venta del retrato, no había vuelto a ver a

Margarita porque, avergonzada de su pobreza, la había ocultado en Popotla, deseando no imponer sacrificio alguno a su antiguo amigo.

Agotado el producto del retrato, Margarita adoptó el nombre de Violeta y se dedicó a vender flores, de las que ella misma cultivaba en su jardín.

Agravada la enfermedad de su madre, y sin recursos, buscó casa más modesta aún, y en ella recibió

—¿Pero no sabías el nombre de los parientes que habían despojado a tu padre? — preguntó el anciano.

—Lo ignoraba; jamás mi madre me lo dijo: ojalá que ni los documentos hubieran llegado a mis manos.

Alberto comprendió la exquisita delicadeza que encerraban aquellas palabras y a los pocos momentos se despidió mortificado, triste y pensativo.



—Le quedará muy elegante, muy delicado, muy espiritual... ¿Y dice usted que ese caballero va a pagar la factura?

—Sí; pero no le digan ustedes que ya la aboné el que me acompañaba ayer, porque los hombres son muy quisquillosos.

de manos de aquella amada compañera los papeles que por encargo suyo fueron entregados a don Bartolomé al día siguiente de su muerte.

Los insomnios, las desgracias, habían quebrantado la salud de la joven, y su vida estuvo en grave peligro cuando don Bartolomé la vio caer desplomada.

Para él Violeta, a quien adoraba, era un imposible, entonces más aún que cuando era pobre ramilletera.

Durante dos días se ocupó en poner en orden sus intereses, empaginar escrituras, en contar acciones, en ver a escribanos y procuradores, no reservando para sí más que sus pinceles.

El gato y los ratones

Noticioso un gato de que en cierta casa vecina abundaban los ratones, encaminóse a ella y en varias visitas se engulló cuantos quiso. Los cuidados, al ver que cada día faltaban algunos amigos, se dijeron en ratonil confianza:

—Puesto que todos vamos a perecer, según vamos notando, cuerdo será quedarse cada uno en su escondite, que el gato, por saltarín que sea, no puede llegar entonces hasta nosotros.

Hicieronlo así; pero el hambre, que es fecunda en recursos, sugirió al gato la idea de atraérselos nuevamente, para lo cual, colgándose de un palo, fingióse muerto. Los ratoncillos más jóvenes, gozosos de su triunfo, comenzaron a sacar las cabezas, y aún a exponerse a salir; hasta que un ratón viejo, de barba cana, que con astucia miraba al gato, exclamó:

—Muerto está, compañeros; pero por lo mismo que está muerto, quedémonos todavía aquí para no turbar el reposo de los difuntos.

Hay quién asegura que al gato se le bajó la sangre a la cabeza y murió de veras.

Dentaduras Postizas

Se componen en el día

por \$ 5.--

Se hacen nuevas y se reforman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUIPACHA 530

Una carta de Violeta le sorprendió en aquella tarea.

"Alberto: es inútil haga usted renuncia de su fortuna; no aceptaré su generoso desprendimiento.

"Don Bartolomé posee una "hacienda"; en ella viviré, y mañana abandono Méjico para siempre.

"Su recuerdo de usted acompañará eternamente a

Violeta".

Era de noche cuando Alberto recibió esta carta; su resolución fué instantánea: tomó títulos, escrituras y acciones y se presentó a don Bartolomé.

—Señor, — le dijo, — aquí está la cesión de mi fortuna en favor de Violeta.

—No la aceptará, su resolución es irrevocable.

—¿La aceptará con mi nombre y con mi amor?

Un mes después se celebraba en la capilla de la catedral el matrimonio de Margarita y Alberto.

Salvando un contratiempo

En la contratapa de nuestro número anterior, donde apareció, impreso en tricromía, un aviso de la importante casa industrial de los señores Terrabusi Hermanos y Cía. ocurrió un lamentable contratiempo gráfico, a causa de un error habido en la aplicación de los colores de la mencionada página. Debido a esta circunstancia, las galletitas "Thais", que fabrican los mencionados señores, aparecieron coloreadas en un tono verdoso, completamente impropio y diferente del color natural que ostenta el selecto y conocido producto.

Aunque estamos seguros de que semejante contratiempo no puede menoscabar, en nada, el sólido crédito de que gozan tanto el artículo que nos ocupa, como los demás que fabrican los señores Terrabusi Hermanos y Cía., nos complacemos en hacer constar la aclaración de tal falla, la que, por otra parte, ya habrá sido seguramente advertida por nuestros lectores, máxime tratándose de un producto tan ampliamente conocido y apreciado, como son las galletitas "Thais".

Los secretos de la antigua profecía

Lo que eran las sibilas

La sibila de Cumas desafía de nuevo a la ciencia. Envuelta en su misterioso manto, la célebre profetisa de Apolo lanza un nuevo cartel de desafío al investigador. Hoy su extraña figura aparece como gigantesca esfinge en el camino de la arqueología, en los campos Flégreos del Sur de Italia.

Desde los albores de la Historia, la sibila reinó en la volcánica región del Vesubio. Los más sabios de la tierra no han podido descifrar su enigma. ¿Podrán los modernos, a fuerza de excavaciones en Cumas, explicar las escenas que Virgilio describe en su *Éneida*?

¡Quizá! Pero es creencia general que la mujer de las mujeres, la asombrosa sibila de Cumas que rigió los destinos de varios reinos, posea cualidades que no podrían explicar el pico ni la azada del excavador.

La sibila y los oráculos se prestan a diferentes investigaciones. La arqueología quizá no pueda identificar la más potente y la más desconcertante de las voces de la antigüedad; quizá espere en vano explicar la reconocida sabiduría y la inspiración poética de la sibila; pero las exploraciones que se llevan a cabo en Cumas es más que probable que aporten nuevos y curiosos datos sobre el sistema religioso que en otro tiempo floreció en aquellos lugares.

En las profundidades de la cámara abierta en la roca, debajo de la acrópolis de Cumas, los excavadores italianos, dirigidos por el director del Museo Nacional de Nápoles, esperan reconstruir el altar de los oráculos. Los hallazgos de atavíos y enseres en la cueva de la sibila y en las ruinas del templo de Apolo, parece ser que van mostrando y poniendo en claro los medios de engaño de que se valían los sacerdotes, y de los que, probablemente, la sibila era la primera engañada.

En donde Aristóteles, Cicerón, Livio, Varrón y otros antiguos buscaron la clave que explicase el secreto de Cumas, por cuidadoso análisis y especulación esmerada, los sabios de hoy la buscan en el revuelto terreno que estudian. Abriendo nuevas galerías, los excavadores esperan llegar al verdadero santuario del gran culto de Apolo, perdido en las oscuridades del pasado.

El libro sexto de la *Éneida* es el hilo que guía al arqueólogo en el subterráneo laberinto, que ha servido ya para descubrir grandes maravillas en Cumas y sus alrededores.

Cuenta Virgilio que, huyendo Eneas de las redes amorosas de Dido, la bella reina de Cartago, después de afrontar mil peligros por tierra y por mar llegó a Cumas, con la doble misión de consultar a la sibila sobre su porvenir y para saber dónde estaba la sombra de su padre en el otro mundo, más allá de la laguna Estigia.

Eneas llega a la acrópolis de Cumas y al templo de Apolo. El héroe de Troya se encuentra con la

anciana adivina y es conducido a una enorme cueva, en la falda de la colina. Eneas suplica a la sibila que quiere escuchar de su voz la revelación de su destino.

La leyenda y la historia nos dicen que los oráculos se escribían con frecuencia en hojas de laurel, árbol

bila cuando ésta le dijo que los dioses iban a hablar por su boca y decirle su destino.

Virgilio describe las contracciones y contorsiones de su cuerpo; la palidez que cubrió su rostro, la expresión de su horrible sufrimiento. Su cabellera se desgrefía y revuelve durante aquel paroxismo; se ahoga, lucha por respirar. De repente, su cuerpo parece que crece, como poseída de violentísima ira, y en este estado pronuncia el oráculo que hace de Virgilio el profeta de la ruina de Roma.

Eneas oye de boca de la sibila que sus descendientes reinarán en Italia sólo para lamentarlo cuando el Tibet se enrojezca con bárbaras

las garras del diabólico hechizo que la domina.

Para llegar a comprender la sibila, dice el doctor Vittorio Machiostro, profesor de Historia de las Religiones en la Real Universidad de Nápoles, debemos en cierto modo salir de nosotros mismos y procurar en la bárbara mentalidad de los primitivos griegos. En el primer despertar de la conciencia religiosa, la relación con un ser supremo participaba de una idea muy diferente de la de hoy. La divinidad era concebida como un poder terrible que avasallaba al hombre y le arrastraba fuera de su normalidad al delirio y a la locura extática Apolo y Dionisio, más que los otros dioses, tenían la costumbre de apoderarse del alma humana, y aquellos que recibían tan honorífica distinción, eran las figuras más tristes y desgraciadas en el horizonte de aquellos remotos tiempos.

Cumas, no cabe duda, fué en antiguos tiempos el lugar de los frenesíes y paroxismos de la sibila; el teatro de las típicas escenas, la meta de constantes viajeros en busca del oráculo famoso. El torrente de curiosos por conocer su porvenir, terminaba allí.

La mayoría de los peregrinos recibía su oráculo escrito en hojas de laurel o por medio de los "pozos susurradores" del templo; pero los ricos y poderosos eran favorecidos en mensajes que brotaban directamente de los labios de la sibila.

Es evidente, a juzgar por el libro III de *La Éneida*, que Virgilio consideraba a la sibila como una profetisa inconsciente que hablaba obligada por una fuerza interior irresistible, que no era responsable de lo que sus labios pronunciaban y que profetizaba impelida por una especie de instinto trágico que la torturaba y dominaba por completo.

Contraste curioso con esta fanática sinceridad, lo forman las indicaciones que los arqueólogos presentan.

Al lado de la cueva de la sibila se ha encontrado una galería con gradas o anaqueles tallada en la roca, que debía ser la sala de espera de los peregrinos. A lo largo de las paredes había multitud de pequeños nichos para que los peregrinos dejaran allí sus lámparas de viaje, según se colige por las manchas de humo que, al cabo de tantos siglos, se perciben claramente.

Detrás de esta sala de espera hay una escalera que conduce a la gran cueva. Este descubrimiento viene en apoyo de lo que afirman antiguos historiadores, que decían que las sacerdotisas del oráculo se disfrazaban de peregrinos y se mezclaban con ellos para oír sus conversaciones, sus esperanzas, sus deseos y su condición. Cambiaban con ellos impresiones, les hacían hablar y por la escalera oculta de que hemos hecho mención pasaban a la cámara de la sibila y la enteraban de lo que habían oído.

Estas mismas sacerdotisas regresaban a la sala de espera de los peregrinos y distribuían las placas de orden para penetrar en la cueva de los oráculos; pero ya lo hacían con su traje sacerdotal y completamente desfiguradas.

Las excavaciones que se están llevando a cabo en los campos Flégreos del sur de Italia, es de esperar nos descubran algún importante secreto del misterioso poder vaticinador de las sibilas.

EL HORNERO

La casita del hornero
Tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra
Justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
El padre guarda la puerta,
Con su camisa entreabierta
Sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
Su traje aseado y sencillo,
Que, con tanto hacer ladrillo,
Se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
El gajo de un sauce añoso,
O en el poste rumoroso
Se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
Y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo,
Y así, en su honrado desvelo,
Trabaja mirando el cielo
En el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción,
Como una cabeza crece,
Mientras, por dentro, parece
Un tosco y buen corazón.

Pues como su casa es centro

De todo amor y destreza,
La saca de su cabeza
Y el corazón pone adentro.

La trabaja en paja y barro,
Lindamente la trabaja,
Que en el barro y en la paja
Es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
Tiene sala y tiene alcoba,
Y aunque en ella no hay
Limpia está con todo esmero.

Concluyó el hornero su horno
Y con el último toque,
Le deja áspero el revoque
Contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el
Ya, sobre la tierra lisa,
Con tal fuerza y garbo pisa,
Que parece un martillito.

La choza se orea, en tanto,
Esperando a su señora,
Que elegante y avizora,
Llena su humildad de

Y cuando acaba, jovial,
De arreglarla a su deseo,
Le pone con un gorjeo
Su vajilla de cristal.

LEOPOLDO LUGONES.

que antes, como ahora, abundaba en los campos Flégreos. Si el viento se llevaba la hoja de laurel, el oráculo era nulo. Eneas no quiso exponerse al capricho del viento y exigió el oráculo de palabra.

Se acercó al pie del ara de la si-

guerras. La adivina no vuelve aún a recuperar su estado normal, y el troyano tiembla de pavor cuando ve a la sibila arrojarle, dando saltos, a las paredes de la cueva, en sus esfuerzos para desprenderse de las torturas que sufre, para soltarse de

PENSAMIENTOS

Las almas de los hombres, rodeadas de los cuerpos y las pasiones, no tienen comunicación con Dios, excepto en lo que sólo puedan alcanzar por concepción, con ayuda de la filosofía por una especie de sueño oscuro; pero cuando están separados del cuerpo y se trasladan a la región desconocida, invisible, impenetrable y pura, este Dios es entonces su guía y su rey; están allí pendientes de Él por completo, y admiran sin cansancio y con amor aquella belleza que no pueden expresar los hombres.

PLUTARCO.

El marqués Felipe de Chabre revolvía las brasas de la estufa cuando yo entré en su habitación. Se enderezó vacilante a fin de hacerme los honores. El cordón que anudaba en torno de su talle la amplia bata, acentuaba más la espantosa flacura de aquel cuerpo decaído, que un desastre financiero había abatido irremediabilmente. Bolsas nacaradas distendían sus párpados; las arterias endurecidas torcían sus sinuosidades mortales bajo el pergamino de sus sienes, y la lengua, pesada, se movía con dificultad en la boca.

—¿Ve usted? — articuló penosamente el marqués. — Ya no soy muy brillante, que digamos...

Yo protesté por política.

—La enfermedad hace de mí un recluso — continuó el señor de Chabre. — Es muy amable de su parte venir a visitarme.

No pude menos de mirar en torno mío con sorpresa. Nada, en el cuarto del marqués, revelaba la ruina que lo había derribado, una tarde, por sus imprudentes especulaciones, ante el umbral de su agente de cambio.

Tres escalones se levantaban ante el lecho en columnas, cubierto con una tela suntuosa que había pertenecido a la Pompadour. Frutos de jade, monigotes de marfil, una colección de tabaqueras de escama rubia, de oro esmaltado y de ébano incrustado en nácar, se alineaban en los estantes de una silla portátil transformada en vitrina por un anticuario ingenioso. Un tapiz doble amortiguaba el ruido de los pasos. Y contra la seda lamée que tapizaba las paredes, los retratos de una canonesa y un almirante fijaban sus ojos pintados sobre el cuerpo decrepito de su último descendiente.

La señora de Chabre, que me había acompañado junto a su marido, observó mi sorpresa y recomendó el silencio con una seña imperceptible.

—Ya no salgo más... — dijo entonces el marqués. — El doctor me prohíbe hasta salir del cuarto. ¡Ah! estaría muy solo si no tuviera el teléfono.

—Sin el teléfono, yo sería como un hombre muerto... — articuló penosamente.

La señora de Chabre bajó la cabeza. La fatiga pesaba sobre sus hombros y encorbaba su pobre espalda, bajo la tela negra de su vestido que el uso había puesto verdoosa en los pliegues. Las ballenas que sostenían su cuello de tul martirizaban la carne reblandecida de su cuello, y cruzaba con resignación sus manos que los trabajos imprevisos de la casa habían hinchado, enrojecido y deformado.

El señor de Chabre parecía haber olvidado su presencia. Se había lanzado en una narración interminable en la que mezclaba historias de caza y recuerdos del tiempo en que representaba un distrito realista del Oeste, en el Parlamento.

—Venga — me dijo entonces la marquesa. — Es inútil que permanezca más junto a mi marido... Ni siquiera se da cuenta de que estamos aquí.

Salimos en punta de pie. Y cuando hube vuelto a cerrar la puerta de la habitación, experimenté la impresión de una absoluta miseria en torno mío. Se habían desterrado los cuadros de la galería, desclavado los tapices, sacado hasta el último mueble. Y el vacío lamentable de aquella pieza sin fuego contrastaba tan violentamente con el lujo tibio

LA ILUSIÓN

Por Alberto Jean

de la pieza vecina, que la señora de Chabre se fijó en mi sorpresa.

—¡Venga! — me ordenó de nue-

vida en la ilusión.

Se hubiera dicho que era la celda de un convento, con la estrecha ca-



vo.

La seguí al gabinete que ella había instalado junto a la pieza donde el señor de Chabre terminaba su

mita de hierro, la desnudez total de las paredes. Pero, sobre un velador, un aparato telefónico sorprendía por su presencia insólita.

El gato y la zorra

Conversando amigablemente un gato y una zorra en medio de un bosque, díjole la última al primero con cierta vanidad:

—A mí no me inquietan las vicisitudes de la vida: yo tengo mil recursos para salir airosa de todos los lances.

El gato replicó en humilde tono:

—Pues yo, amiga mía, no tengo más que un recurso, y cuando me falta éste, estoy perdido.

Al llegar aquí la conversación, presentóse a la vista una trahilla de perros, ante los cuales el gato emprendió a correr árbol arriba, salvándose en la cruceta de un pino. La zorra, en tanto, a pesar de sus mil recursos, fué alcanzada y cogida por los perros.

Es probable que desde entonces sea llamado "recurso supremo", el recurso de la fuga.

—Cuando mi marido recobró el conocimiento, después de su ataque — me explicó entonces la señora de Chabre, — no se acordaba de nada... Sus angustias de los últimos meses, el golpe que nos arruinaba, la visita que hiciera a su agente de cambio, todo eso había salido de su imaginación... "Sobre todo que no se dé cuenta de nada", me dijo el médico que lo cuidaba. "La menor emoción será mortal en su estado". Comprendí entonces que mi deber era ocultar, por todos los medios, nuestro desastre a mi marido... Vendí todos los muebles y objetos de valor de nuestro departamento, pero, evitando tocar lo más mínimo en la habitación de mi pobre enfermo... Y el cielo me ha recompensado, porque Felipe ignora absolutamente nuestra situación actual.

Yo objeté:

—¿No teme usted alguna indiscreción del exterior, señora?... El teléfono...

—Tranquílcese, hijo mío — me contestó ella. — Usted piensa, con razón, que nuestros medios no nos permiten conservar un accesorio superfluo y costoso... Después del accidente de mi marido, la línea ha sido suprimida. Pero un electricista del barrio ha puesto estos dos aparatos en comunicación. Oigo todo lo que mi marido dice detrás del tabique; y yo soy quien le contesta al otro extremo del hilo... De esa manera he podido evitar las indiscreciones que usted teme...

En aquel momento un timbre sonó encima de la puerta.

—Todos los días, a esta hora, telefona — me susurró la señora de Chabre.

Ella había tomado el aparato en su mano derecha, que temblaba, y oí la voz del marqués Felipe, que decía con tembloroso acento:

—¡Hola!... ¿Auteil 6297?... ¿Eres tú, mi querida Isabel?

El rostro de la señora de Chabre se crispó.

—Sí, amigo mío — contestó.

—¡Hola! — continuó el marqués. — Aprovecho una ausencia de mi mujer para telefonearte... Hola, ¿me oyes?

—Sí... — contestó la señora de Chabre con acento agonizante.

—No te imaginas los sufrimientos que mi mujer me inflige en estos momentos... — tartamudeó el anciano. — Creo que ha descubierto nuestras relaciones. Así que me encierra, me secuestra para que no pueda reunirme contigo... Detesto a esa mujer... Pero me escaparé... me escaparé... Te llevaré a Italia, Y allí seremos felices los dos... Lejos de ella... ¿Entendido? ¿Aceptas el partir conmigo?

—Sí... — contestó aún la señora de Chabre.

—¡Perfectamente! ¡Perfectamente!... Voy, pues, a organizarlo todo para nuestro viaje... Voy a telefonear a la compañía de vagones-camas... No te ocupes de nada... Te avisaré cuando todo esté pronto... Hasta la vista, mi muy querida... ¡Hasta la vista!... ¡Hasta la vista!...

La voz implacable había callado.

Avergonzado de haber descubierto aquel secreto, me volví a la señora de Chabre.

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de la mártir.

—¿Qué importa que yo sufra? — murmuró. — Lo esencial es que pueda conservar la ilusión de que ama y es amado...

—¡Es usted una santa!... — respondí, besando la mano marchita y helada que me tendía.

Hace no pocos años, en uno de los cafés más concurridos de una capital europea, nos reuníamos, después de comer, varios amigos. Cinco o seis éramos los abonados, y de entre ellos, el más asiduo, un médico entrado en años, más feo que Picio, más calvo que San Pedro, y más alto y delgado que Don Quijote de la Mancha; pero chancero, decididor, y un sí es no es aficionado a la caza de la más bella mitad del género humano, en todas sus diversas manifestaciones de categoría o de fortuna.

Metía por aquella época el Magnetismo, el mismo ruido que metió años después el Espiritismo, y que hoy acompaña al Hipnotismo, como rodeará más tarde a otro cualquiera de esos acabados en "ismo", que como piedras miliareas señalan las distancias en el camino de la ciencia.

Discutíamos una noche los susodichos conturtilios sobre los fenómenos de moda; se comentaban los hechos experimentales de que teníamos noticia; sentían nuestros dedos la necesidad de dar "pases" a todos los amigos y conocidos; y el que más y el que menos se creía poseedor de un fluido magnético capaz de hacer dormir al león del Retiro. El doctor se sonreía maliciosamente y nos dejaba disparatar sin tomar parte en la discusión. Convínose, por último, en que la "mujer" era un gran sujeto sonámbulo superior al hombre, y en que no había nada más fácil que hacerla caer en la somnolencia científica.

—¿Y usted qué opina? — preguntamos todos a nuestro conturtilio que, en vez de morderse las uñas como algunos sabios, mascaba con fruición la punta roma de un cigarro habano.

—¿Yo? No opino nada en materia tan controvertible; pero voy a relatarles a ustedes un caso práctico, en que he sido el operador y el héroe.

—Oigamos, oigamos, — le dijimos todos, apretándonos alrededor de la mesa para escuchar mejor su relato.

—Procuren ustedes no interrumpirme, escuchen con atención y saquen después las consecuencias que gusten.

Yo visito de tarde en tarde, entre mis clientes aristocráticos, a una simpática y desocupada marquesita, que padece de una "neuralgia" que llamaríamos jaqueca a ser ella tendera de comestibles. Hace varias noches recibí un encargo urgente para ir a visitarla, y acudí presuroso, no tanto por creer de gravedad su dolencia, como porque no hay nada más agradable para un médico inteligente que el caso clínico de una enferma nerviosa, joven, bella, distinguida y caprichosa. De seguro, mientras yo atravesaba las calles, ella debía hacer el monólogo siguiente:

—¿Tendré hoy la jaqueca o un ataque de nervios? Eso es cuenta del médico. Yo podría aliviarme, como tantas cursis, con el agua de azahar o el hierro, pero prefiero una buena crisis, que me sacuda en grande. Mi doctor es un hombre tan buscado, por las señoras sobre todo, que quizá no venga esta noche. ¡No me inspira gran confianza! Tiene más fama de tenorio que de galeno! ¡Y cuidado si es feo!, pero en fin, le observaré despacio, y si no me cura, me entretendrá al menos. ¡Y yo estoy mala!, ¡muy mala! ¡Es preciso que yo sepa lo que tengo! Me parece que no estoy bastante pálida...

Una lección de magnetismo

Por Luis Mariano de Larra

Y todo esto lo diría mirándose al espejo, dándose polvos, llevándose las manos a la cabeza, más para arreglarse el cabello que para oprimir sus sienes. Creo que con esta pintura, ya estarán ustedes enterados del sujeto. Llegué, entré, y previos los saludos de costumbre y un "gracias a Dios" de esos que llegan

ted le toca averiguarlo.

—Soy médico, señora, pero no brujo. Es preciso guiarme... responderme al menos. Vamos a ver: ¿que la duele a usted?, ¿la cabeza?, ¿el estómago?, ¿la garganta?

—¿No recuerda usted aquel célebre médico que al acercarse a un enfermo le decía: "¿Qué te pasa?

al alma, tomé asiento al lado de mi enferma. El monólogo se convirtió en diálogo del modo siguiente:

—¿Con que no se siente usted bien? ¡Qué lástima! Este verano todas las mujeres bonitas están enfermas. ¿Y qué es lo que usted tiene?

—¿Lo que tengo?, pues hijo, para saberlo le he hecho a usted venir. ¿Qué sé yo? ¡Es muy difícil de explicar!... ¡no sé!... en fin, a us-

¿A ver? ¡Si tienes calentura no me lo niegues!"

—¡No tanto, señora, no tanto! — contesté, sonriéndome de mala gana.

—¿Lo que tengo! ¿Cree usted que yo apunto en mi cartera los dolores que siento? ¡Tengo otras cosas más importantes que hacer! Sufro... padezco... no sé más.

—Perfectamente: ya me parece que voy viendo claro. Deme usted esa linda mano.

Vuestro jardín, otero...

...Y llamé Primavera vuestro jardín, pintor, pues que una primavera fué ese jardín sonoro en donde bellamente se eleva un surtidor como un gentil penacho entre la arena de oro.

Porque hubo sol y azul; porque hubo luz y brisa y alegría de pájaros en el dulce rincón; porque esplendió benéfico como una gran sonrisa de sol sobre la bruma de nuestro corazón.

Porque fué fronda y nido y libertad y cielo... —un cielo vasto y limpio donde poder volar— y porque abrió de súbito en el alma un anhelo inaudito y romántico de volver a empezar...

Porque fué un sueño loco de loca bienandanza, le llamé Primavera...

(Y en secreto, pintor:)

porque escondía un poco esa sombra que avanza enlutada y a solas por mi parque interior...

ANIBAL DIAZ.

Pausa, Conste que la mano de mi enferma era hermosísima.

—Nada de disimulo, amigo mío; si estoy realmente enferma, dígame usted sin rodeos. Soy tan impresionable...

—Ya lo sé; por eso lo primero que hay que hacer es calmar esos nervios.

—¡Justo! ¡los nervios! De modo que...

—Que es preciso seguir un tratamiento... Ir a unas aguas minerales.

—¿Cuáles?

—Las que usted quiera... es igual.

—¿Y yo creía que mi médico era un hombre formal!

—Lo más formal del mundo, marquesa. Yo la prescribo a usted las aguas, pero no la digo que las beba, lo cual es muy distinto. Yo quiero, en bien de su salud, que cambie usted el "medio ambiente" que la rodea. Viajar por allá... o por acullá... ¿qué importa el sitio, si encuentra usted la distracción? Veamos: las aguas minerales le repugnan a usted; ¿prefiere usted los baños de mar? ¿Biarritz? ¿Dieppe?

—¡Eso es otra cosa! ¡Los baños de mar! ¿Pero usted quiere arruinarme?

—¿Yo?

—Para no hacer una figura ridícula en esos sitios es preciso cambiar tres veces por lo menos de traje al día, además de los de baile; sin contar con que yo detesto las fondas y tendré que alquilar un chalet. No creo que usted me recete ir a un poblado de cualquier costa donde no haya más que pescadores.

—¡Oh! ¡ya no hay pescadores, marquesa! El pescado se fabrica en todas partes.

—Sí, la piscicultura... estos sabios lo acaparan todo.

—¡Usted se burla de la ciencia, marquesa, y sin embargo la consulta!

—Y hago mal, sin duda, porque no sabe curarme.

—En fin, señora, si usted no quiere ni las aguas ni los baños de mar, tendremos que apelar a la farmacopea.

—¿Pero usted no puede curar a una mujer sin atracarla de drogas?

—Según sea la mujer, y según su enfermedad; ¿usted quiere que sea franco?

—No deseo otra cosa.

—Pues entonces escuche usted la verdad. Su dolencia es el fastidio, ¡un fastidio mortal! La mujer por sana que esté, es siempre un niño; necesita juguetes... y a usted, joven, viuda, bella, rica y desocupada, le hace falta uno. Ni más ni menos.

—Entonces, ¿usted me aconseja..?

—Nada, señora; ¡Dios me libre!

—Pero es que yo no tengo apetito... que digiero mal lo que como... que no duermo.

—¡Malo! ¡malo!

—¿Qué me manda usted?

—Que tenga usted apetito, que digiera bien y que duerma a pierna suelta.

—¡La receta es sencillísima! ¿Por qué no receta usted algo en serio?

—En primer lugar, porque los enfermos no siguen nunca las prescripciones del médico.

—Yo no seré de esos enfermos. Yo obedeceré a usted al pie de la letra.

—¡Ah! ¿Usted insiste?

—En curarme. En acabar con este fastidio horrible que me devora. Créame usted, amigo mío; mi cora-

zón está completamente vacío, y quien quisiera ocuparle, no molestaría a nadie.

—(¿Qué es esto? — me dije yo a mí mismo. — ¿Será que esta mujer me mire con buenos ojos? No estoy mal conservado... dicen que tengo gracia... etc., etc.)

—Sí, doctor mío, sí; — continuó la enferma. — La vida sería muy triste si no existiera la lectura... el sueño... la poesía... ¡Oh! ¡la poesía! ¡el ideal!... (Pausa). ¿Usted se ha empeñado en morir soltero?

—Empeñado precisamente, no. Es más bien un sacrificio que hago en memoria de una mujer.

—¡Ah! ¿de una mujer?... Cuénteme usted. ¿No soy su verdadera amiga? — me dijo con voz conmovida, alargándome la mano. Yo se la cogí involuntariamente y la contesté:

—¿De una mujer a quien amé, como ya no amaré nunca!

—¿Qué sabe usted? — me dijo la marquesa, retirando su mano de la mía y paseándose por el tocador.

—(¡Demonio! ¡Demonio!) — continué yo para mí, entre asombrado y satisfecho.

—¿Con que usted sabe amar, y tanto? ¡Nunca lo hubiera creído!

—¿Por qué señora?

—Porque aunque su reputación de usted es tan grande en ese terreno como en el de la ciencia, creía yo que no se encuentran a menudo mujeres dignas de ser tan amadas.

—¿Que no? ¡Ay, señora, abundan! ¡Las hay irresistibles! Usted lo sabe mejor que nadie.

—¿Yo? ¿Pertenezco acaso a ese número?

—¿Es usted la más irresistible de todas!

—¿De veras?

—Se lo juro con toda mi alma.

—Doctor, basta. Esta conversación nos llevaría demasiado lejos.

—¿En sabiéndose detener a tiempo...

—No, no, amigo mío, usted conoce a las mujeres. Su cabeza, su imaginación trabaja siempre: una nada las impresiona, las conmueve. La realidad no las satisface nunca; necesitan siempre perseguir un ideal.

—(¡Diantre! ¡Seré yo el ideal!).

—¡Si usted supiera lo nerviosa que estoy! Hay sin duda en el aire corrientes magnéticas, que después de haber agitado todos mis nervios, suben a mi cabeza y bajan a mi corazón... ¿Cree usted en el magnetismo, amigo mío?

—¿En el magnetismo? ¡Sin duda! El magnetismo existe... y yo podría... (un pensamiento diabólico se apoderó de mí en aquel momento para saberlo todo). Tanto existe el magnetismo — continué, — que los médicos nos servimos de él algunas veces y obtenemos, en general, curas maravillosas.

—¿De veras?

—Por eso, en las circunstancias nerviosas en que usted se encuentra, haría usted una excelente sonámbula.

—¿Yo? ¿Me dormiría a pesar mío? ¿Y usted sabe magnetizar?

—Ya lo creo.

—Es muy curioso. Y dígame usted, ¿puede eso hacer daño?

—De ningún modo. Cuando está hecha la digestión no hay ningún peligro en magnetizarse. Diré más, he calmado muy a menudo varias neurosis con la ayuda de pases magnéticos. Las jaquecas, sobre todo, no resisten.

—¡Oh! pero ese "mundo desconocido" en el cual se precipita el magnetizado es muy grave.

—¿Por qué?

—Dicen que durante ese sueño ficticio se habla... se dicen cosas que no podría uno decir despierto... que no es dueño el sonámbulo... ni de su cuerpo... ni de su corazón...

—Señora, no me haga usted la injuria de suponer que yo abusaría...

—Abusar de su poder no digo... pero usar... Quizá me haría usted preguntas a las que me vería obligada a contestar... y entonces...

—Un magnetizador honrado no hace preguntas indiscretas, marquesa.

—¿Palabra? — me dijo mi enferma, mirándome fijamente.

—De honor. ¿Quiere usted que la magnetice?

—¿Cree usted que me curaría?

—Lo espero. Vamos: tenga usted valor y confianza.



—¡Al fin te veo con un vestido decentemente largo!...
—¿De veras lo encuentras largo?

—Sea. No es cosa larga, ¿verdad?

—Un minuto... dos... cinco lo más. Deme usted la mano y míreme usted fijamente.

Me senté frente de la marquesa y coloqué mis manos sobre las suyas, palma con palma. Nuestros pulgares se tocaban mucho y nuestras rodillas algo. La marquesa exclamó al cabo de un momento:

—¿Va usted a hacerme reír!... ¿Ve usted qué dócil soy? Yo la hice algunos pases magnéticos y ella continuó:

—¿Qué hace usted? ¡Es extraño!... ¡Oh!... sí... siento una pesadez... un entorpecimiento gene-

ral... mi vista es turba... no sé que tengo... ¡Ah!... no veo... basta por Dios... ¡ah!... — Su cabeza cayó sobre un hombro y yo seguí magnetizándola, exclamando para mí:

—¡Se ha dormido! ¡Diantre! Es un magnífico sujeto magnetizable. Ahora, hay que hacerla hablar. Nuevos pases, aumento de fluido y primera pregunta, ya soy su amo. ¿Duermes?

—Sí... estoy perfectamente.

—¿Quieres responder a mis preguntas?

—Pregunte usted.

—¿Qué sufre más en tí, la cabeza o el corazón?

—El corazón.

—¡Ya me lo figuraba yo!... ¿Qué experimenta tu corazón? ¿Qué le falta?

—Una afección. (Esto dicho lentamente.)

—¿Acaso has elegido ya el hombre que pueda inspirártela?

—Sí. (en voz baja).

Fotograbados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, catálogos, folletos, y otras publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

cer enfermar a una mujer como ésta! ¡Qué cuerpo! ¡Qué cara! ¡Es divina! — Arrojéme a sus pies sin poder contenerme y exclamé:

—¡Yo también te amo, mujer hechicera. Renace en mí el ardor de la juventud admirando las rosas de tu tez... el esmalte de tus dientes y la tersura de tu piel! ¡Sí, alma mía! Sí, querida... — como yo no sabía su nombre de pila, no pude acabar mi frase entusiasta, pero volví rápidamente a sentarme en mi silla y exclamé:

—¡Dime tu nombre!... ¡tu nombre! ¡Yo lo mando!

—¡Laura!... (pronunció en voz armoniosa).

—Volví a caer de rodillas delante de ella y la dije:

—Sí, querida Laura; mi corazón late de amor por tí; ¡me siento rejuvenecer! Creo que tengo 25 años. Soy amado, me parece que el pelo vuelve a nacerme en la cabeza, como las ilusiones en mi corazón.

Una carcajada estridente salió de aquella boca y la marquesa, de pie en medio de la habitación, decía:

—¡Ah!, ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡Quieto!, ¡quieto, doctor! ¡No cambie usted de postura! ¡Está delicioso!

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir esto? — pregunté yo aturdido; — ¿se está usted burlando de mí?

—Hace media hora... ¡ah! ¡ah! ¡me río con toda mi alma! ¡Qué cura tan maravillosa! ¡Nunca me he sentido mejor! ¡Convengamos en que el magnetismo es el método más curativo del mundo!

—¿Cómo, marquesa?

—Silencio, doctor; yo prometo no decir a nadie una palabra. Haga usted lo mismo, y convengamos en que nadie como usted cura las enfermedades nerviosas.

Saludé como pude... bajé la escalera de aquella casa casi de coronilla — desde la que oía yo aún las carcajadas de la marquesa... — he corrido como un loco, y aquí me tienen ustedes tomando café.

Eso es todo lo que puedo decir respecto al magnetismo. Ahora, ¡siquen ustedes si quieren la consecuencia!

TU AMOR...

Me había cubierto el corazón de musgo y me bajaba a las yemas de los dedos su terciopelo blando. Tenía piedad de la madera murta, de los animales uncidos, de los seres detrás de una reja, de la planta que se hunde sin hallar alimento, de la piedra horizontal empotrada en la calle, del árbol preso enter dos casas. La luz me hería al tocarme y los ojos de un niño ponían en movimiento el río de lágrimas que me doblaba el pecho.

ALFONSINA STORNI.

El primer viaje polar

Una expedición del siglo XVI

Ha quedado para el año 1927 ser llevado a cabo el viaje al Polo por el aire; pero las intentonas para llegar a él, sin contar las poco conocidas de los antiguos normandos, datan desde hace más de tres siglos.

A fines del siglo XVI, España y Portugal habían establecido un monopolio sobre las rutas meridionales a Oriente, y sus rivales comerciales, Inglaterra y Holanda, buscaban mientras tanto los pasos del Nordeste y Noroeste para encontrar un camino corto a aquellos países deseados.

Los holandeses, rivales a su vez de los ingleses, sintieron urgentemente la necesidad de estos viajes y adelantarse a los hijos de Albión.

Hacia el año 1554, algunos ricos comerciantes de Londres enviaron a sir Hugo Willoughby con tres buques en busca del paso del Nordeste. Siete de los tripulantes, entre ellos sir Hugo, murieron de frío y de hambre en las costas de Sajonia, dejando unas notas, que luego se encontraron, en las que decía haber encontrado una tierra ártica, que se supone fuese Nueva Zembla.

La tripulación de uno de los barcos se separó de la de los otros dos y llegaron al mar Blanco y luego, por tierra, a Moscú, en donde implantaron un comercio con Inglaterra, que ha durado hasta nuestros días.

Esta lucha con Holanda por encontrar por el Norte un paso para China y Japón, se intensificó en 1580, cuando la Compañía Moscovita de Londres envió a Arturo Pet y a Carlos Jackman en una expedición con el mismo objeto.

Sus dos buques, que penetraron en el mar de Kara "descubrieron" Nueva Zembla, si bien las dos islas así llamadas ya habían sido visitadas por los normandos hacia más de cuatro siglos.

En 1594 salió de Norte América Guillermo Barentszoon y llegó a Nueva Zembla y a las costas del mar de Kara, expedición que repitió al año siguiente con mal resultado, y preparó otra, que partió en la primavera siguiente, con dos barcos mandados por Heemskerck y Rijp. En su rumbo hacia el Oeste encontró varias islas, que consideró como parte de Groenlandia, y a las que llamó Spitzbergen o "Montes puntiagudos".

Al cabo de algún tiempo fueron sorprendidos por los hielos y detenidos en Ice Haven, Puerto del Hielo, el 26 de agosto. Los diez y seis tripulantes y un pequeño grumete se vieron obligados a pasar entre los hielos la primera invernada que los europeos hicieron en los mares árticos.

Dos años después se publicó en Amsterdam un librito escrito por Gerrit de Veer, contramaestre de Barentszoon, con el título explicativo de: "Verdadera y perfecta descripción de tres viajes tan extraños y maravillosos, que hasta ahora no se ha visto ni oído cosa igual, llevados a cabo por las costas septentrionales de Noruega, Moscovia, y Tassasia hacia los reinos de Catay

y China, con los descubrimientos de Nueva Zembla y otros lugares en el pasarelo 80 y más donde nunca había estado hombre alguno, con sus crueles osos y otros monstruos del mar y el insoportable frío que reina en aquellos lugares, y como los barcos fueron aprisionados entre los hielos y los hombres se vieron obligados a edificar una casa en el desierto país de Nueva Zembla, en donde vivieron diez meses sin ver persona humana, etc."

Aunque los expedicionarios no tenían el propósito de invernar tan al norte, habían llenado su barco de numerosas provisiones y buena can-



Incubadoras automáticas

Aves de raza y huevos para empollar. Útiles para la cría de aves. Colmenas, abejas, y accesorios para apicultura. Implementos y aparatos para la industria lechera. Peladoras, secadoras, esterilizadoras y demás máquinas para la conservación de frutas y legumbres.

Lista lista de precios del renglón que le interesa mencionando esta Revista a

Grandes Establecimientos Excelsior
JURAMENTO 5148 BUENOS AIRES

tividad de objetos para negociar y cambiar por otros productos.

"El 27 de septiembre — dice De Veer — nevó, heló, sopló el viento de tal forma, que todo se helaba, y al meter un clavo en la boca se le heló ésta a un marinero, se pegó el hierro a los labios y lengua, y al arrancarlo sangró abundantemente.

Con madera arrancada del barco construyeron una casucha de 16 metros de largo por 10 de ancho, la calafatearon y cubrieron el techo con lona; pero el frío se sentía horriblemente; se helaban, pues no se les ocurrió cubrir el edificio de nieve.

empezaron a hacer ejercicio y jugar a la pelota.

Lo que quedaba del buque, aún aprisionado entre los hielos, en el mes de junio, sólo les sirvió para agrandar dos pequeñas embarcaciones, en las que metieron todo lo útil que les quedaba, y después de acomodar a los enfermos de escorbuto lo mejor que pudieron, se hicieron a la mar con rumbo al sur, navegando por entre témpanos de hielo.

El día antes de partir, el jefe de la expedición, enfermo y maltrecho, pudo hacer un esfuerzo y escribir

GRIS

Otra vez ha llegado a nosotros el tedio. Esta tarde la lluvia rimaba su oración y el alma se sentía tan medrosa y cansada como un niño en un cuarto sin juguetes ni sol.

El pueblo era sombrío. Los tejados, mojados, tenían una vaga azul entonación; en los charcos flotaban las hojas amarillas, con el dolor del viento iba nuestro dolor.

El ocaso era gris y la lluvia rimaba tenuemente suave, unas frases; la voz era dulce adolida como si desgranase en la tarde, una tibia evocación de amor.

JUAN LACOMBA.

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

unas líneas, que metió en un cuerno para pólvora, y lo dejó "colgado de la chimenea de la barraca, en el que explicaba cómo salieron de Holanda con rumbo a China, para que si algún ser humano llegaba hasta allí supiese lo que les había acontecido".

Después de pasar el puerto del Hielo rodearon el cabo del mismo nombre y llegaron a la extremidad de la tierra de Barentes, cabo que cerraba el fin de las aventuras del explorador.

"Barentes o Barentszoon me llamó—escribe De Veer—, y me preguntó: ¿Estamos cerca de la Punta del Hielo? Si es así, incorporarme, que quiero verla una vez más".

Pocos días después pidió agua, y al tomar el primer sorbo quedó muerto.

Otros dos tripulantes fallecieron a los pocos días; los demás iban todos enfermos, la mayoría de gravedad; pero poco a poco descubrieron una costa donde abundaba la coquearia, de cuya hierba comieron con avidez, recobrando pronto la salud y la fuerza perdidas.

Salvándose milagrosamente del choque de los témpanos de hielo y del ataque de elefantes y caballos marinos, llegaron por fin a Sajonia, en donde encontraron a su antiguo amigo el capitán Rijp, que iba desde Holanda en su busca, y desde allí se embarcaron para Amsterdam adonde llegaron sin más peripecias.

A principios del año 1597 fueron presentados al príncipe Mauricio de Orange; ante él relataron su accidentada expedición.

Por ironía de la suerte, Guillermo Barents, el primer hombre que hizo un viaje al Polo Norte, que descubrió el Spitzberg, dió a conocer en Europa la Nueva Zembla y demostró la posibilidad de dar con un paso a Oriente por el Noroeste, no pudo recibir el tributo de admiración de su patria.

No fué por eso

En una consulta pública se está haciendo la historia de una enfermedad. Sabido es de todos la repugnancia que los enfermos del pueblo sienten hacia la declaración de cualquier enfermedad que suponga tuberculosis en la familia.

"¿Estado?" — pregunta el interno historiador. — "Viuda", responde compungidamente la enferma. "¿De qué murió su esposo?" — insiste el que preguntaba. — La mujer, aún más compungida, responde, después de una vacilación: "Le asistía el doctor Fulano" (aquí el nombre de un ilustre y reputado fisiólogo). El jefe de la consulta, al paño: "¡Señora!... ¡No moriría por eso!".

¿Cuáles son las noticias que en estas últimas semanas más despiertan la atención de los lectores de periódicos?

De seguro que no son las informaciones mundanas, ni los acontecimientos teatrales, ni los servicios marítimos, ni las crónicas políticas y parlamentarias.

Sobre el rostro de tantas y tantas personas de ambos sexos, de todas las edades, de todas las condiciones sociales, la expresión saliente y dominante es la que emana de la lectura de las abundantes crónicas policiales relacionadas con los repetidos crímenes y suicidios de estos últimos tiempos.

Omito de ex profeso comentar los primeros, cuyo esclarecimiento está encomendado a funcionarios y magistrados designados al efecto, limitándome a hacer algunas consideraciones acerca de los últimos, que en los momentos actuales han tomado una proporción realmente alarmante.

Suicidios de ancianos, de hombres de edad madura, de jóvenes y niñas! Cuántas desgracias, cuántos lutos, cuántos llantos! Qué infinito velo de misericordia y de piedad sobre este borde de tierra doliente y desconsolada, cubierto con los despojos todavía cálidos de tantas existencias tronchadas con el destino cruel de las propias manos!

Aquel caballero, cuarentón, distinguido, se pegó un tiro y falleció después de algunas horas de atroces sufrimientos; aquel otro se tiró al río; otro ingirió el ya clásico clonuro, en un banco de una plaza pública; y otros más, en distintas formas, han buscado aquel descanso y aquella calma eterna y absoluta que los sufrimientos de la vida le negaron.

Los periódicos son exactos, amplios, repletos de detalles en la narración de la triste historia y el fin trágico de la señorita A y del joven B.

Aquella niña estaba aún perpleja antes de arrojarla en el vacío de la existencia... Leyó que otra muchacha se quitó la vida y hete de inmediato, el único razonamiento que hipnotiza el alma de aquella niña perpleja y oscilante en decidirse, hasta volverse idea fija, idea incoercible, monomaniaca. Aquel joven infeliz tiene todavía ciertas incertidumbres antes de tumbarse voluntariamente en el regazo sublime de la muerte. Rehace los sueños perdidos, vuelve a acariciar con la mente todas las bellezas y todas las voluptuosidades. Es irresoluto antes de partir para el lago y eterno viaje de la Nada. Pero lee en los periódicos, con grandes contornos de detalles, que fulano... se ha suicidado...

¿Cuántos infelices desaparecidos para siempre del mundo por virtud de aquella única ley de la cual quisieron hacerse autores! ¿Cuántas descripciones pladadas y narraciones melancólicas. Cómo susultan las almas temblorosas y delicadas de la contemporaneidad ágil, sutil, hiperactiva, hipersensible, apasionada, nerviosa, enferma, atormentada ante aquella lectura. Y es con un crescendo en nada sorriniano que aquella cifra oscura y triste, aumenta día a día. ¿Por qué?

No queremos ni podemos hacer aquí el análisis y el diagnóstico de ésta entre las más feas enfermedades que afligen a la sociedad moderna. Pero, no podemos dejar de emitir, desde estas páginas, una impresión de nuestro espíritu sacudi-

CONTAGIO PSÍQUICO

Por Oreste Ciattino

do al desgarrar desolado de tanta humanidad y el comentario tácito y sumiso de mucha gente. ¿Por qué las autoridades policiales facilitan estas noticias?

del suicidio. Es cierto. Y nosotros podemos augurarlos de extirpar desde las raíces este mal, removiendo ésta, y esta otra causa agente sobre las almas errabundas y dis-

Acaba de publicarse

EL ALMA DE MIS HORAS

Poesías por

RICARDO ARÁMBURU

Un volumen en 8.º, con un retrato del autor y primorosas tricomías publicado por la CASA FRANGO-IBERO-AMERICANA, de París

PRECIO: \$ 8 m/n.

DE VENTA: En la Agencia General de Librerías y Papelería, Rivadavia 1573, Bs. As., y en las principales librerías

Son infinitas, variadas, múltiples, intrínsecas y extrínsecas, individuales y sociales, orgánicas y psíquicas, las causas diabólicas y pérfidas

persas de la modernidad.

Pero si las ciencias psíquicas y sociales han llegado hasta ahora al descubrimiento de una fuerza y de

DEFINICIONES

El imperio sobre sí mismo es la fortaleza para sufrir la pena; la constancia es conformarse a la recta razón; la firmeza invencible en seguir la recta razón.

Contentarse con poco es el medio más seguro de ser rico y dueño de sí mismo.

La delicadeza consiste en sacrificar un poco el propio interés y derecho; es la moderación en los negocios, el estado de un alma razonable y justa respecto al bien y al mal.

La constancia es el desprecio del infortunio y la fuerza de sufrirlo cuando llega.

La serenidad del alma consiste en sobrellevar las penas sin dejarse abatir.

El amor al trabajo consiste en realizar lo que se emprende; la constancia de la voluntad; la asiduidad en el trabajo.

La moderación consiste en abstenerse voluntaria y oportunamente de la temeridad en vista del bien; es la persecución voluntaria del bien, el temor de justas censuras.

La libertad consiste en ser dueño de su vida; depender de sí mismo en todas circunstancias; no someter las acciones sino a la propia voluntad, ni dejarse dominar por el uso y adquisición de las riquezas.

PLATON.

una ley que la gobierna, acaso de la única fuerza real que se conoce y acciona poderosamente en las visceras profundas y misteriosas de la humana colectividad, la sugestión, nosotros sentimos el deber de tomar de aquellas ciencias, consejos y amonestaciones para regularizar hasta tanto y donde es posible la mecánica de nuestras acciones, de nuestras armaduras, organismos y funciones individuales y sociales.

Debemos con el supremo magisterio político de nuestra mente, regularizar y dirigir aquellas fuerzas, volviéndolas hasta donde nos sea posible a la simbiosis y no a la destrucción social, hacia el bien y no hacia el mal, hacia la vida y no hacia la muerte. Pero, quien está destinado por triste patrimonio hereditario, por enfermedades, por miles otras razones y motivos intrínsecos, a sucumbir; quien carece de toda fuerza de resistencia, quien se halla en aquel estado de disociación psíquica y de inestable y delicadísimo equilibrio moral por el cual el más tenue granito de arena es capaz de determinar y de orientar rapidísimamente su conducta hacia el gesto libertador final, ¿qué sacará de la lectura de aquellas detalladas crónicas? ¿Fuerza que lo aleje de su proyecto, o nuevos impulsos afirmativos de una tendencia que le serpentea venenosamente en todas las venas de su sangre enferma, nuevos más enérgicos, inmediatos convencimientos, nuevos más invencibles argumentos en favor de la tesis abstracta que se agita en el consejo infernal de su mente y que no halla aún la fuerza psíquica y la energía física y motriz adaptadas para traducirlas en acto concreto?

La cadena de los hechos psíquicos que, como tantos y tantos anillos íntimamente se ligan el uno al otro en el proceso espiritual, es completa en el suicida antes de la lectura de los suicidios, producidos en el día anterior, pues si para todos la lectura de los periódicos es necesaria como el pan, para aquellos que en el diario quieren sacar la noticia de un acontecimiento doloroso y extraordinario, es un deseo inmoderado y loco. Quien sufre quiere saber del que sufre como él.

El encarcelado desea saber lo que hace el encarcelado de la celda contigua. Quien está por morir, roído de una enfermedad, quiere conocer la suerte de su triste compañero de desventura. Se establecen de esta suerte invisibles pero efectivos círculos particulares de solidaridad y de asociación psíquica entre todos éstos. Máximamente entre los suicidas. Y a un determinado momento ellos se comportan como si se hubiesen pasado una palabra de orden, y uno cae tras de otro, como hemos visto en estas últimas semanas, después de haber leído lo que hizo el otro, y hasta imitándole en la adopción del mismo medio para eliminarse. Para reaccionar eficazmente contra la sugestión enfermiza, como dijera un importante periódico de la capital, desde que "en plena primavera de la naturaleza, en pleno florecimiento nacional, todo nos grita que es una cobardía no vivir la vida", soy de opinión que las autoridades policiales no deberían suministrar ninguna noticia relacionada con tentativas o realización de suicidios, desde que sabemos, por experiencia, que el mal sugestióna más que el bien, que las cosas feas nos atraen más que las hermosas, que el error encanta más

NOVIOS FELICES



Resultaron todos

NOVIOS FELICES

los que compraron sus

Anillos de Compromisos

Cintillo y Alhajas Finas con Brillantes

— en la —

CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

JUEGO de dos Anillos de Oro 18 K., macizos, lo más moderno, \$ 20; 25; 30; 35 y 40.

JUEGOS de dos Anillos con Cintillo de Oro 18 K., y Záfiro Blancos, a \$ 38; 45 y 50.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro 18 K., Diamantes Finos, \$ 60. Con Cintillo de Tres Brillantes Finos, y 2 Záfiro Colibrí, desde \$ 75; 85; 95; 115; 125 y 150.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro y Platino Fino, con 5 Brillas Finos, desde \$ 95; 115; 125; 150 hasta \$ 500.

Nota importante:

Al efectuar sus pedidos sírvase mencionar «FRAY MOCHO»; tendrán el 10% sobre estos Precios.

Dirigir carta a NICOLAS SCARINCI, Casa Longines, Buenos Aires, Florida 142.

que la verdad, por un proceso oscuro y profundo que se adhiere en lo íntimo de la psicología humana. Las razones del suicidio son hoy, como gérmenes letales, esparcidas en todas partes, porque se ha olvidado sobre todo la divina enseñanza platónica de procurar, con el avanzar de los años, de ser y poder ser siempre más joven. Hoy todos estamos quemados de la ardiente llama de la vida moderna, un invernáculo que rápidamente hace madurar los frutos, pero deseca aún más rápidamente las plantas. El gran día y la luz meridiana de la vida se oscurecen antes de alcanzar la noche. Es cierto. Pero en el variado entremezclarse y combinarse de los factores y de los efectos psicológicos y sociales, ninguno puede negar la gran importancia que tiene la lectura de la noticia. Con esto no entendemos decir, no, que la lectura de la crónica de los suicidios determine a suicidarse a quien no tenía ninguna razón o voluntad para el acto supremo de la violencia contra sí mismo. Quien es fuerte resiste a toda tentación y también a esta gran tentación, a este gran incubo moderno que es la lectura de la crónica policial. No se dobla y resiste como roble. Pero las personas perplejas, irresolutas, dudosas, se han decidido al paso extremo después de la lectura del último suicidio que vino a destruir su inestable equilibrio moral. Esto también es innegable. Por tanto, si la decisión final ha sido producida por aquella lectura fatal, ¿no es legítima nuestra opinión de ver en la lectura de la noticia y en la sugestión que aquélla ejerce, a uno de los coeficientes aptos para explicar-

nos el vertiginoso aumento de los suicidios en estas últimas semanas. ¿Y no es justa y humana nuestra apelación piadosa a las autoridades para que no hagan conocer las noticias que se refieren a las tentativas y realización de suicidios? Y si conocemos a una de las causas, aunque sea la más pequeña y la más descuidable, del mal que a todos nos preocupa, ¿no es un deber de parte de los hombres de estudio, de los periodistas, deber de humanidad y de piedad a la vez, ha-

cer en forma que la acción de aquélla, aunque sea pequeña causa, no propague y desarrolle su efecto homicida? Cuando el médico conoce y sabe la fuerza que él puede hacer arraigar en el cuerpo del enfermo para procurarle un poco de salud, ¿no es un delito cruzar los brazos?

Como trabaja Edison a los 84 años

Hace poco estuvo en Nueva Orleans, Charles Edison, hijo del in-

signe inventor, y en una de las entrevistas que tuvo con uno de los redactores del "Daily States", hizo muy interesantes revelaciones sobre su padre.

Tiene ahora el inventor 84 años, dijo Charles Edison, y me ha puesto al frente de sus negocios para dedicarse por entero a su laboratorio, haciendo experimentos y desarrollando ideas de sus cuadernos de anotaciones.

El trabajo de mi padre en estos días se verifica así. A las 7 de la mañana se levanta y se viste. Va en seguida al comedor y toma el desayuno; y allí le esperan tres diarios que sin falta lee: "The New York Times", "The Journal of Commerce" y "The Herald Tribune". A las 9 menos cuarto se instala en el laboratorio.

Trabaja toda la mañana, hasta la una menos cuarto. Entonces pasa a su biblioteca, se recuesta por quince minutos, y cierra los ojos para dormir ese tiempo. Despierta a la una, en posesión completa de sus facultades.

A la 1 sale para la casa y almuerza. Vuelve al laboratorio a las 2 de la tarde. Trabaja todo el resto del día hasta las 5. Regresa a la casa entre 5 y 6 con un cuaderno lleno de anotaciones.

Duerme otros quince minutos. Toma su comida con la familia, va a la biblioteca de la casa y lee hasta las 9 y 30. A esa hora se junta con la familia y va al teatro. De regreso vuelve a la biblioteca y estudia hasta la 1 ó las 2 de la mañana, hora en que se dirige a la cama. Siempre se levanta a las 7 en punto.

CERVANTES

¡Aún perdura tu nombre y su grandeza con el estro grandioso de tu canto, que sublime y potente, con su encanto ha legado corona a tu cabeza!

Cuando fuiste cautivo, tu entereza resistió virilmente y sin quebranto; ¡cual guerrero ardoroso, allá en Lepanto una mano perdiste con braveza!

¡La gloria de Alcalá es tu excelsa cuna, do surgieron triunfantes una a una, tus obras sorprendentes, colosales!

La España y la Argentina que te nombran, han visto con placer que al mundo asombran; ¡"Don Quijote" y "Persiles" inmortales!

JOSE M. OYUELA.

"Recuerda, hombre, que has de morir".

Descendí del tren a las doce del día en la estación Casa Bamba.

Parecía que iba a llover. El cielo estaba encapotado, y negros nubarrones se veían por el lado del norte.

Allí me aguardaba el capataz de la estancia "Las Gallaretas". Trepé apresuradamente a la vieja volanta, y nos pusimos en marcha costeano las sierras cordobesas, entre barquizaos y tumbos, tirado por unos matungos "asoliados", que no querían andar a prisa.

El coche crujía; parecía que se iba a partir y que, en su agonía, se quejara diciendo: "Aquí me caigo, aquí me levanto".

Esa cachaza me desesperaba, porque sabía que mi querida prima Lucía me esperaba desde hacía días, en su lecho de enferma. Me había escrito unas líneas que decían: "Ven, deseo verte antes de morir", y esa carta llegó a mi poder con gran retardo. Yo estaba, entonces, en el otro extremo de la provincia, motivo éste que me privaba de verla más a menudo, como era mi deseo y deber de parienta y amiga.

Lucía vivía en ese caserón de la estancia de mi tío, sola, con su criada que la vio nacer. Su padre la mandó allá, desde la capital, para "reponer sus fuerzas", pero, en realidad era porque le estorbaba la pobrecita, que estaba bacilosa.

Si su madre viviera, no se encontraría tan solitaria en aquel trance, que pronto la transformaría en un mísero residuo de una vida.

Llegamos a la estancia. Bajé del carricoche, y corrí a la casa, atravesando las piezas vacías. El ruido de mis pasos en el mosaico resonaba hueco y lúgubre.

Entré en la alcoba de la enferma; allí, junto a la cabecera, se hallaba el médico del pueblo, un anciano alto y delgado como un álamo. Al verme se apartó y con tono de reproche díjome:

—¿Es usted María? Cómo ha tardado tanto en llegar; no se imagina lo que la pobrecita ha clamado por usted.

—Lo lamento mucho, doctor, pero recién ayer recibí su carta. ¿Cómo está la enferma?

—Mal, muy mal, — repuso en voz baja, — creo que no pasará la noche.

—¿Y no le avisa a tío?

—No hay necesidad; ya está todo dispuesto. Se enterrará en el campo santo al pie de la sierra, como ella lo ha pedido; bueno, me voy a retirar; mañana, a primera hora estaré aquí. De todas maneras, ya nada hay que hacer, sino esperar su fin, que no tardará. Muy buenas tardes y coraje, hija.

Me quedé sola con la enferma; ella no se movía, ya no parecía de este mundo. Su nariz perfilada, los ojos cavernosos, su mentón alarga-

M E M E N T O

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

do, los labios pálidos y aquellos pómulos salidos, daban la sensación de estar contemplando a un cadáver.

Acercóse la criada en puntas de pie, y preguntóme si deseaba comer. Le hice señas con la mano que no; entonces dijo:

—Vea, doña, ya que usted está aquí, yo voy a aprovechar para descansar un ratito; estoy rendida de cansancio; he velado a la niña tantas noches seguidas y mi edad no

paso por un momento... ¡Oh, ya no pude más! Me levanté del sillón y quise huir, pero al mirar a Lucía, volví a sentarme; dejarla sola sería una cobardía.

—No, no, querida, no te dejaré, —dije, y me puse a rezar el rosario.

Oigo el balido lastimero de una cabra, sin duda llamando a su chivito para recogerse a dormir. Esto me dió ánimo, pues ya no me sentí tan sola. Alguien vivía cerca de mí, aunque ese alguien no fuera más

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

es para estas cosas.

—Sí, sí, vaya no más, Ruperta, yo cuidaré a Lucía. — Volví a quedar sola. Busqué un sillón cómodo en que sentarme y me aflojé las ropas, disponiéndome a pasar la noche en blanco, al lado de mi prima. De rato en rato, tosía, pero no se movía, ni abría los ojos. Comprendía que se iba extinguiendo.

Comencé a tener miedo. Pensé que la muerte estaba en nuestra compañía, muy cerca, quizá rozándose conmigo, mirándome cara a cara, para así observar mi menor gesto y mofarse de mis temores, cuando al fin y al cabo, tarde o temprano ya me llegaría el turno en que ella me aprisionaría entre sus descarnados brazos. ¿No sería yo la que la distraía de cumplir, cuanto antes, con su misión macabra? ¡Qué horror! Yo, la intrusa que le atajé el

que un animal.

Así, en ese dar vueltas a ideas absurdas, como si estuviera cabalgando en caballito de madera de una calesita que marea, porque nunca sale de su lugar, pasé hasta las dos de la madrugada, hora en que vino la viejecita a relevarme, trayéndome una taza grande de café caliente. Me retiré a mi pieza, quedando al rato dormida. Fui despertada por el grito de de un pájaro, era el quejido de un hornero, que protestaba al cielo por el derrumbe de su casa. Llovía a cántaros y el viento se lo había destruido. De pronto entra Ruperta azorada.

—Anita, venga ligero, que ya se corta la pobrecita.

Corrí al aposento de Lucía. Entre las dos auxiliámos a la moribunda, la que se fué de nuestro lado sin una queja, sin un dolor; tranquila

La alforja de Júpiter

Cuando Júpiter echó al hombre por esos mundos, dióle unas alforjas para que guardase en ellas los vicios propios y los ajenos. Colocólas sobre los hombros y comenzó por ir poniendo en la alforja de delante los vicios que encontraba en los otros, mientras que los que procedían de su propia naturaleza, se los echaba a la espalda. Desde entonces va mirando siempre todo lo malo que ha hecho el vecino, y nunca consigue ver lo que él propio ha ejecutado de perverso.

inclinó su cabeza hacia el pecho, cual si hiciera una reverencia, y dijo: "Hágase, Señor, tu voluntad".

Al día siguiente acompañé los despojos de mi prima hasta el campo santo. Ya estaba la fosa abierta, esperándola. El médico arrojó a ella unos terrones de greda y el sepulturero hizo lo demás, mientras cantaba entre palada y palada una vidala, satisfecho de tener trabajo.

Todos los aniversarios de su muerte, bajo hasta el valle donde está la sepultura de mi amiga. Nunca le llevo una flor. ¿Para qué? Al día siguiente, sería basura que se arrojaría a la fogata. Le rezo unas oraciones, pocas, pues sé que no las necesita. Si santa fué en la tierra, donde está la tentación del pecado, creo, oh Señor, que en el cielo a tu diestra, estará Lucía!

Yo soy la única que cuido su sepultura, la única que se acuerda de ella.

Su padre se casó en segundas nupcias y está en Europa. Sus parientas, en la capital, ya no recuerdan a la tísica.

De manera que sólo yo cuido su morada. ¿Cuidarla?... Sí, a mi manera. Para muchos será esto una ironía, pero para mí, es recuerdo, amor, poesía, es la renovación constante de la vida.

Tengo la sepultura de Lucía cubierta de gramilla; no permito que le arranquen los yuyos. Las piedras rústicas que rodean la tierra, y el mojón que forma la cruz, donde se lee su nombre, está sucio, porque en él hacen alto los pájaros viajeros, para descansar. Entre piedra y piedra, crecen algunas flores silvestres, y debajo de la gramilla, se resguardan las chicharras del sol abrasador, mientras cantan para la muerta sus monótonas letanías fúnebres. A la hora de la siesta, los lagartos están panza arriba aprovechando los rayos de Febo, sobre el caldeado granito, y al atardecer, dos tacuaras hacen gambetas escondidas bajo unas zarzas, jugando al amor. Las luciérnagas, de noche iluminan, con sus débiles farolitos, la triste morada, y los tuco-tuco, son brillantes antorchas que, con sus focos, muestran desde la tierra, a los ángeles, dónde está el cofre que encerró el alma de su compañera antes de volar junto a ellos.

¿No es esto poesía, amor, vida?

¡Si yo tuviera quién así cuidara mis despojos; si supiera que no me colocarían en una bóveda lujosa donde está el frío de la nada. Y que en vez de esto, mi sepultura fuese refugio de amor! Que sobre ella anduvieran seres con vida, con calor, aunque fueran pequeños animalitos. Demostrarían tener más valor que los hombres, al no temer a la muerte! Entonces, moriría feliz, sabiendo que retozarían sobre mi fosa, otras vidas dichosas.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado . 50 .	N.º atrasado . 50 .	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.75
" " " chico " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

«Análisis de la época de Rosas», por Ariosto D. González.

El escritor don Ariosto González, que reside en Montevideo, ha publicado con el título del epígrafe un libro sobre la famosa obra del doctor Ernesto Quesada, que fué y sigue siendo, puede decirse, casi un texto de consulta para aquellos que quieran informarse completamente sobre el borrascoso período de la dictadura, y deseen conocer juicios diversos a los más conocidos.

No es de extrañar, pues, que Ariosto González dedique este libro, que nos ha impresionado muy favorablemente, sobre obra de tanta enjundia y trascendencia. Lo que sí, no admitimos completamente las palabras preliminares del autor de «Análisis de la época de Rosas», acerca de las presuntas imperfecciones de su trabajo, pues, teniendo en cuenta que en la escala de los valores no hay término inasequible, podemos decir que la producción de González responde a la índole de la obra y al propósito que se impuso, siendo por lo tanto sus explicaciones fruto de modestia.

Hemos encontrado en la obra de González, méritos superiores a los que parecían poseer libros de mayor envergadura que tratan de tópicos afines. Pertenecen a ese núcleo de obras que han aparecido en los últimos tiempos ocupándose de Rosas, y en las cuales encontramos, quizá, un modo de ver los hechos, demasiado amplio y que es un tanto peligroso por el extravío que pueden producir en muchos seres, poco aptos para comprender en su verdadero significado los hechos históricos subordinados a causas complejas.

Denota la obra de Ariosto D. González, una erudición medida y bastante vasta, sobre todo en los aspectos filosóficos y sociológicos de la cuestión, insertando gran cantidad de citas de buenos autores.

Indudablemente que no estamos de acuerdo con alguna parte de su contenido doctrinario, pero ello no quiere decir que su criterio no sea amplio, sus conocimientos históricos bastante avanzados, el carácter general de su obra acertado, y el estilo en que vuelca sus apreciables cualidades, correcto y lleno de matices.

R. de C. E.

«Los cirios del santuario», por José María Núñez.

Así se titula el primer libro de este poeta. No carece su autor de condiciones para ser un buen lírico. Es un aeda dulce, de sana inspiración y el amor de la novia es el incentivo de todas sus canciones.

La emotividad de los poemas no siempre logra ser transmitida al lector, pero los momentos en que sus estrofas son harto elocuentes, no son escasos. Lástima que el poeta excesivamente clasicista que hay en el señor Núñez, ahogue al poeta emotivo y sincero.

Sacrificar la emoción a la forma es casi un pecado. Nos preguntamos: ¿qué bellas poesías haría el señor Núñez si adoptara las formas poéticas actuales?

No se debe creer que los defectos enunciados aminoran el mérito intrínseco de la obra. Hay momentos que sus poesías recobran alto vuelo como en «Velándola», «Las

rimas del anhelo», hermosas producciones que se destacan en el libro.

Hay grandes razones para creer que quien tan bien se inicia, podrá ofrecernos después muy sabrosos frutos.

Hamurabi.

«Los últimos Avila», por Enriqueta L. Lucero (Carmen Luna) Editorial Tor, Buenos Aires.

Libro de observación profunda, de meditación sana y de grandes enseñanzas, no se sabe qué admirar

vacaciones y trasladarlas al papel con mano maestra y con un colorido indeleble e inconfundible; que en medio de las más sombrías tonalidades hace brillar, con la mayor intensidad por el fondo sombrío en que se destaca, un rayo de luz que conforta y anima; más aún: sabe identificar al lector con sus personajes, interesarse por ellos y verlos con vida real; hace ver en la ficción, la realidad de muchos hogares cuya destrucción, que hace pensar en alguna maldición o en el ensañamiento de la fatalidad, no no tiene por causa otra cosa que la perversión de los jefes de los mismos y la herencia de vicio y de

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
DE 14 a 18 SAENZ PEÑA 210
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 770 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1376 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR DAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2442

publicado en periódicos y revistas, desde que era alumno del colegio nacional y redactaba publicaciones estudiantiles.

«Diafanidad», según las primeras críticas de aprobación, es una obra de excelente contenido, escrita en estilo impecable, de fina sutileza y alto valor emocional. Está formada por páginas serenas, rebosantes de ternura, escritas por ideales de bien, de esperanza o de justicia, con el afán plausible de unir fraternalmente y de brindar a los peregrinos una ofrenda de fe, si bebieron las hieles del desengaño.

Es una obra llena de lirismo, de grande fuerza emotiva y sentimientos humanos, aunque tal vez se crea que estas meditaciones de devoción sentimental tengan algo de estridor de las creídas pobres cigarras tropicales...

Hemos recibido:

«De otra época. (Segunda serie). — Relatos históricos de Cuyo a Lima», por Concepción Soneyra. — Edición Emilio Perrot. — Buenos Aires, 1926.

«Impresiones de Oriente», por Alicia T. de Torti. Edición L. J. Rosso. — Buenos Aires, 1926.

«Vida de Nicolás Avellaneda», por Ismael Bucich Escobar. — Edición Ferrari Hnos., Buenos Aires, 1926.

«La personalidad del general Ro- ca». — Conferencia por los señores general de brigada don Alonso Baldrich y capitán de guardias nacionales don Leopoldo Lugones.

«Los cirios del santuario (Poesías de amor)», por José María Núñez. — Edición Agencia General de Librería y Publicaciones. — Buenos Aires, 1926.

«De la ciudad y del campo», poesías por Pascual A. de Vita. — Editorial Campera. — Buenos Aires, 1926.

«Sonetos de lucha», por José Juan Bianchi. — Buenos Aires, 1926.

«La vida inverosímil», por Manuel Ugarte. — Edición Maucci. — Barcelona, 1926.

«El escuadrón de los escopeteros», por José Hernán Figueroa. — Editorial Tor. — Buenos Aires, 1926.

«En los esteros», por Emilio Berisso. — Edición J. Lajouane y Cía. — Buenos Aires, 1926.

«El médico de las plantas», por Hugo Miatello (hijo). — Vol. I. — Edición Borzone y Marengo. — Buenos Aires, 1926.

«Siete meses por Europa. — Cartas a mi hermana», por Adrián Patróni.

«Revista del pueblo». Año I. — Número 5. — Buenos Aires.

«Pareceres». — Año I. Número 11. — Buenos Aires.

«El Ateneo». — Número 58. — Honduras.

«Acción cívica». — Números 9 y 10. — Tegucigalpa (Honduras).

«Revista Bimestre Cubana». — Volumen XXI. — Número 4. — Habana.

«Isidro Menéndez». — Año II. Número 11. — San Salvador.

«Revista Ariel». — Año II. Número 30. — Tegucigalpa (Honduras).

«Diafanidad», por Oscar Alberto Ibar.

En los talleres gráficos de la Editorial Tor ha sido impreso elegantemente, el volumen «Diafanidad», de meditaciones líricas y evocaciones, obra de iniciación del joven escritor Oscar Alberto Ibar, cuya abundante labor literaria se ha

más en él: si la delicadeza con que está escrito, o la magnífica técnica que en él derrocha la autora.

Esa delicadeza y la condición femenina de quien le dió vida no significan que «Los últimos Avila» sea una producción sensiblera y romántica. Por lo contrario, Enriqueta L. Lucero ha sabido hermanar con raro acierto la dulzura y la energía en el personaje central de la obra, Juliana, o Liana como la llaman sus familiares, mujer delicada y sensible, que sabe sobreponerse a los más rudos embates de la fatalidad, siendo al mismo tiempo escudo y amparo de los que sufren con ella.

Carmen Luna se ha revelado con esta obra una mentalidad no común y una observadora minuciosa y concienzuda que sabe sacar todo el partido posible de sus atinadas obser-

relajación que dejan a sus hijos; herencia que en el caso de «Los últimos Avila» conduce a un hombre ya decrepito más por el vicio que por la edad, a ser el asesino de su propio hijo, aunque ignorante del parentesco que lo une a la víctima, al regreso al país después de muchos años de abandono de su familia y hacienda, engolfado en la vida de crápula y de vicio de las grandes capitales europeas.

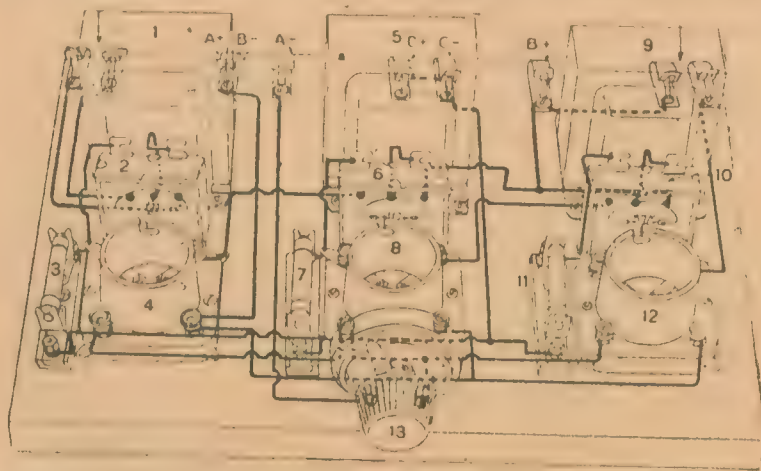
LA AMPLIFICACION A IMPE- DANCIAS.

El hecho que la amplificación a transformadores, que fué la primera que se empleó, tuviera la desventaja de no poder amplificar en debida forma, toda la escala de los sonidos, aguzó la inventiva de los expertos en radio, los cuales emplearon el amplificador a resistencias y a impedancias, basados ambos en análogos principios, que deberían traer como consecuencia la amplificación de las señales en forma que no se produjera distorsión alguna.

En efecto, esta clase de amplificadores produce una calidad de audición muy perfecta, aparte de no tener la desventaja de los de resistencias, de necesitar una batería de placa de muy alto voltaje.

En realidad, ambos tipos de amplificadores son perfectamente similares en cuanto respecta a la forma de funcionamiento y detalles a seguir para obtener una buena audición; por ello no haremos aquí, sino repetir algunos de los conceptos aplicados a los amplificadores a resistencias. Así, por ejemplo, en lo que respecta al valor de las impedancias, diremos que ellas deben estar de acuerdo con las características de las lámparas, por ello deberán seguirse atentamente las indicaciones de las fábricas y prospectos que tratan sobre el asunto, pues no es posible dar aquí todos los valores correspondientes, a cada tipo de lámpara. Sin embargo, la gran ventaja que al respecto existe, es que los fabricantes de impedancias para el uso anteriormente indicado, ya han calculado debidamente todos estos hechos y los autotransformadores o impedancias que para tal uso se venden en el comercio, ya están hechas en forma que el amplificador rinda el máximo.

La forma de conectar los elementos es también similar en un todo a las resistencias, pero el diagrama que acompaña a esta página es, por cierto, bastante explicativo para dar mayores detalles al respecto. Sólo diremos que si bien en el diagrama aparece un solo reostato, si el constructor lo deseara podrá aplicarle uno para cada lámpara, permitiendo así que pueda usarse, un número determinado de etapas, de acuerdo al volumen que desee obtenerse en la audición. Por cierto que también habría que aplicarle los jacks necesarios en la forma común y conocida.



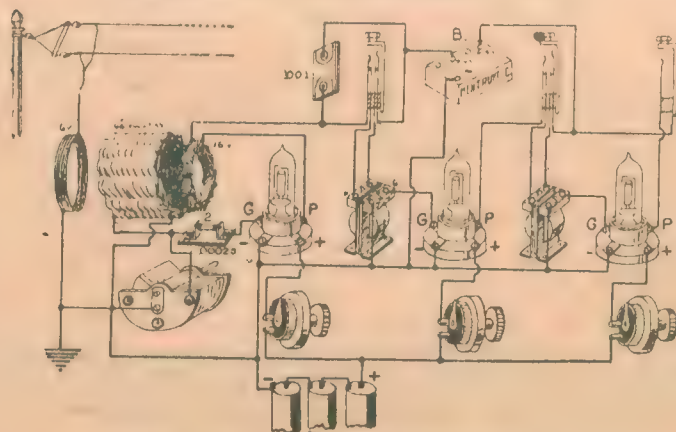
Respecto al valor de las inductancias, ya hemos dicho que no lo haremos, por cuanto el hallazgo de este valor es el fruto de largos e intrincados cálculos técnicos, que no podrían entrar en la índole del

RADIOTELEFONIA

RADIO

EL RECEPTOR CIRCUITO "PERRY O. BRIGGS" (DE POCAS PERDIDAS)

El más sencillo, selectivo y de más rendimiento de todos, para cubrir cualquier distancia y para toda longitud de onda.



LO ARMARA BIEN Y FACILMENTE, COMPRANDO UN EQUIPO MENTRUYT

Vendemos a título de reclame, el conjunto de todos los accesorios, de la mejor calidad extranjera, para que cualquier persona, aun sin conocimientos de radio pueda armarlo, con planos y manual detallado de instrucciones.

EQUIPO N.º 1.—Todas las piezas para armar el "Perry" de 1 lámpara (alcance mínimo 500 kms., con teléfono); incluso caja fina de roble, ebonita, las bobinas especiales, condensador variable moderno de pocas pérdidas, condensadores fijos Freshman y todos los demás complementos, hasta el último tornillo. Precio de todo el equipo (sin lámpara ni pilas) ... \$ 37.—

Precio del mismo, con lámpara Micro p. usar con pilas secas, pilas de filamento y batería 45 volts. ... \$ 48.—

EQUIPO N.º 2.—Todas las piezas p. el "Perry" de 2 lámparas, (1 etapa de ampl. de baja) como para oír estaciones locales con altoparlante o hasta 800 o más kms. con teléfono. Además de los componentes anteriores, los necesarios p. la amplificación, con jacks, etc. Precio del equipo. ... \$ 56.—

El mismo, con 2 lámparas Micro, batería 90 volts y pilas p. filamento. ... \$ 76.50

EQUIPO N.º 3.—Todas las piezas para el "Perry", de 3 lámparas (2 etapas de baja), para oír a cualquier distancia, con teléfonos o para altoparlante; con caja grande de roble, jacks, etc. Precio de todo el equipo. ... \$ 73.—

El mismo, con 3 lámparas Micro, batería 90 volts y 3 pilas p. filamento. ... \$ 99.—

Por \$ 3 más, enviamos la ebonita, ya completamente perforada. Indíquese para qué longitud de onda se desea: 40 a 150 metros, 95 a 370 ó 160 a 450 metros.

A los pedidos del Interior debe adjuntarse 2 \$ para la encomienda. **VENDAMOS TAMBIEN ARMADOS, FUNCIONANDO, TODOS LOS TIPOS DE RECEPTORES "PERRY". — PIDA FOLLETOS Y PRECIO.**

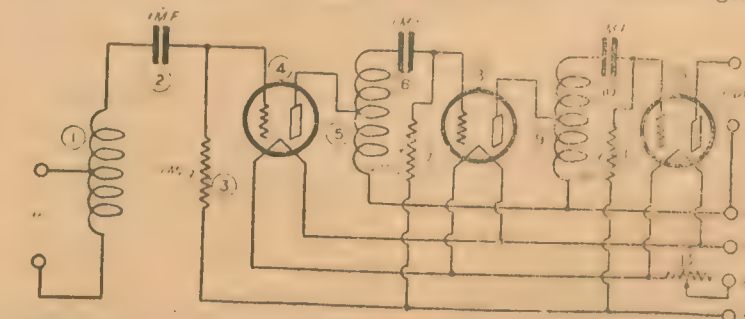
SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO DE ACCESORIOS DE RADIO

Mentruyt & Cía. BOLIVAR 181 BUENOS AIRES

artículo, aparte de que como hemos dicho, los valores cambian, para cada tipo de lámpara se necesita un valor especial; por ello no es recomendable que los aficionados pre-

ner sobre la materia, los cuales ya vienen con el valor adecuado y su colocación es sumamente sencilla.

Como puede verse tanto en este tipo de amplificador, como en los anteriormente descriptos, figura especialmente los terminales, especiales para la colocación de la batería "C", la cual es de suma importancia en todos los amplificadores, a objeto de mejorar la calidad de la audición y prolongar la duración de la batería "B"; por lo tanto, es recomendable no olvidar este impor-



tante elemento, sino se desea luego desalentarse por los resultados.

A pesar de que los autotransformadores o impedancias, ofrecen

una resistencia relativa a la corriente de alto voltaje que sale de la batería "B", no debe creerse que esta resistencia es insignificante, pues debido al número elevado de vueltas que tiene cada transformador de éstos, la resistencia a la corriente continua es grande; por ello uno de los inconvenientes que tiene este tipo de amplificador, es la necesidad de utilizar una batería de alto voltaje de un valor más elevado, que la batería "B", empleada en los casos de transformadores.

En general, debe aceptarse que para los tipos de amplificadores a resistencias y a impedancias, será necesario utilizar una batería B, de un mínimo de 120 volts, para que luego con la caída, producida por las resistencias o transformadores, éste llegue a la lámpara con su valor normal. Esto sin embargo no es un gran inconveniente, pues con la aplicación de una pila extra, cuyo valor no es muy elevado, queda subsanado el temido inconveniente.

Este tipo de amplificación es muy usado en transmisión, más que en recepción, debido especialmente a la ventaja de poder fabricar autotransformadores que resistan fácilmente a las altas tensiones que allí se utilizan, aparte que la calidad de la audición, es mucho mejor que la obtenida con transformadores comunes.

Informaciones útiles

Es fácil perforar un tablero para colocar un nuevo auricular, si se hace con cuidado y sin apresuramiento. Debe ponerse el tablero sobre una pieza de madera dura, para que de esta manera la punta del tablero no encuentre obstáculos y no estropee el material de alrededor del agujero que se hace. Para grandes perforaciones, lo más práctico y mejor, es hacer primeramente un pequeño agujero con una barrena. Así el tablero puede seguir más fácilmente por el agujero de la barrena. Debe tenerse siempre el taladro verticalmente.

Si se quiere poner una antena temporal para experimentos, el mejor procedimiento es aislar el hilo del palo que le soporta. Para esto, es bueno toda forma o tamaño de botella, si la boca es suficientemente amplia para ajustarla al final del palo y si el borde mismo de la botella puede impedir que el hilo se salga.

Este género de antena es buena, sobre todo en tiempo lluvioso, porque el saliente de la botella evita la filtración que se forma general-

mente con la humedad continua que se produce en el punto de sujeción de la antena al palo. Además, evita también la oxidación.

TEATROS

"LA PRISIONERA", de BOURDET, VERSION DE JUAN LEON BENGEO Y PEDRO GIANELLI, EN EL SMART.

Fué recibida con aplauso por el público la presentación de la compañía realista que dirige el actor Casamayor y en la que figuran elementos de positivo valer, conocidos por el público y sancionados favorablemente en otras temporadas. Resulta un elenco muy homogéneo, capaz de representar no sólo estas piezas realistas que parece que fincaran su suerte en las tintas violentas de los personajes y de sus diálogos, sino en cualquier producción de mérito.

Se eligió para el debut, el arreglo y traducción de una pieza de gran éxito en París. Decimos arreglo y ello es muy relativo, porque una obra que se reduce de tres actos a uno tiene necesariamente que empeorar si se trata de una producción de valía y únicamente puede ganar en la evolución, cuando por carecer de toda belleza es preferible que dure poco, pues lo que en un solo acto es un simple atentado, en tres resultaría un prolongado martirio.

"La prisionera" ha de ser, sin duda, en su versión original, una hermosa obra. La traducción ha sido hecha con pulcritud y esmero, tratando de conservar los adaptadores la lógica de las situaciones, el interés y viveza del diálogo y esa espiritualidad que flota en todas las piezas de los maestros del género, para el cual los franceses tienen una especialidad que casi se diría que constituye un monopolio. En la que nos ocupa, se nos presenta una de esas psicologías anormales y torturadas, que arrastran su vida en forma tortuosa y difícil, luchando contra los prejuicios de los demás y contra la influencia ancestral de los mismos en la propia personalidad. Algunos pasajes de la obra resultan un tanto oscuros, debido sin duda a las dificultades con las que necesariamente se tiene que tropezar en empresas de esta índole, no queda a pesar de todo desnaturalizada la acción ni falseados los caracteres.

Merece especial aplauso la labor interpretativa de Casamayor, que puso en su papel toda la enjundia necesaria para lograr el efecto buscado por el autor. Se reveló un actor de primer orden, confirmando así la opinión que de él se tenía. Amelia Sinistera y la Puértolas desempeñaron su cometido con mucho cariño y acierto. El resto, se comportó muy atinadamente.

"Y TODO A MEDIA LUZ", DE LOS AUTORES DE LA CASA, EN EL ATENEO.

La primavera ha tenido siempre la virtud de cubrir la naturaleza con sus verdores, pero este año ha extendido su reino, cubriendo del mismo tono muchos teatros. En el Ateneo, ese tono resulta brillante y llamativo como ninguno. Bien es

verdad que el género bataclanesco es de suyo un tanto verdeante y si a su condición de tal se le agrega el calificativo de picaresco y no apto para señoritas, se concibe que alcance un matiz especial el verde del Ateneo.

La revista "Y todo a media luz", dentro de esa modalidad llena cumplidamente su misión. Los cuadros de que consta, unos hablados y otros coreográficos, resultan en su casi totalidad muy acertados y su brevedad los hace más llevaderos. No escasea la gracia en los hablados. Los decorados y el vestuario no son lujosos, pero tienen una modesta discreción que agrada. Por lo demás, los elementos de la compañía ponen de su parte todo lo posible para que la pieza resulte bien y lo consiguen sin esfuerzo, contribuyendo a ello el conjunto de simpáticas muchachas que con sus encantos naturales constituyen de por sí un atractivo especial para exhibiciones de esta índole.

La revista fué aplaudida con calor por el público, lo que no es de extrañar, dados el color y la temperatura que reinaban en la sala.

EL CONCEJAL PARRA

A Atilio Spina, cariñosamente.

No hace falta ser un Plinio —me aseguraba Segarra— para comprender que a Parra lo consagra el escrutinio.

Será Parra concejal mas no una vez, sino cien, y pues todo lo hace bien no podrá hacer esto mal.

A un hombre de su talento poco le cuesta decir cosas para hacer morir de risa al ayuntamiento.

Pero cuando el aire cobre de trágico singular, todos van a derramar lágrimas de viuda pobre.

Y así, sin decir dislates, ni tomarla con calor, va a tener siempre el honor de dirigir los debates.

Y demostraros excuso que hará con éxito igual el papel de concejal que el de gringo, gaita o ruso.

A Parra todo le queda y ese papel, sin apuro le va a quedar de seguro igual que papel de seda.

Mas si se meten con él y no le dejan actuar da calor imaginar lo que hará con el papel.

PINCHO.

EN LA PISTA DE LA MAIZANI

No ha cometido la simpática Azucena ninguna falta que requiera la persecución policial. Tampoco el espectáculo que nos ha presentado su compañía en el Hipódromo es como para enjuiciarla. La pista de la Maizani es la de ese circo, donde ha debutado con gran éxito. La escena se ha convertido en pista y los payasos, los acróbatas y los animales domesticados evolucionan

hacia formas superiores, aunque en alguno de los números no se advierta ningún progreso sobre los personajes circenses. No queremos ofender a nadie, pero el público se percató bien de la verdad de nuestra afirmación.

Hay en esta compañía figuras de valía, desglosadas de otros elencos, caras bonitas, bailarines que se desempeñan con arte, y "aínda mais".

OJEANDO LAS CARTELERAS

En el Avenida, "La dogaresa" consiguió muchos aplausos, cosa a la que están acostumbrados en esa sala.

—Las revistas picarescas del Florida, gustan. Todo lo picaresco tiene público en el teatro, en las revistas y en la calle.

—Una tanda de reprises en el Nacional, mantiene el interés del público y al propio tiempo sirve para darle una repasadita a las obras que han de constituir el repertorio de provincias.

—El inagotable filón de "Doña Francisquita" sigue produciendo. Ahora está en el Buenos Aires, cantada por Ascensión Pollán y el tenor argentino Enrique Salas. Sería redundancia asegurar que es un éxito.

—"La mujer que odiaba a los hombres", resulta simpática. Cosas de mujeres. Escobar está encantado y los de la Opera también.

—Parece que quedó sin efecto el telonazo que se anunciaba en el Maipo. Según las últimas noticias, continuará la temporada en la tranquilla holgura en que se ha venido desarrollando.

—Los "cantaos" de cosas clásicas que abatuta De Angelis, quedaron en volver al Marconi el 25 de este mes. El público prometió acudir a la cita, porque le supo a poco el menú de óperas que le sirvieron.

—El elenco de Pepe Ratti sigue actuando en el Príncipe con excelente resultado; se varía el cartel con frecuencia y el público belgranense está encantado de que le lleven a su propia casa los espectáculos del centro.

—A propósito de filones: "La danza de las libélulas" es un fenómeno dentro de los filones. Lea Candini tiene que darla en el Coliseo vuelta a vuelta, por pedido general del público. Y ya se sabe que cuando es general hay que obedecer.

CHISTECITOS

—¿Qué es lo peor que se le podría hacer hoy a la Maizani?

—Quitarle el Hipo-drome.

—¿Cuál es el colmo de la jubilación?

—Acreditarle a Sagi-Barba sus años de "Marina".

POPULARES EN EL MAYO

Se estaba preparando en este teatro el reemplazo de la compañía de Palmada por otra de zarzuela española también, constituida a base

de Aída Arce y Navarro, entrando en el elenco figuras como Luz Barrilero, Luis Antón, Juan Culla Soria, Carmen Manrique, etc. Es de esperar que una compañía así formada tenga éxito, con poco que la suerte les ayude, sobre todo, bajando a precios populares, como se propone la empresa.

LAS DELICIAS DE LA PANTALLA.

En el Gran Splendid. — Fresco refugio de personas acaloradas, esta espléndida sala cobija a todo el que huye del calor de las calles y gusta de las películas valiosas, exponentes de los grandes progresos de la cinematografía universal. Parecía que la gran concurrencia de las últimas semanas se debía al concurso de tangos de "Discos dobles", pero terminado el certamen, sigue acudiendo gente a montones, como siempre.

En el Capitol. — El verano porque es verano y en invierno porque es invierno, el Capitol tiene siempre recursos para combatir los rigores atmosféricos y brindar a su selecta concurrencia un lugar de esparcimiento tan entretenido como pocas salas pueden hacerlo. Bien es verdad que la empresa de este cine privilegiado, cuida con singular esmero sus programas, estando siempre alerta para no perder ninguna novedad que produzcan las marcas más acreditadas, dándolas como primicia al público que concurre al Capitol.

En el Cine Parc. — En una noche de calor, el vecindario de Palermo sale a pasear, pero agotado pronto el espectáculo del parque y cansado de caminar, tiene que buscar mejor distracción a sus ocios. Entonces no le queda mejor solución que penetrar en el "Cine Parc" que es el punto obligado de cita de las familias de aquel barrio. Es una sala fresca, y sus programas contienen siempre las últimas novedades del film mundial.

CORREO TEATRAL

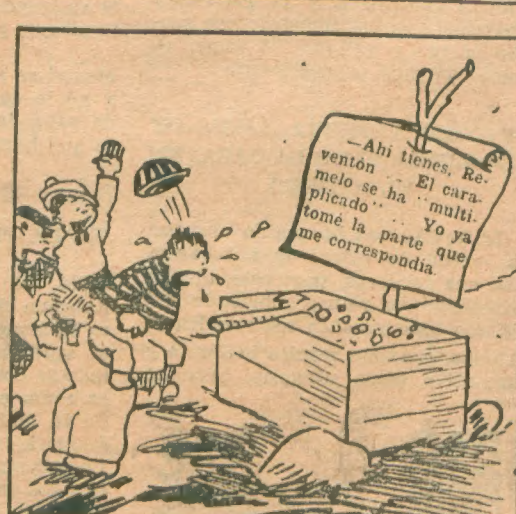
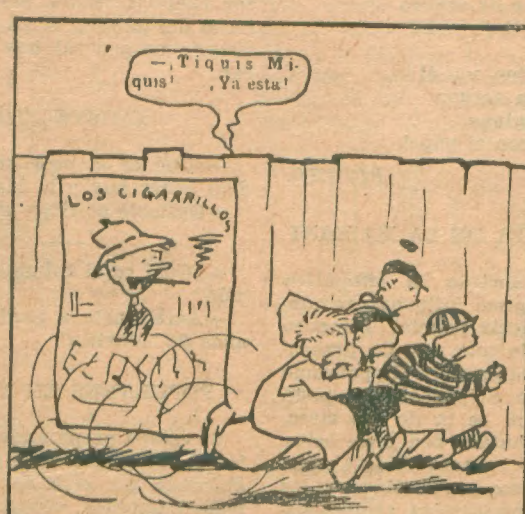
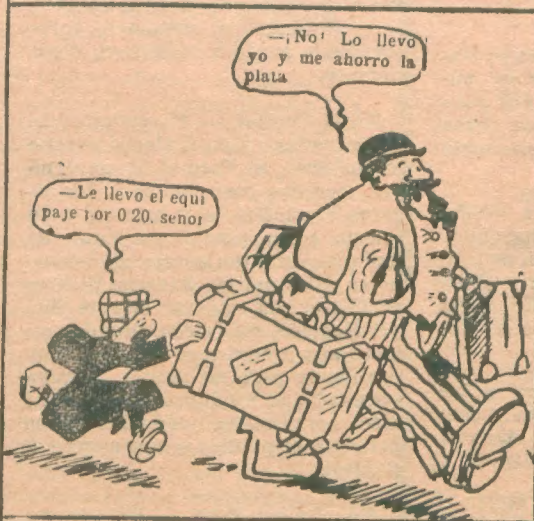
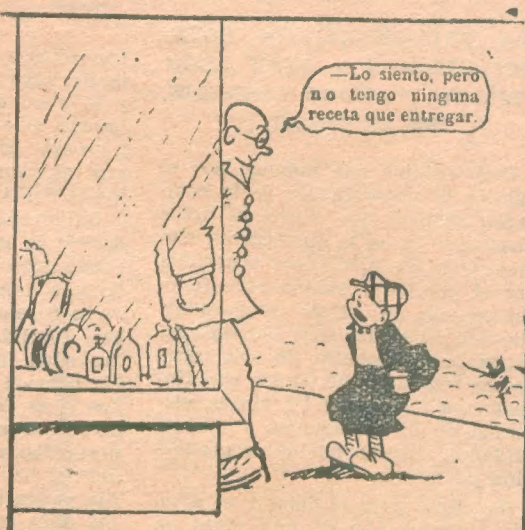
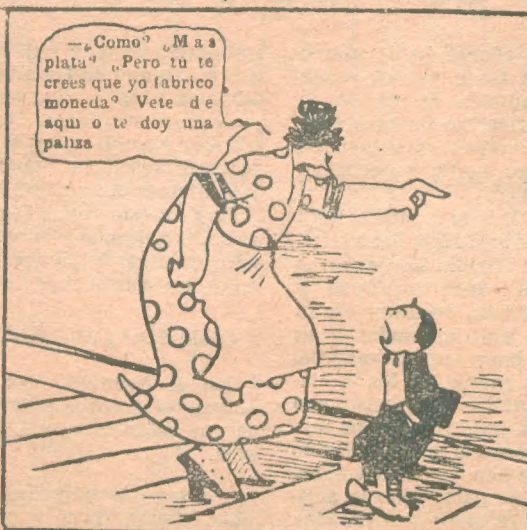
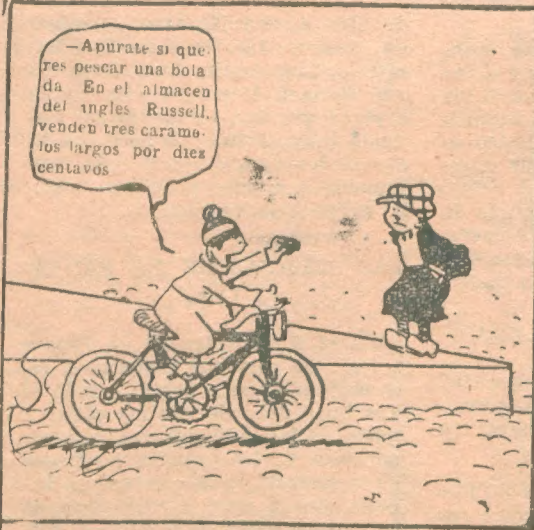
Modesto. — Bueno, amigo, hagamos un trato. Siga escribiendo, pero no nos envíe nada más.

Curioso. — En efecto, Azucena Maizani es una artista improvisada, que se ha hecho sola y casi de repente. Pero, díganos usted si para cantar tangos es necesario estudiar cálculo infinitesimal y paleontología comparada.

Porfiado. — ¿Que es un caso baladí el de su drama "Los bronces"? ¿Que usted lo comprende así? ¿Para qué lo manda, entonces, pedazo de jabalí?

Enriqueta. — No escribe mal los versos, pero seguramente hará mejor la prosa. Sin embargo, conviene no hacer pruebas con esas cosas, para evitarse el comprobar que podría ser que escribiese mejor el verso que la prosa y entonces no sabría a qué atenerse.





Últimas creaciones de la moda femenina



1.—Blusa recta, de crespón de China, azul ultramar, con recortes sobre fondo de crespón rojo cereza.—2. Blusa recta de crespón Georgette crudo y crespón Georgette tono castor con incrustación de bordado oro y azul ultramar.—3. Sweater de terciopelo azul antiguo, guarnecido con puntos anudados con hilo de oro. Estos sweaters están también ejecutados sin mangas, para formar chalecos.—4. Blusa de crespón de China negro, trabajado con calados escalera y guarnecido con crespón escocés blanco y negro. La falda ejecutada con crespón está completamente plisada y orlada con crespón de China negro en la parte inferior.—5. Blusa de crespón Georgette rosa trabajado con pliegues nervaduras y adornado con un lindo bordado de seda rosa en el cuello y en las muñecas.

NOTA IMPORTANTE.—Una lectora nos escribe extrañada de que publiquemos, en la presente estación, indumentaria propia de invierno. A ello contestamos que, precisamente, anticipamos los modelos que se usarán, entre nosotros, el próximo invierno, y que, actualmente, son la última expresión de la moda en las capitales europeas. De igual modo, las creaciones para verano, que hoy se visten en Buenos Aires, ya fueran publicadas hace 5 ó 6 meses, o sea cuando salieron a luz en los centros de la elegancia europea, durante los meses de julio, agosto y septiembre, que, como se sabe, son los que comprenden la estación de verano, en el viejo mundo.

El Refresco de Hesperidina

calma en seguida la sed, reanima el espíritu y deleita con su rico sabor suave y estimulante.



HESPERIDINA

BAGLEY

Nuestro Regalo

Absolutamente GRATIS enviamos un práctico breviario de Normas Sociales — especialmente editado por Bagley para los hogares, — en cuyas páginas se indica lo que conviene hacer o decir en caso de duda o circunstancia imprevista del trato social con nuestras relaciones. Para recibirlo a vuelta de correo, sólo debe usted remitirnos el cupón de esta página, adjuntando la etiqueta grande de una botella de HESPERIDINA y la parte superior de la cápsula que cubre el tapón, más una estampilla de 5 centavos para franqueo.



M. S. BAGLEY y Co. Lda.—Casilla Correo 210.—Bs. As.

Sírvanse enviarme el manual de Normas Sociales que obsequian. Adjunto la etiqueta grande y la parte superior de la cápsula de una botella de HESPERIDINA, más una estampilla de 5 ctvs. para franqueo.

NOMBRE.

DOMICILIO.

CIUDAD.

F. M.